REIMPRESIÓN • 1996

# LA EUROPA DEL SIGLO XVIII

(1713-1789)

D50471
DACSYH
LIBROS

...ARIOS
Fondo de Cultura Económica

BREVIARIOS

del

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

199

# LA EUROPA DEL SIGLO XVIII (1713-1789)

Traducción de

RICARDO HAAS

M. S. ANDERSON

# La Europa del Siglo XVIII

## (1713-1789)

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1966
Primera edición en español, 1968
Sexta reimpresión, 1996

Título original:
*18th Century Europe 1713-1789*
© 1966, Oxford University Press, Londres

D. R. © 1968, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
D. R. © 1986, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.
D. R. © 1995, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0430-X

Impreso en México

# 1. EL MAPA DE EUROPA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XV

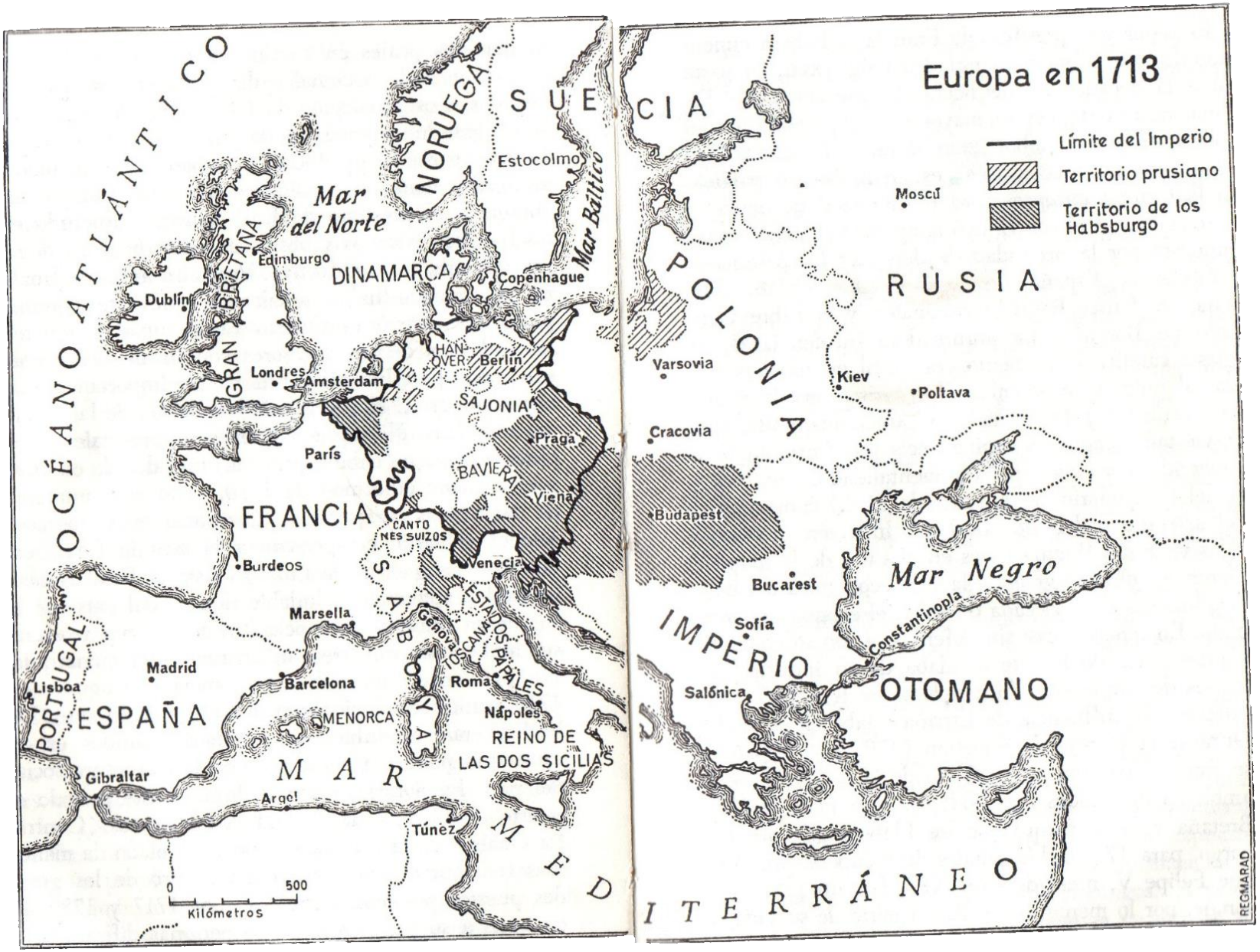
EL CONVENIO DE PAZ de 1713-14 incorporado en los tratados firmados en Utrecht, Rastadt y Baden, el cual puso término a la Guerra de Sucesión Española, marca una importante línea divisoria por lo menos en la historia política de la Europa occidental. Sin embargo, no dio comienzo a una nueva época, tal como lo hiciera el estallido de la guerra de 1914, o aun el convenio de paz de Viena de 1815. La Europa de 1713 tenía una estructura política compleja y reaccionaria. Tanto las relaciones internacionales como el gobierno y la administración de los estados europeos todavía estaban plagados con los vicios de épocas pasadas. La historia política de las tres generaciones siguientes es en gran parte la de una contienda para sacudirse o para modificar esta herencia. Esta contienda fue un fracaso por lo menos parcial en la mayor parte de la Europa occidental y central. Ésta es la explicación principal del sentimiento potencialmente revolucionario de importantes grupos sociales durante las últimas décadas del siglo XVIII.

En 1713, el perímetro de Europa estaba ocupado por estados relativamente poderosos, muchos de los cuales estaban haciéndose más poderosos. Su centro, por otro lado, seguía siendo una zona de división y debilidad políticas, tal como lo había sido durante siglos. Francia, al oeste, seguía siendo sin duda el Estado europeo más importante a pesar de sus derrotas en la Guerra de Sucesión Española. Ningún otro poseía una población comparable a los dieciocho millones de personas gobernadas por Luis XIV, ni un ejército que se pudiera equiparar en número o en calidad a los 400

000 hombres de los cuales podía disponer en el apogeo de su poder. Ningún otro de los principales estados continentales, excepto España, poseía un territorio tan geográficamente unificado y tan fácilmente defendible como el de Francia. Sus recursos económicos, sobre todo en tierras fértiles, también parecían casi imposibles de igualar, en tanto que la lealtad del pueblo francés a su rey despertaba la envidia de los monarcas contemporáneos de Luis. La diplomacia francesa era la mejor organizada y la mejor informada de Europa; a principios del siglo XVIII, el francés había llegado a ser el principal idioma diplomático de las partes occidental y central del Continente, como resultado no planeado y casi automático del poder político y militar de Francia. La cultura francesa en todas sus formas –literatura, arte, arquitectura, e incluso las modas y la cocina– parte por la enorme influencia política de Francia, y parte por sus méritos intrínsecos, estaba influyendo sobre toda Europa y amenazando con dominar completamente algunas zonas culturalmente atrasadas tales como Escandinavia, los estados alemanes, Polonia y, después, Rusia.

Tras esta magnífica fachada existían defectos muy serios, algunos de ellos claramente visibles ya en 1713. La maquinaria del gobierno de Francia sufría de todas las complejidades y todos los absurdos que afligían a los gobiernos del antiguo régimen en todas partes de Europa. Los derechos locales y regionales, las tradicionales peculiaridades y exenciones, hacían imposible una administración unificada. Económicamente, el país estaba dividido por barreras arancelarias, por innumerables peajes en caminos y ríos, y por la falta de una moneda nacional o de un sistema de pesas

y medidas. Los privilegios de la nobleza, de la Iglesia, de las grandes propiedades de provincia y de los *parlements* (véanse las pp. 140-42) estaban tan hondamente arraigados como en cualquier parte de Europa. La energía y el prestigio de Luis habían mantenido estas fuerzas divisorias y obstruccionistas bajo un dominio razonablemente efectivo. Pero aun antes de finalizar su reinado había señales de que este dominio podría terminar, y este término tuvo lugar bajo el reinado de sus débiles sucesores con incalculables consecuencias para Francia y Europa. De importancia más inmediata en 1713 fue la casi bancarrota de las finanzas francesas. Ni siquiera nuevos tributos tales como el de *capitation* (tributo personal) introducido en 1695 y el *dixième* (diezmo) de 1710, ni el gran aumento de las ventas de puestos gubernamentales, lograron que el gobierno compensara a la sangría financiera debida a las guerras de Luis. El sistema fiscal francés no pudo explotar la indudable riqueza del país con la suficiente eficacia para permitir que el rey realizara sus ambiciones militares sin arruinar a la monarquía. Los problemas financieros de Francia, tan agudos en 1713, nunca se solucionaron durante el siglo XVIII. De hecho, eran insolubles sin cambios rotundos en la estructura política y sobre todo en la estructura social del país. Es significativo que durante este periodo el puesto de Contrôleur-Général des Finances (Contralor General de las Finanzas) haya cambiado de manos más frecuentemente que cualquier otro de los grandes puestos públicos; entre los años 1717 y 1789, lo tuvieron a su cargo veinticinco personas diferentes.


Europa en 1713
Límite del Imperio
Territorio prusiano
Territorio de los Habsburgo
OCÉANO ATLÁNTICO
Mar del Norte
NORUEGA
SUECIA
Estocolmo
Mar Báltico
GRAN BRETAÑA
Edimburgo
DINAMARCA
Copenhague
Dublín
Londres
Amsterdam
HANOVER
Berlín
SAJONIA
Praga
París
BAVIERA
Viena
FRANCIA
CANTONES SUIZOS
Burdeos
Venecia
Marsella
Génova
ESTADOS PAPALES
Roma
Nápoles
REINO DE LAS DOS SICILIAS
PORTUGAL
Lisboa
Madrid
Barcelona
ESPAÑA
MENORCA
Gibraltar
Argel
Túnez
MAR MEDITERRÁNEO
0
500
Kilómetros
Moscú
RUSIA
POLONIA
Varsovia
Kiev
Poltava
Cracovia
Budapest
Bucarest
Mar Negro
Sofía
Constantinopla
IMPERIO OTOMANO
Salónica
REGMARAD

El poder y el prestigio de Francia se habían cimentado durante la segunda mitad del siglo XVII, en parte sobre la decadencia, de hecho la postración, de España, hasta entonces su mayor rival. El desplome del poderío Español, sobre todo durante la catastrófica generación de 1660 a 1690, es un hecho sin paralelo en la historia europea y no resulta fácil de explicar. Ciertamente, a él contribuyó la agobiante carga militar impuesta por la necesidad de defender las posesiones europeas de España: Nápoles, Sicilia, Milán, Cerdeña, los Países Bajos meridionales, y el Libre Condado de Borgoña. La abrumadora influencia de la Iglesia católica ciertamente era hostil en muchas formas al progreso económico. También lo era la manía de los títulos y las comisiones gubernamentales, que desvió tanta energía y capital hacia usos improductivos y extendió por toda España la mentalidad del rentista y la del funcionario, a expensas de la del comerciante, del artesano y del industrial. La inflación monetaria y las violentas fluctuaciones en el valor de la moneda dieron el golpe de gracia a la vida económica del país. A principios de la década de 1680, el colapso era completo. En quiebra, casi sin defensas, y con su comercio y gran parte de lo que quedaba de su industria en manos de extranjeros (principalmente franceses y genoveses), la influencia de España estaba en su nadir. Durante la Guerra de Sucesión (1702-13), España y su imperio pasaron a ser objeto de la codicia y de la ambición de estados más poderosos: Francia, la Gran Bretaña y la monarquía de los Habsburgo. Sin embargo, para 1713 había señales de recuperación. Aunque Felipe V, nieto de Luis XIV, fue un pobre personaje, por lo menos en la última parte de su vida, la guerra había dado una oportunidad a la

monarquía española, que la aprovechó para acabar con la autonomía de Aragón y, sobre todo, de la intratable provincia de Cataluña. Después de 1713, la unidad política y administrativa de España todavía era muy incompleta, pero era considerablemente mayor que en cualquier época anterior. Bajo la influencia francesa se habían llevado a cabo importantes reformas en la administración central. El engorroso sistema de los consejos que había existido bajo los Habsburgo de España fue remplazado en gran parte por un gobierno de ministerios. Orry, un gran administrador francés, hizo mucho por mejorar el sistema de impuestos, y contribuyó más que nadie a que Felipe se sostuviera en España durante la guerra.

Cierto es que a los españoles con conciencia política, el convenio de 1713 les pareció un desastre, ya que privó a España de su imperio en Europa. Nápoles, Milán y Cerdeña quedaron en manos de los Habsburgo de Austria, así como los Países Bajos españoles. Sicilia quedó en poder del duque de Saboya. Lo peor de todo fue que la hereje protestante, la Gran Bretaña, se anexó Gibraltar y la isla de Menorca. Pero el poder político de España, aparentemente tan reducido, estaba ahora más firmemente basado de lo que lo estuviera durante más de un siglo. Libre de la carga de sus posesiones europeas, tenía ahora la oportunidad, por si deseaba aprovecharla, de concentrarse en el desarrollo de su propio territorio y de su enorme imperio de ultramar. Estaba mucho menos expuesta que antes a los azares de las relaciones internacionales en Europa y a la presión de sus enemigos. A pesar de su atraso económico y de la relativa escasez de su población (alrededor de

ocho millones), todavía estaba considerada como una gran potencia.

La Gran Bretaña era el tercero de los grandes estados que integraban el perímetro occidental de Europa y, de los tres, aquel cuyo desarrollo era más rápido. Su población era pequeña comparada con la de Francia. Su poderío militar no era impresionante según las normas de un gran estado continental; en los primeros años del siglo, el más grande de sus comandantes, el Duque de Marlborough, opinaba que durante ningún tiempo podía permitirse sostener fuerzas armadas que sumaran más de 70 000 hombres. Políticamente se le consideraba todavía como el más inestable de los grandes estados europeos. Las guerras civiles del siglo XVII y la revolución de 1688 le dieron fama de rebelde y difícil de gobernar; a principios del siglo XVIII, la amenaza hecha a Jorge I y a Jorge II por los jacobitas, que apoyaban al rey Estuardo Jaime II, exiliado en 1688, y a sus herederos, parecía confirmar este juicio. Sin embargo, para 1713 poseía fuentes de energía de los que carecían los otros estados. En los últimos años del siglo XVII había llegado a ser la mayor potencia naval del mundo; de allí en adelante, esta supremacía naval habría de ser el elemento más importante de su situación europea. Desempeñó un gran papel en la expansión de su comercio de ultramar y, por consiguiente, en la de toda su economía durante el siglo XVIII. Fue el cimiento de su grande y creciente imperio colonial. Usado eficazmente la capacitó para atacar el comercio marítimo de sus rivales. Mientras conservase Gibraltar y Menorca, sería una potencia mediterránea. Y lo más importante de todo: la protegería de una invasión.

El otro pilar del poderío de la Gran Bretaña era su solidez financiera. Antes de finalizar el siglo XVII había desarrollado la gran innovación fiscal de la deuda consolidada. De allí en adelante la Deuda Nacional, a pesar de los temores que con respecto a su estabilidad política despertó su crecimiento, tanto en el país como fuera de él, había de ser uno de los cimientos de su grandeza. La confianza general de los inversionistas en valores del gobierno, la posesión de un sistema bancario en evolución y relativamente avanzado y el hecho de que su sistema de impuestos fuera menos rígido e injusto que el de sus rivales, le ayudaban a desempeñar un papel en los asuntos de Europa al que casi no tenía derecho si se consideran su tamaño, su población, su historia y su posición geográfica. Ningún Estado en la historia de Europa ha obtenido una posición tan importante contando con recursos territoriales y demográficos tan escasos (relativamente); no es de sorprender que en muchos de los comentarios del siglo XVIII se oiga una clara nota de resentimiento contra el desarrollo del poderío británico.

La República Holandesa, gran competidora naval y comercial de Inglaterra durante gran parte de la segunda mitad del siglo XVII, ahora estaba en obvia decadencia. Complicada federación de siete repúblicas soberanas, tenía una estructura política más compleja y descentralizada que la de cualquier otro Estado europeo. Su desunión se acrecentaba por la enemistad, potencialmente muy aguda, entre las tendencias monárquicas encarnadas por la Casa de Orange (la familia de Guillermo el Taciturno, líder de la lucha por la independencia de España en la última parte del siglo XVI), y las fuerzas republicanas representadas por el patriciado urbano de

Amsterdan, con mucho la mayor ciudad holandesa. En 1702, la muerte de Guillermo III de Orange, quien por treinta años había sido Estatúder General de la federación, marcó el principio de un largo periodo de dominio republicano y una marcada decadencia en la influencia internacional de los holandeses. Su importancia económica, tan considerable durante gran parte del siglo XVII, también estaba decayendo. La República Holandesa seguía siendo el mayor centro europeo de los negocios financieros, pero su industria y su comercio estaban en una decadencia, lenta pero inevitable, cuando menos en comparación con los de muchas otras partes de la Europa occidental, y su poderío naval era definitivamente inferior al de la Gran Bretaña.

En la Europa oriental, sud-oriental y centro-oriental también había estados poderosos. Pero, en muchos aspectos, tenían poco en común con los del occidente. Eran creaciones más recientes, más pobres, más dominadas por consideraciones y necesidades militares, y generalmente con estructuras sociales muy diferentes. Rusia, la más importante de las potencias orientales, era una alarmante e inesperada recién llegada al escenario de la política europea. Hasta fines del siglo XVII y a pesar de una entrada acelerada de influencias intelectuales y técnicas europeas, casi no había sido tomada en cuenta en los cálculos de la mayoría de los gobiernos europeos, y para nada en los de los grandes estados occidentales. Lo que era indudable es que con el tiempo llegaría a ser una gran potencia europea, y el que lo lograse en una en las primeras décadas del siglo XVIII fue la labor de su soberano Pedro I (Pedro el Grande). La guerra contra Suecia (hasta entonces la

potencia báltica dominante), que principió en 1700, sometió a Rusia a un intenso esfuerzo durante una década. Pero la destrucción, en 1709, de un ejército sueco en Poltava, en Ucrania, y la huida a Turquía de su comandante, Carlos XII, el hasta entonces irresistible rey guerrero sueco, obligaron a Europa a reconocer la nueva gran fuerza política que se estaba formando en el Este. Con la victoria de Poltava adquirió Pedro una posición dominante en Polonia y una gran influencia en la Alemania septentrional y en el Báltico. Rusia fue objeto de interés e incluso de miedo en la Europa central y en gran parte de la Europa occidental, sentimientos que nunca hasta entonces había inspirado. El imperio sueco del Báltico no se derrumbó instantáneamente como resultado de la derrota de Carlos; la guerra comenzada en 1700 se prolongó hasta 1721, acompañada de gran actividad diplomática. Cuando, en ese año, se concertó la paz en Nystad en Finlandia, Rusia recibió Estonia, Livonia y parte de Karelia, estableciéndose así firmemente como una potencia báltica. Ya para entonces Pedro había brillado durante una década como uno de los grandes monarcas de Europa.

Había importantes limitaciones al poderío de Rusia. Era un país pobre, subdesarrollado, desesperadamente falto de capital y de mano de obra capacitada, y con comunicaciones internas muy inadecuadas. Los esfuerzos de Pedro por fomentar el crecimiento de la industria habían tenido poco éxito permanente, con la importante excepción de las industrias del hierro y del cobre en los Urales del sur. Aún más: el zar, como resultado más o menos indirecto de su sistema de reclutamiento militar y del impuesto personal que implantó en 1718, había comenzado una extensión y consolidación

de la servidumbre ya bien establecida como estado legal en Rusia, lo cual había de acarrear grandes e infortunados resultados en el futuro desarrollo del país. Aún más importante: los prejuicios y tradiciones religiosas de Rusia todavía eran a principios del siglo XVIII extremadamente hostiles al crecimiento de las influencias occidentales y a toda idea de extender los contactos con Europa. Las innovaciones de Pedro el fortalecimiento de un ejército y todo lo que ello implicaba; la creación de una marina; la introducción de métodos administrativos europeos (principalmente la creación, en 1718-19, de los colegios o comités administrativos que habían de dirigir los principales departamentos del gobierno) todas fueron sumamente mal recibidas por los conservadores religiosos. En 1718, Alejandro, hijo de Pedro, pagó con su vida su oposición esencialmente religiosa a la política del zar. Sin embargo, durante la segunda década del siglo XVIII el prestigio de Rusia en Europa estaba en un alto nivel. Pedro poseía un gran ejército y una marina que crecía rápidamente. Podía negociar en términos de igualdad con cualquier gobernante y en los últimos años antes de su muerte, ocurrida en 1725, llego a alentar la esperanza de casar a su hija con el joven Luis XV. El crecimiento de la servidumbre, cualquiera que haya sido su costo humano, a corto plazo no limitó en nada el poderío militar o político de Rusia. Se intimidó a la oposición religiosa, y la Iglesia quedó sometida al dominio del gobierno por medio del establecimiento, en 1721, del Sacratísimo Sínodo Director, creación e instrumento de Pedro. Rusia aún era un enigma para la mayoría de los europeos. Todavía no se daba por cierto que conservaría permanentemente la posición internacional que Pedro

le había dado. Pero ya era claro para los observadores agudos que se trataba de un Estado en una escala diferente y con potenciales bastante diferentes de los de la Europa occidental o central.

La Europa sud-oriental seguía bajo el dominio del Imperio Otomano tal como lo había estado durante los tres últimos siglos o más. Pero este Estado, heterogéneo y difícil de gobernar, de razas, idiomas, y religiones tan variadas, y que cubría una zona geográfica tan vasta y variada –desde el Cáucaso hasta el Yemen, y desde el Golfo Pérsico hasta el Adriático– estaba ahora en decadencia. Apenas en 1683 sus ejércitos habían puesto sitio a Viena. Pero para fines del siglo XVII, los Habsburgo de Austria habían reconquistado a los turcos la totalidad de la porción central del valle del Danubio; y en la nueva guerra austro-turca, que se desató en 1716, habrían de tomar Belgrado. Cuando en 1718 se hizo la paz en Passarowitz,* adquirieron gran parte de Serbia y parte de Valaquia. Parecía ser que la mayoría de los Balcanes pronto caería bajo el dominio austriaco. Tanto en tierra como en el mar, las fuerzas armadas del Imperio Otomano habían dejado de ser el terror que para sus vecinos constituyeran en el siglo XVI. Además, económicamente el Imperio Otomano era cada vez más débil comparado con los otros grandes estados de Europa. Probablemente su población estaba disminuyendo. Solamente había organizado industrias basadas en una artesanía bastante primitiva. En su comercio con los estados europeos, seguía siendo un mero proveedor de materias primas, y este comercio estaba casi por completo en manos de los privilegiados comerciantes extranjeros (especialmente franceses)

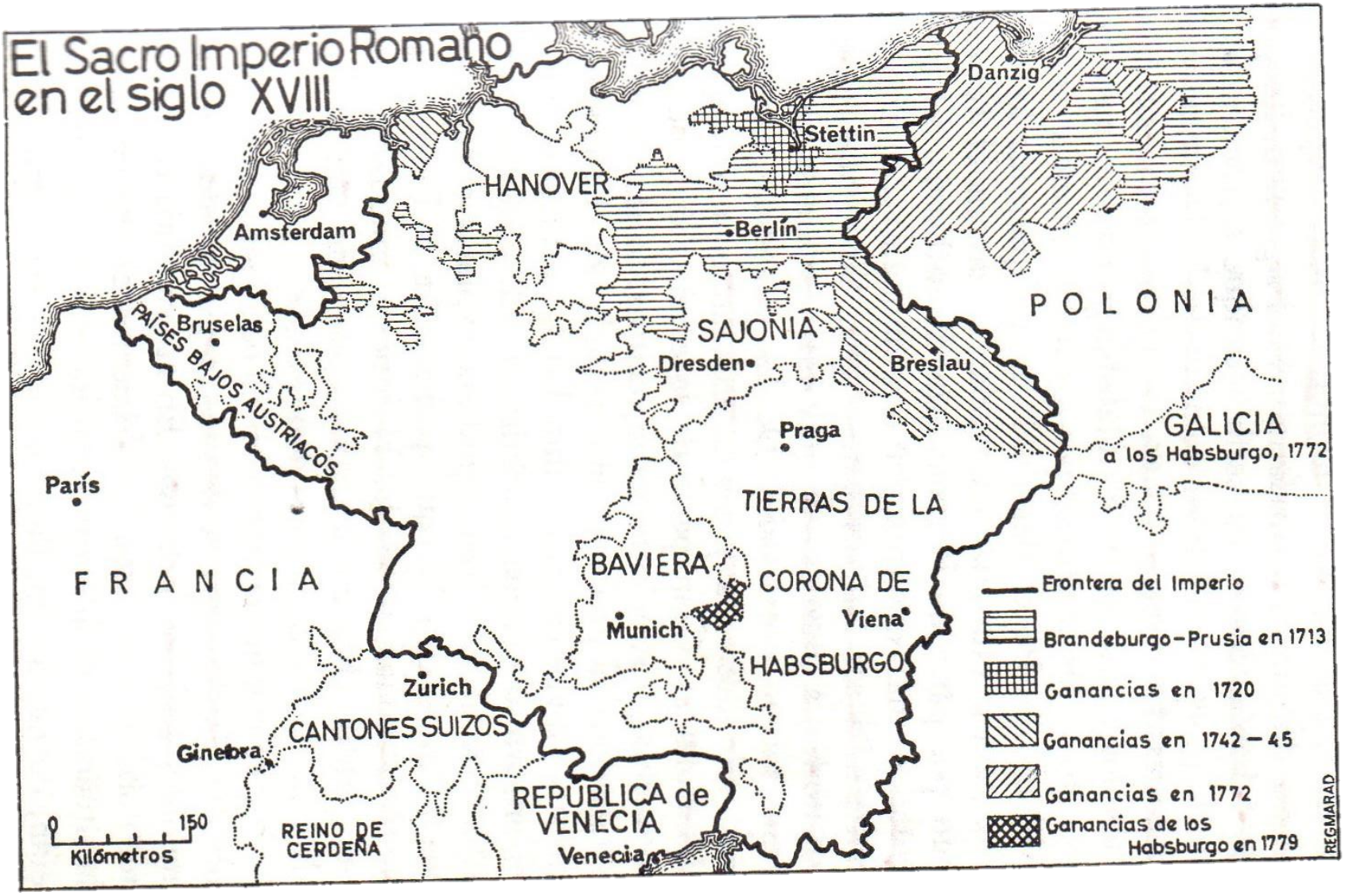
* Hoy Pozarevac [T.].

que se encontraban en todos sus principales puertos. Ningún gobernante comparable a Pedro el Grande había obligado al Imperio a reformarse y a fortalecerse. El privilegiado cuerpo militar de los genízaros, ahora un grupo hereditario de poco valor en la guerra, era lo suficientemente poderoso para anular cualquier propuesta de modernización del ejército. El conservadurismo religioso, dirigido por los *ulemas* la casta sacerdotal musulmana que era la única clase educada del Imperio, se oponía continua y eficazmente a toda innovación extranjera. Por consiguiente aseguró que la vida intelectual turca permaneciera irremediablemente atrasada; sólo en el año 1727, un *firman* del Sultán Ahmad III autorizó la impresión de libros en turco, aunque nunca existió restricción oficial alguna para que se imprimieran en otras lenguas. La unidad política del Imperio, siempre difícil de mantener, quedó mucho más amenazada al disminuir la efectividad del gobierno central. Egipto había estado dominado largo tiempo por los belicosos mamelucos, grupo en el poder compuesto principalmente por antiguos esclavos circasianos convertidos al islamismo. Los bajás de Damasco, Mosul y Bagdad tendían a convertirse en los gobernantes de principados independientes, en tanto que aun en el Asia Menor los notables locales, los *derebeyis* y los *ayans*, durante periodos considerables pudieron hacer caso omiso de las órdenes del sultán y del gobierno central. Ahora, por primera vez, parecía haber ciertas oportunidades de que se realizaran las proposiciones de reparto del Imperio Otomano entre los estados de la Europa cristiana, las cuales habían estado apareciendo durante generaciones en el occidente. Tradicionalmente, y aun por su área y

población, el Imperio era una gran potencia. En realidad, se estaba convirtiendo ahora en un Estado víctima, presa de vecinos más capaces de enfrentarse a las circunstancias cambiantes y las nuevas oportunidades.

La monarquía de los Habsburgo, el grupo de territorios de la Europa central (la Alta y la Baja Austria, Estiria, Carintia, el Tirol, Bohemia, Moravia, Silesia, y el Reino de Hungría) gobernado por la cabeza de la familia de los Habsburgo, tampoco estaba bien adaptado para el crecimiento, probablemente ni aun para la supervivencia, en el sistema de estados en pugna de la Europa del siglo XVIII. En 1713, los territorios de los Habsburgo no integraban un Estado; podría sostenerse que nunca llegaron a serlo. Cada uno de ellos retuvo su carácter y sus tradiciones distintivas; y estas fuerzas divisorias generalmente estaban encarnadas en instituciones locales como las dietas de Bohemia y de Hungría, las cuales retenían el verdadero poder y podían ofrecer auténtica resistencia a todo esfuerzo de centralización por parte de la monarquía. Los húngaros en especial siguieron vivamente conscientes de su diferente identidad. Sólo en 1687, llegó a ser hereditario el trono húngaro en la familia de los Habsburgo, y en 1703-11 una seria revuelta nacionalista en contra de los Habsburgo envolvió gran parte de Hungría. La adquisición hecha en 1713, de Milán, Nápoles y los Países Bajos españoles, a pesar de haber constituido un gran éxito militar y diplomático, vino a aumentar la desunión de los territorios gobernados por la monarquía. Además de estos factores fundamentales, el mismo antagonismo que frecuentemente existía entre los diferentes organismos del gobierno

de los Habsburgo, en un grado raras veces observado en otros lugares de Europa era un serio obstáculo para la reforma.


El Sacro Imperio Romano en el siglo XVIII
Danzig
Stettin
HANOVER
Amsterdam
Berlín
POLONIA
PAÍSES BAJOS AUSTRIACOS
Bruselas
SAJONIA
Dresden
Breslau
Praga
GALICIA
a los Habsburgo, 1772
París
TIERRAS DE LA
BAVIERA
CORONA DE
FRANCIA
Munich
Viena
HABSBURGO
Zurich
CANTONES SUIZOS
Ginebra
REPÚBLICA de VENECIA
REINO DE CERDEÑA
Venecia
150
Kilómetros
Frontera del Imperio
Brandeburgo-Prusia en 1713
Ganancias en 1720
Ganancias en 1742 – 45
Ganancias en 1772
Ganancias de los Habsburgo en 1779
REGMARAD

A mayor abundamiento, los Habsburgo, más que la mayoría de las dinastías europeas, necesitaban explotar eficazmente las riquezas de sus territorios. Desde principios del siglo XV, el título de Sacro Emperador Romano, teóricamente por elección, había sido conservado ininterrumpidamente por miembros de la familia. Pero desde hacía tiempo había dejado de conferir al que no tenía ventaja material alguna. Conforme los estados alemanes escapaban cada vez más del dominio del Emperador, la dignidad imperial se hacía cada vez más vacía; ya no proporcionaba hombres ni dinero hasta el punto en que lo había hecho anteriormente; por lo tanto, el poder verdadero de los Habsburgo en el siglo XVIII dependía por completo de su posesión de grandes territorios hereditarios en la Europa central. Pero su título imperial todavía implicaba obligaciones. En teoría, el Emperador seguía siendo el más grande monarca secular de Europa. Tenía que mantener la dignidad y el prestigio de un gran puesto. La mayor parte de los estados alemanes todavía acudía a él en busca de protección contra los ataques lanzados desde el exterior de los límites del Sacro Imperio Romano; durante la segunda mitad del siglo XVII, Leopoldo I había tomado en serio –aunque con muy poco efecto práctico– su deber de defender las fronteras occidentales del Imperio contra la agresión francesa. Aún más, los territorios de los Habsburgo estaban muy expuestos a los ataques: por parte de Francia contra Milán o los Países Bajos del sur; por parte de los turcos, contra Hungría o Croacia; quizás en el futuro, aun por parte de Rusia contra Transilvania. El Emperador, más que ningún otro monarca de Europa, necesitaba ser militarmente fuerte. Sin embargo, sus

territorios, a pesar de ser muy extensos, en su mayoría eran pobres y atrasados. De las provincias hereditarias, sólo Bohemia y Silesia estaban económicamente desarrolladas. Gran parte de la extensa área de territorio húngaro recientemente recuperado de los turcos estaba todavía prácticamente deshabitada. La desunión de sus provincias, la debilidad del gobierno central y el engorroso sistema administrativo hacían casi imposible que el Emperador pudiera explotar eficazmente los recursos con los que podía contar. Empero, en 1713 la monarquía de los Habsburgo indudablemente era por muchos motivos una gran potencia, aunque de una clase arcaica y no desarrollada.

Por consiguiente, tanto en el occidente como en el oriente, Europa estaba dominada por estados relativamente grandes y poderosos. En la gran faja central de territorio que se extendía desde Suecia hasta Sicilia, la situación era diferente. Allí los estados, cuando más, eran, de tamaño mediano, o tan pequeños que difícilmente se podían considerar siquiera como estados. Al norte, el Imperio Sueco, que incluía Finlandia, Livonia y Estonia y, en la Alemania septentrional, Bremen, Verden y la Pomerania occidental, había sido considerado hasta las primeras décadas del siglo como una gran potencia militar. Su ejército era uno de los mejores de Europa; en las últimas tres generaciones ningún otro, excepto el francés, tuvo una más continua tradición de victoria. Sin embargo, económica y demográficamente, este imperio siempre había sido débil y nunca había estado verdaderamente unido. La propia Suecia, a principios del siglo XVIII tenía una población de solamente un millón y medio, y aparte de su importancia como

mayor exportador europeo de hierro, sólo tenía recursos económicos limitados. En sus posesiones bálticas, la severidad del gobierno de Carlos XI a fines del siglo XVII y en especial su política de "reducciones" (recuperación por parte de la corona de las tierras anteriormente otorgadas a la nobleza), habían provocado un gran descontento. La guerra de 1700-21 con Rusia destruyó este frágil imperio. Después de Poltava, Suecia quedó luchando desesperadamente por retener una posición en las costas australes y sudorientales del Báltico contra una coalición en la cual Dinamarca, Sajonia, Brandenburgo-Prusia y durante algún tiempo Hannover, se unieron a Rusia. Se hacía evidente que los días de su grandeza estaban contados. La paz de 1721 le permitió conservar una porción de Pomerania y la mayor parte de Finlandia, pero ya no era más que un Estado de segunda categoría. Dos años después de la muerte de Carlos XII, acaecida en 1718, se promulgó una Constitución que limitaba rotundamente los hasta entonces absolutos poderes de la monarquía sueca. Durante el siguiente medio siglo, la vida política del país habría de ser poco menos que una serie de contiendas entre diferentes facciones de nobles, respaldadas y frecuentemente pagadas por potencias extranjeras, sobre todo Rusia y Francia. Dinamarca-Noruega, su gran rival escandinavo, nunca había sido más que una potencia de segunda categoría. Logró muy poco en sus esfuerzos en la Gran Guerra del Norte, y en general desempeñó una parte muy pequeña en las contiendas internacionales del siglo XVIII.

Suecia y aun Dinamarca-Noruega eran estados de respetables dimensiones. Pero la división política de gran parte de Alemania

había llegado al grado de desintegración. La Reforma y la Guerra de Treinta Años, aunadas a la influencia de potencias extranjeras, sobre todo de Francia, habían completado la desintegración del Sacro Imperio Romano, la cual llevaba siglos en proceso. Los grandes estados alemanes –Sajonia, Baviera, Hannover, Brandenburgo-Prusia, y el Palatinado– ya podían desconocer completamente la autoridad del Emperador cuando tuvieran a bien hacerlo. La Dieta Imperial, asamblea de representantes de los príncipes alemanes, continuaba reuniéndose regularmente en Franefort, pero era un cuerpo débil y dividido y una herencia ineficaz del pasado imperial. Todavía más, la importancia de Alemania en la vida económica de Europa había decaído marcadamente, aun catastróficamente, durante los dos siglos anteriores. Las ciudades libres imperiales del occidente y del sur, tan prósperas a fines de la Edad Media, casi estaban ahora en decadencia (con una o dos importantes excepciones, como Francfort y Hamburgo) Las grandes oportunidades comerciales que se abrieron a los estados de la Europa occidental por los descubrimientos geográficos y por el crecimiento de los imperios coloniales habían dejado a Alemania al margen en lo económico. Entre los estados alemanes más importantes estaba Sajonia que, según la mayoría de sus contemporáneos de principios del siglo XVIII, parecía tener el mayor significado político. Era el más rico y el más desarrollado de ellos; su corte era la más lujosa de Alemania y su capital, Dresde, se estaba convirtiendo en una de las más espléndidas ciudades de Europa. Todavía más, su gobernante, el Elector Federico Augusto I, era rey de Polonia (con el título de

Augusto II) desde 1697, y por consiguiente una figura de cierta importancia en la política de Europa. Baviera, aunque grande, no parecía desarrollada en comparación con Sajonia; el Palatinado era relativamente pequeño y débil; Hannover, cuyo gobernante habría de convertirse en 1714 en rey de Inglaterra, había logrado la dignidad de un electorado tan sólo en 1692. Ninguno de estos podía tener esperanzas de desempeñar un papel independiente de mucho significado.

Sin embargo, ya se vislumbraban muchas de las fuerzas que, en poco más de una generación habían de hacer de Brandenburgo-Prusia, por mucho, el más poderoso de los estados alemanes. Las llanuras arenosas de Brandenburgo eran pobres y estériles; pero los no desarrollados territorios de los Hohenzollern ofrecían más campo de crecimiento que cualesquiera de los estados más pequeños de la Alemania occidental y central. En 1713 eran fragmentos diseminados desde el Memel hasta el bajo Rin; los Hohenzollern ya poseían el esqueleto de un Estado que con el tiempo podría englobar a toda la planicie de la Alemania del norte. Aún más, la defensa y expansión de estas divididas posesiones habían forzado al "Gran Elector", Federico Guillermo, antes de su muerte en 1688, a crear un ejército extraordinariamente grande en proporción con sus escasos recursos. También había principiado la creación de la gran máquina burocrática prusiana. Esto no eliminó la influencia de las dietas provinciales y del particularismo provincial; ya a finales de la década de 1780 a 1790 un observador francés muy bien informado podía decir de Brandenburgo-Prusia, un tanto exageradamente, que "estaba formada por diez o doce

estados soberanos independientes entre sí". Pero en lo sucesivo unió entre sí con creciente efectividad los territorios de los Hohenzollern y permitió a sus gobernantes valerse con creciente eficacia de sus limitados recursos. Federico I, el sucesor del "Gran Elector", logró poco en el sentido militar aunque obtuvo del Emperador el título real para la dinastía de los Hohenzollern. Sin embargo, bajo Federico Guillermo I, quien subió al trono en 1713, tanto el ejército como la burocracia habrían de elevarse a un nivel de dimensiones y eficiencia hasta entonces desconocido. El Estado prusiano, del cual eran los pilares, fue el mayor logro administrativo de la Europa del siglo XVIII.

El éxito de los Hohenzollern contrasta viva y significativamente con la impotencia militar y el colapso administrativo visibles en Polonia. La terrible década de 1650 a 1660 la había visto temporalmente abrumada por una serie de enemigos: suecos, prusianos, rusos, y cosacos ucranianos. Se había recuperado en parte de ese desastroso periodo, pero durante el tercer cuarto del siglo XVII su población probablemente disminuyó en más de un treinta por ciento. Aún más, el uso del *liberum veto*, el cual permitía que cualquier miembro de la dieta la desorganizara y obstruyera su trabajo, se hizo cada vez más común durante las últimas décadas de ese siglo. Los monarcas de Polonia, elegidos por la nobleza, ya eran impotentes contra el egoísmo y la irresponsabilidad de sus creadores, especialmente de los grandes magnates de Lituania. Estas debilidades se acentuaron por los sucesos de principios del siglo XVIII. La primera mitad de la Gran Guerra del Norte se desarrolló en su mayor parte en territorio

polaco y causó un daño enorme a la vida económica del país; los primeros veinticinco años del siglo fueron testigos de otra baja catastrófica de probablemente la cuarta parte de la población de Polonia. El rey sajón, Augusto II (1697-1733), debía su posición a la ayuda de Pedro el Grande; fue la victoria rusa de Poltava la que lo afianzó en el trono. La irresponsabilidad de los magnates era tal ahora que durante su reinado se desintegraron ocho de un total de veinte dietas por el uso del *liberum veto* y poco menos de la mitad en realidad hizo algún trabajo. Con recursos económicos no desarrollados y con poblaciones pequeñas y políticamente impotentes; con un ejército limitado en 1717, por un acuerdo entre el rey y los magnates, a solamente 24 000 hombres; sin una administración eficaz y con la nobleza más facciosa y egoísta de Europa, Polonia había dejado de ser un Estado. Era simplemente la presa de vecinos más poderosos.

Italia era también una zona de debilidad y división políticas, aunque aquí el proceso de fragmentación había ido mucho menos lejos que en Alemania y no existía nada comparable al caos que reinaba en Polonia. La adquisición por parte de los Habsburgo del Ducado de Milán y del Reino de Nápoles, este último el más grande aunque en muchas formas el más atrasado de los estados italianos, hizo que por lo pronto su influencia en la península fuera dominante. De los otros estados italianos ninguno tenía más que una importancia secundaria. La República de Venecia, con un gran historial, continuaba gozando de parte de su anterior reputación como gobernante eficaz. Pero ahora estaba económica e intelectualmente en decadencia, su comercio declinaba y sus

fuerzas armadas cada vez eran más incapaces de defender eficazmente su comercio y su territorio. El Gran Ducado de Toscana, aunque comprendía ciudades tan tradicionalmente importantes como Florencia y Siena y de que poseía en Liorna uno de los grandes puertos marítimos de Europa, estaba estancado y circunscrito bajo el influjo de los últimos Médicis que lo gobernaron. El Estado Papal, mal gobernado durante generaciones, era una de las partes más pobres y atrasadas de Italia, y el propio Papa era cada vez menos capaz de influir sobre la política europea. El Ducado de Saboya, en el rincón noroccidental de la península, también era un Estado pobre y primitivo, separado en su mayor parte del Mediterráneo por los territorios de la República de Génova. Sin embargo, de los estados gobernados por dinastías italianas sólo él mostraba cierta capacidad de expansión territorial, al igual que un apetito evidente de ella. En el convenio de paz de 1713, su gobernante, Víctor Amadeo II, obtuvo la isla de Sicilia, que en 1720 se vio forzado a cambiar por la más accesible pero más pobre Cerdeña y por el título de rey. En recursos materiales, Saboya era inferior a Nápoles, Venecia o Toscana; la importancia del papel que posteriormente habría de desempeñar en la historia italiana todavía era difícil de discernir. Pero la atmósfera de inquietud, de apatía y de decadencia, que pesaba tanto sobre gran parte del resto de Italia, allí era menos agobiante.

Por lo tanto, al iniciarse este periodo los estados de Europa variaban enormemente en poderío y en recursos. Pero la distinción entre las grandes potencias y los estados menores, que en el siglo XIX se volvió relativamente clara y rígida, todavía era confusa y

discutible. Francia era indudablemente el Estado más grande de todos. España había sido considerada por generaciones como una gran potencia y ni aun el colapso de fines del siglo XVII la había privado de su posición. Gran Bretaña y Rusia eran más difíciles de clasificar; pero ambas tenían, en diferentes formas, grandes fuentes de fuerza de donde echar mano y grandes potenciales. Igualmente las tenían los territorios de los Habsburgo de Austria, aunque en menor grado. Entre estas potencias y los pequeños seudo-estados de Alemania existía toda una escala de unidades políticas de tamaño mediano, que en ciertas circunstancias podían desempeñar papeles considerables en la política europea. Algunas de éstas, tales como Suecia y la República Holandesa, eran antiguas potencias importantes ahora en decadencia. Otras, tales como Saboya y sobre todo Brandenburgo y Prusia, eran estados que iban subiendo a un nivel de importancia más alto. Pero eran lo suficientemente numerosos para asegurar que, durante el siglo XVIII, los contemporáneos pensaran en las relaciones internacionales como en un sistema de estados que se podrían disponer en un orden ininterrumpido de importancia (aunque la distinción entre monarquías y repúblicas se continuaba considerando como muy significativa para muchos propósitos [véanse las pp. 133-39].). La idea de las grandes potencias como un grupo aislado y claramente identificado estaba en el futuro.

La mayoría de los observadores estaba de acuerdo en que las relaciones internacionales de Europa estaban dominadas por el equilibrio del poder. Todavía era posible pensar hasta cierto punto en "equilibrios parciales" localizados: entre Rusia y sus vecinos del

Báltico; entre Francia y la influencia de los Habsburgo en Alemania o Italia; pero estos equilibrios parciales estaban tendiendo a quedar incorporados en un equilibrio europeo general que cubría todo el Continente. De hecho, la idea de un equilibrio político y militar se estaba extendiendo hasta cubrir las relaciones entre las potencias coloniales, sobre todo entre la Gran Bretaña y Francia en Norteamérica y el Caribe. El argumento de que un equilibrio de poder en ultramar era un ingrediente necesario para un equilibrio estable en Europa había empezado a surgir a fines del siglo XVII. Se aseguraba con creciente frecuencia que cualquier Estado que dominara América y el Caribe, y por consiguiente el comercio colonial de Europa, inevitablemente llegaría a ser lo suficientemente rico y poderoso para amenazar la estabilidad política de Europa. Las consecuencias de esta idea eran fuertemente antibritánicas; parecían principalmente alarmantes en París, en donde las posesiones francesas de Canadá y Luisiana, y probablemente, con el tiempo, de gran parte de la América Española, parecían ser cada vez más la presa natural del creciente imperio colonial británico. El concepto de un equilibrio colonial y comercial como elemento esencial en el equilibrio europeo de poder tenía ante sí un magnífico futuro en la historia de las relaciones internacionales. Sin embargo, a principios del siglo XVIII estaba todavía en su infancia. Los sucesos fuera de su propio Continente todavía eran de poco significado para los europeos; y la época de la política atlántica, y aún más la de la política mundial, todavía estaba en el futuro.

Por lo tanto, políticamente Europa, a principios de este periodo, dirigía la mirada hacia atrás por lo menos tanto como hacia adelante. Los nuevos sucesos, tales como la aparición de Rusia y el crecimiento de Brandenburgo-Prusia se equilibraron con la supervivencia de los despojos del Sacro Imperio Romano, del Estado Papal en Italia y del decadente Imperio Otomano. Dentro de los estados, los métodos de gobierno, con muy pocas excepciones, eran esencialmente los que habían sido durante generaciones. Por lo general los administradores no estaban preparados y los más importantes se reclutaban indefectiblemente en las clases más altas de la sociedad. Los puestos gubernamentales frecuentemente se vendían y por consiguiente tenían la propensión a convertirse en propiedad personal. En todas partes los privilegios y tradiciones locales, de clases e institucionales, apoyados eficazmente por malas comunicaciones, impedían la centralización del gobierno: Era dentro de este marco político donde compitieron entre sí los monarcas y los gobiernos de Europa, y donde creció y se desarrolló la vida económica e Intelectual de Europa durante el siglo XVIII.

# 2. LAS CONTIENDAS ENTRE LOS ESTADOS

## 1. 1713-40

EL CUARTO de siglo que siguió al convenio de paz de 1713-14 es un periodo de gran complejidad, y aun de confusión, en las relaciones internacionales en Europa. Se concertaron y se deshicieron alianzas, y tanto relaciones fraternales como enemistades de poca monta se acrecentaron y desvanecieron entre las potencias, con una rapidez difícil de igualar en cualquier otra época de la historia moderna.

Esta extremada fluidez y falta de objetivos fijos o de líneas claras de desarrollo fueron el producto de varios factores. Francia, a pesar de que inherentemente era, con mucho, el Estado europeo más grande, ya no era por entonces la mayor amenaza para el equilibrio del poder, ni aun para la independencia de gran parte de la Europa occidental, que había parecido ser bajo el reinado de Luis XIV. Grandes dificultades financieras; la atmósfera de desilusión y de cinismo en que terminó el reinado del Rey Sol; los intereses personales en el poder efectivo de su sucesor, el Duque de Orléans, quien fungió hasta su muerte en 1723 como regente para el joven Luis XIV: todo significó que por algún tiempo después del tratado de Utrecht, Francia fuera un factor pacífico y conservador en la política de Europa. Esto significó, a su vez, que los estados más pequeños que se encontraban en sus fronteras, una vez libres de la amenaza de dominación que ejercía sobre ellos, pudieran perseguir políticas más independientes. Desde la generación de 1680 en

adelante, los estados de la Europa occidental se habían enfrentado a una sola y apremiante cuestión: la de si aceptar o resistir el dominante poderío francés. La amenaza que presentaba Luis XIV a sus vecinos había tendido, por consiguiente, a simplificar las relaciones internacionales. El eclipse parcial de Francia ocurrido alrededor de 1713 removió este factor e hizo posible un nuevo crecimiento de complejidad.

De importancia todavía mayor fue el hecho de que Rusia y Prusia, los estados mejor capacitados para una expansión rápida y enérgica, guardaran por el momento una actitud conservadora con respecto a los sucesos internacionales. De 1710 en adelante, el principal objetivo de Pedro el Grande, una vez que hubo conquistado de Suecia a Estonia y Livonia, era meramente el obligar a Carlos XII a aceptar esta pérdida y a poner término a la Gran Guerra del Norte en las condiciones de Rusia. En medio de la enmarañada diplomacia báltica de la década siguiente, el zar estuvo luchando por consolidar su dominio en lo que ya poseía, y no para hacer nuevas conquistas. A pesar de que estos años vieron un crecimiento, grande y aparentemente amenazador, de la influencia rusa en la Alemania del norte, principalmente en la ocupación temporal de Mecklenburgo por un ejército ruso después de 1716, la política de Pedro no fue agresiva en ningún sentido real. Fueron la persistente negativa de los suecos a reconocer que su imperio báltico se había perdido sin remedio y sus esperanzas de obtener ayuda británica y hannoveriana para recuperarlo, los fenómenos que prolongaron por tanto tiempo el fin de la Gran Guerra del Norte. Durante los últimos años del reinado de Pedro, después de la

firma de la Paz de Nystad, éste se desligó de los asuntos europeos, firmó en 1724 un tratado de defensa con el nuevo régimen de Suecia y empezó a buscar anexiones territoriales en sus fronteras asiáticas, sobre todo en Persia. La rencorosa hostilidad que profesaba Jorge I de Gran Bretaña hacia Rusia que había sido provocada por la ocupación de Mecklenburgo y por la amenaza de ayuda a los jacobitas por parte de los rusos, y la cual condujo a ineficaces esfuerzos británicos para proporcionar ayuda diplomática y naval a Suecia en los últimos años de la Gran Guerra del Norte no fue heredada por su hijo y las relaciones anglo-rusas mejoraron rápidamente después de 1727. Ninguno de los sucesores de Pedro – Catalina I (1725-27), Pedro II (1727-30), Ana (1730-40) e Isabel (1741-62)– poseían habilidades más allá de lo sumamente mediocre. Para muchos observadores pareció ser que bajo ellos Rusia, a pesar de su inmenso potencial, se alejaba de nuevo a la periferia de los asuntos europeos. En 1733-1735, Rusia impuso a Polonia un rey desagradable a la mayoría de la clase gobernante del país y desempeñó un papel aunque bastante indirecto, en la Guerra de Sucesión de Austria de 1740-48. Pero no fue sino hasta la década de 1750-1760 cuando empezó a actuar consistentemente como gran potencia.

En Prusia, Federico Guillermo I fue bien poco lo que hizo por la guerra o por el engrandecimiento territorial del formidable Estado militar-burocrático que tanto había ayudado a crear. Después de largas vacilaciones, en mayo de 1715 se decidió a emprender la lucha contra Suecia, y ello con la esperanza de obtener el puerto de Stettin. También lo atraían sus sueños de anexarse la

Prusia polaca y la parte de Pomerania que permanecía en manos de los suecos después de 1721. Sobre todo esperaba recibir, a la muerte de su gobernante, que no dejaba sucesión, los ducados de Juliers y de Berg en la Alemania occidental, a los cuales tenía derecho dinástico. Pero durante su reinado, la política prusiana siguió siendo cauta y moderada. Las potencialidades del nuevo Estado que se estaba desarrollando rápidamente en la Alemania del norte eran todavía invisibles para casi todos los contemporáneos.

Por consiguiente, durante las décadas de 1720 y de 1730, se detuvo temporalmente el crecimiento de la influencia internacional de Rusia y de Prusia y, en el caso de Rusia, incluso se invirtió en cierta medida. Los problemas que implicaba este crecimiento, y la renovación del equilibrio de poder que se hacía necesario, estaban temporalmente latentes. Esta falta de asuntos realmente grandes es lo que caracteriza sobre todo las relaciones internacionales durante el cuarto de siglo siguiente al tratado de Utrecht y lo que explica su complejidad y su trivialidad frecuente.

Sin embargo, el periodo vio una cantidad de acontecimientos significativos. El más espectacular de éstos, a los ojos de muchos contemporáneos, fue la reafirmación parcial del poderío español en Italia. Uno de los legados más importantes del tratado de Utrecht había sido el enconado antagonismo entre los Habsburgo y los Borbones españoles, quienes no habían concertado una paz formal entre ellos; y la causa más importante de este rencor fue el resentimiento, ampliamente sentido en España, por la pérdida a favor de los Habsburgo de Milan y Napoles, que habían sido posesiones españolas durante dos siglos.

Isabel Farnesio, segunda esposa de Felipe V, era italiana y sobrina del duque de Parma. Estaba sumamente ansiosa de obtener principados en Italia para sus hijos, don Carlos y don Felipe, quienes aparentemente no tenían esperanzas de heredar el trono español por la presencia de dos hijos mayores de Felipe, habidos de su primera esposa. Isabel era una mujer de carácter fuerte, que pronto logró una notable influencia sobre su débil y desequilibrado esposo; y su antagonismo contra los Habsburgo fue alentado por su principal consejero, el abate Julio Alberoni, un italiano que quizá pudo haber soñado en una especie de unidad política en Italia y quien ciertamente era hostil a las influencias extranjeras, particularmente a las alemanas. A pesar de que éste cayó del poder a fines de 1719, las ambiciones de Isabel Farnesio resultaron ser una fuente de conflictos en Europa durante dos décadas.

Estas ambiciones no se satisficieron fácilmente. Una invasión española de Cerdeña y Sicilia en 1717-1718, habiendo tenido éxito al principio, perdió después sus bríos por la derrota de una flota española, en agosto de 1718, infligida por el almirante británico Byng, en la batalla de Cabo Passaro: fue una de las victorias navales más completas del siglo. La Gran Bretaña y Francia todavía se encontraban unidas en su oposición a los planes españoles en Italia; en 1720 obligaron a Felipe V a firmar la paz con el emperador habsburgo Carlos VI, por medio de la evacuación de Cerdeña y Sicilia, aunque recibió, a cambio, la promesa de que, a la muerte de sus gobernantes, don Carlos heredaría los estados italianos de Toscana, Parma y Plasencia, para conservarlos como feudos imperiales. Esto no satisfizo a Isabel Farnesio, y en 1729, después

de otro breve brote de lucha con la Gran Bretaña, en 1727, los gobiernos británico y francés acordaron introducir tropas españolas en Parma y Toscana como garantía de la sucesión del príncipe español. Pronto los acontecimientos prepararían el terreno para un éxito español mucho mayor. Desde noviembre de 1733, con la firma del llamado Primer Pacto de Familia, los Borbones de Francia y los de España fueron aliados; las rivalidades personales que los habían dividido durante los años inmediatamente siguientes al tratado de Utrecht (véase la p. 41) eran ya cosa del pasado: La Guerra de Sucesión de Polonia que se desencadenó en ese año no tenía en sí nada que ver con los problemas italianos. Era esencialmente una lucha entre Francia, por una parte, y Rusia y los Habsburgo, por la otra (después de la muerte, en febrero, 2 de Augusto II de Polonia) para determinar quién había de sucederle. Sin embargo, en esta lucha, los factores geográficos condenaron a Francia a una derrota desde el principio; y su gobierno buscó ansiosamente en Italia un medio de atacar a los Habsburgo y de obtener alguna compensación por el contratiempo sufrido en Polonia. Los ejércitos franco-españoles, apoyados por el Rey de Cerdeña, tuvieron mucho éxito contra los de los Habsburgo en 1734. Por consiguiente, cuando se firmó la paz al año siguiente, por medio del Tratado de Viena, se acordó que Nápoles y Sicilia, las que juntas formaban con mucho el mayor de los estados italianos, se deberían rendir a don Carlos. Se habían puesto los cimientos para una dominación de la Italia del sur por parte de los Borbones de España, la cual habría de durar siglo y cuarto. La influencia de los Habsburgo no fue destruida de ninguna manera en Italia. Los austriacos retuvieron el Ducado de Milán. En

1737, a la muerte de su último gobernante Médicis, Toscana fue cedida a Francisco, duque de Lorena, futuro esposo de la archiduquesa María Teresa, heredera a las tierras de los Habsburgo. Por lo tanto, se convirtió en una posesión de los Habsburgo, aun cuando de 1765 en adelante tuvo gobernantes propios extraídos de entre los miembros jóvenes de la familia. Pero para 1735 las ambiciones de Isabel Farnesio, por lo menos en cuanto a su hijo mayor se referían, habían quedado ampliamente satisfechas.

Durante la década de 1730 a 1740 también finalizó otra parte, mucho más tenue e impremeditada, de la herencia de Utrecht –la reconciliación anglo-francesa– que se efectuara después de la muerte de Luis XIV. Esta nunca había tenido mucha vitalidad. En Francia después de 1715, el mismo regente era heredero al trono en caso de que muriera el enfermizo Luis XV, siempre y cuando se mantuviera en vigor la exclusión de Felipe V de España a la sucesión, lo cual había sido una de las principales condiciones del tratado de 1713. En la Gran Bretaña, Jorge I estaba ansioso de evitar que Francia diera apoyo a los jacobitas, cuya importancia como amenaza a la dinastía hannoveriana todavía parecía muy real; y el hecho de que durante algunos años estuviese a punto de entrar en guerra contra Rusia en malas relaciones con el emperador Carlos VI, aumentaba su vulnerabilidad. Por lo tanto, en ambos lados del Canal se conjugaban los factores personales y dinásticos para una cooperación anglo- francesa, principalmente contra las ambiciones españolas en Italia.

Pero estos factores eran de naturaleza efímera, tal como lo demostró muy claramente la muerte de Orléans en 1723. Tanto en

Londres como en París ya estaba profundamente arraigada una tradición de rivalidad anglo-francesa. Especialmente en Francia, los antiguos ministros y mariscales de Luis XIV, como Tessé y d'Huxelles siempre se opusieron a la cooperación con la Gran Bretaña; y era sumamente fácil declarar que se estaban sacrificando intereses franceses a los de Gran Bretaña por el egoísmo del regente y de su principal consejero sobre asuntos extranjeros, el abate (posteriormente cardenal) Dubois. A fines de la década de 1730, la frágil –y para muchos contemporáneos antinatural–, reconciliación anglo-francesa se estaba tambaleando. Después de 1731, estando en el poder en París Chauvelin, un secretario del exterior muy capaz y antibritánico, cesó de existir. De 1733 en adelante, Francia se encontró cooperando con España más enérgica y eficazmente de lo que lo hiciera con la Gran Bretaña. A fines de la década estaba participando como aliada de España, en el antagonismo anglo-español que durante muchos años había estado aumentando en el Caribe y en América.

Esta rivalidad tenía cierto número de causas: disputas sobre la aplicación del tratado de Asiento[†] de marzo de 1714 que parecía haber comenzado la apertura de la América Española al comercio británico y el cual, por la misma razón, siempre fue muy impopular en Madrid; una fricción constante por el contrabando británico en la América Española y los a veces brutales esfuerzos de los *guardacostas* españoles por evitarlo; disputas sobre las fronteras de la nueva colonia británica de Georgia y sobre el derecho de la Gran

[†] Tratado por el cual se trasmitió a la Gran Bretaña el derecho de la introducción de esclavos negros, y enviar anualmente un barco de 500 toneladas, cargado con bienes manufacturados, a Veracruz y Portobello. [T.]

Bretaña a cortar palo de Campeche en la costa de Honduras. Por encima de todo estaba la agresividad de gran parte de la opinión pública británica, resumida en la frase *take and hold* (quita y conserva), y el deseo de grupos comerciales de abril, por la fuerza si fuese necesario, las colonias americanas de España al comercio británico. Para octubre de 1739, el gabinete, con sir Robert Walpole a la cabeza, había sido obligado por el clamor popular y parlamentario a entrar en guerra contra España. En esta contienda el gobierno español esperaba la ayuda activa de Francia; y con cierta razón, ya que los temores franceses de una dominación británica del Hemisferio Occidental eran más fuertes que nunca. En agosto de 1740, después de cierta vacilación en París, se estaba preparando un escuadrón francés para atacar a la Gran Bretaña en el Caribe. Lo que evitó que se le usara y lo que retrasó la declaración formal de guerra entre la Gran Bretaña y Francia hasta marzo de 1744, no fue ningún cambio de sentimientos por parte del gobierno francés, sino la sorprendente invasión de Silesia en diciembre de 1740 por el joven rey de Prusia, Federico II.

## 2. 1740-63

Las dos décadas siguientes fueron las más dinámicas e importantes del siglo en las relaciones internacionales, por lo menos para la Europa occidental y central. Están dominadas por la aparición de Brandenburgo-Prusia como gran potencia o por lo menos como semi gran potencia a expensas de los Habsburgo, y el vasto crecimiento del imperio colonial británico a expensas del de

Francia. Alrededor de estos dos acontecimientos se orienta principalmente la política de los otros estados de Europa. Durante estas dos décadas es Prusia, más que cualquier otra potencia, la que decide la marcha y dirección de los sucesos. Federico II es la figura política más sobresaliente del periodo que separa a Luis XIV de Napoleón.

La invasión de Silesia en diciembre de 1740 fue una aventura audaz pero no irrazonable. Federico, que había sucedido a su padre Federico Guillermo I en mayo, tenía a su disposición un ejército de 80 000 hombres, en muchos sentidos el mejor de Europa, y repletas las arcas del tesoro. En contraste María Teresa, quien había heredado de su padre las tierras de los Habsburgo apenas en octubre, estaba en una posición muy débil. El ejército austriaco había tenido una actuación pobre en una guerra sin éxito contra los turcos en 1737-9. Muchos de sus comandantes eran viejas mediocridades y en 1740 las escasas fuerzas (alrededor de 6 000 hombres) acantonados en Silesia no tenían un solo cañón de campaña. Todavía más, María Teresa estaba urgida de dinero. Por consiguiente, las probabilidades materiales estaban a favor de los prusianos, cuando menos por el momento. También la situación internacional parecía favorecer a Federico. La Gran Bretaña, aliada tradicional más importante de los Habsburgo, estaba en guerra con España y lo más probable era que pronto lo estaría con Francia. Para ella, y para la República Holandesa, el otro gran apoyo tradicional de Austria, el poder de los Habsburgo meramente era un arma para ser usada contra los estados Borbones. Silesia por sí misma no significaba nada para ellos y lo más probable era que no se

opusieran a su conquista por parte de Prusia. El único verdadero temor de Federico era la intervención rusa; y esperaba dejarla si fuese necesario, por medio de un juicioso soborno en San Petersburgo. También esperaba, muy justificadamente, que la muerte de la emperatriz Ana, ocurrida en octubre de 1740, sería seguida por confusión y parálisis políticas. Por todas estas razones, Silesia, una de las áreas más ricas de la Europa central y la fuente de la cuarta parte de las rentas del gobierno de los Habsburgo, parecía ser una presa tanto accesible como tentadora.

Las repercusiones de la acción de Federico fueron inmensas y rápidas. Carlos Alberto, Elector de Baviera, quien aspiraba a toda la herencia de los Habsburgo, se aprovechó de esta oportunidad para emplear la fuerza. En mayo de 1741, España, codiciosa de más territorio italiano, se alió con él contra María Teresa por medio del Tratado de Nymphenburg. Sajonia, cuyo gobernante también tenía derechos a la herencia de los Habsburgo, pronto se unió a la alianza. Sobre todo, el gobierno francés firmó al mes siguiente un acuerdo con Federico por el cual se obligaba a intervenir militarmente a su favor contra María Teresa. Esto significaba la victoria en Francia, después de una larga contienda, de las fuerzas militares comandadas por el mariscal de Belleisle, quien estaba ansioso de entablar otra lucha con el tradicional enemigo Habsburgo, en contra de la actitud más cauta y pacífica representada por el cardenal Fleury, quien había sido primer ministro de Luis XV desde 1726 y quien ya casi tenía noventa años de edad. Los resultados en último término fueron desastrosos para Francia. Desaprovechó en 1741 una buena oportunidad de sacudirse la ahora en gran manera

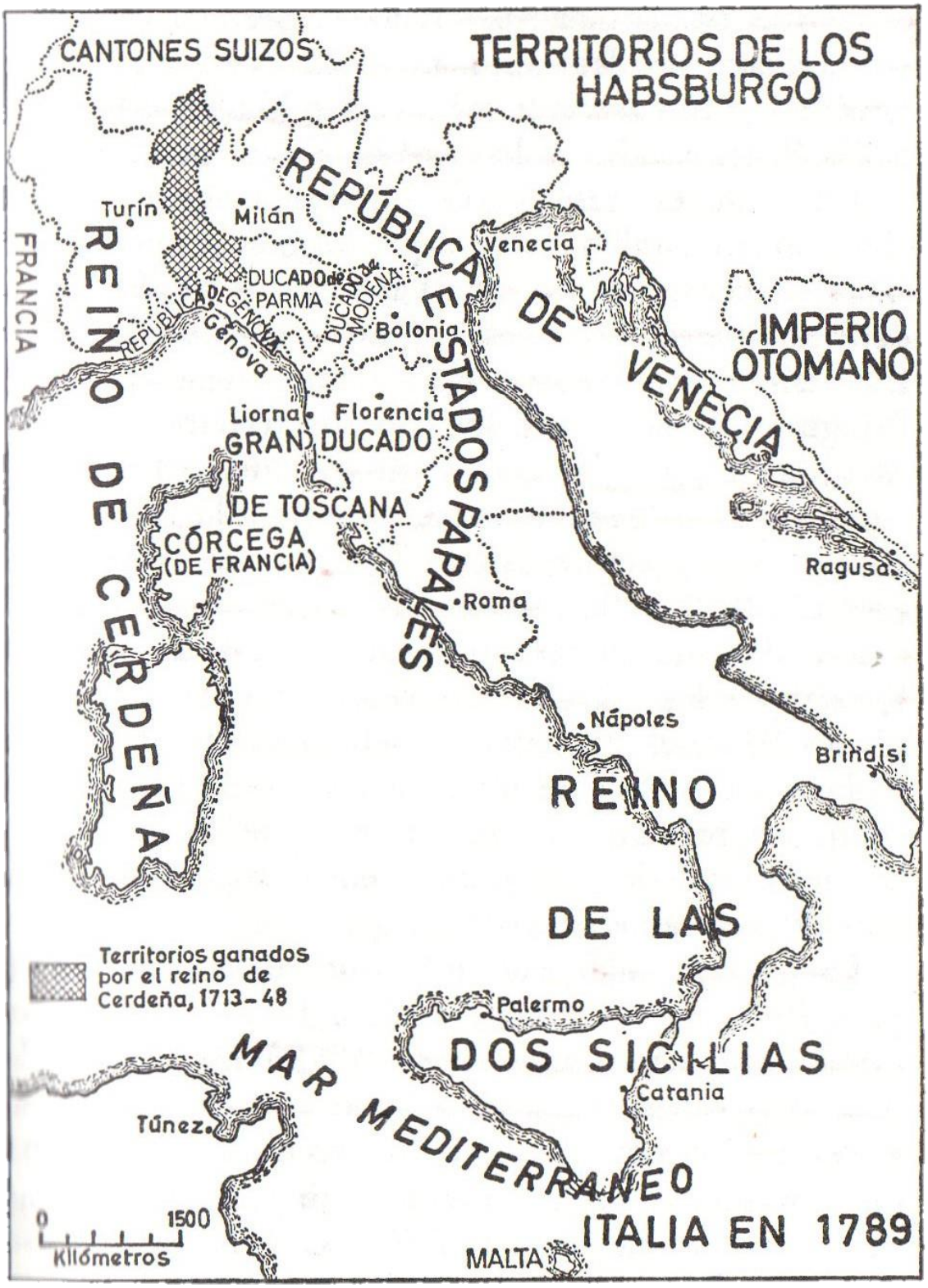
insensata tradición de hostilidad hacia Austria y de concentrar sus recursos, en circunstancias favorables, en una contienda marítima y colonial contra la Gran Bretaña, de la cual tenía mucho más que temer. Se embarcó en una guerra que probablemente iba a ser difícil y cara y de la cual, según lo demostraron los resultados, difícilmente podía esperar ganar mucho. Ya en abril, el gobierno británico había acordado subsidiar el esfuerzo austriaco de guerra; y las rivalidades coloniales anglo-españolas y anglo-francesas ya habían pasado a ser sólo otro aspecto más de una grande y confusa guerra europea.

Esta llamada Guerra de la Sucesión Austriaca fue de hecho una serie de grandes contiendas separadas: en Alemania, en Italia, en los Países Bajos; y, en ultramar, en Norteamérica, en el Caribe, y en la India. En Alemania, María Teresa se defendió sorprendentemente bien contra la hostil coalición a que se enfrentaba, en el verano de 1741. Fue ayudada por la profunda desunión de sus oponentes, Francia, Prusia, Sajonia y Baviera, por el dinero británico, y por la sorprendente efectividad que pronto empezaron a desplegar sus ejércitos. Una invasión franco-bávara de Bohemia en octubre fue un fracaso; para principios de 1742 los austriacos habían invadido Baviera y habían ocupado Múnich. En junio de 1743, un ejército mixto británico-austriaco-hannoveriano que se había formado en los Países Bajos derrotó al francés en Dettingen y una fuerza austriaca llegó a amenazar con invadir Alsacia. Pero estos éxitos contra los franceses y los bávaros fueron comprados con concesiones, inevitables pero humillantes, hechas a Prusia. Sólo comprando la hostilidad de Federico se podían obtener victorias en la Alemania del sur o en el Rin. En octubre de 1741, María Teresa

había aceptado por el momento, la ocupación de Silesia por Federico a cambio de la suspensión de operaciones contra ella por parte del ejército prusiano. En junio de 1742, presionada por el gobierno británico, ansioso de liberar a las fuerzas austriacas para usarlas en la Europa occidental, le cedió, por medio del Tratado de Breslau, la casi totalidad en la provincia. En diciembre de 1745, después de un nuevo brote de lucha con Prusia (la Segunda Guerra Siciliana), volvió a hacer esta concesión, con la mayor renuencia, en el Tratado de Dresde. Por consiguiente, la agresión de Federico en diciembre de 1740 había tenido éxito. Silesia era suya, aunque al costo de la enconada y eterna enemistad de María Teresa. Fue después de las victorias obtenidas en Hohenfriedberg y Soor en 1745 cuando sus súbditos empezaron a llamarlo "el Grande". Brandenburgo-Prusia se había convertido con sorprendente prontitud en una de las principales potencias de Europa. Sin embargo, la monarquía de los Habsburgo no se había derrumbado, tal como lo pareciera en 1741. María Teresa logró dejar fuera de la guerra a Baviera y a Sajonia y asegurar en octubre de 1745 la elección de su esposo, Francisco Esteban de Lorena, como Sacro Emperador Romano. Fue así como pudo continuar la lucha contra Francia en los Países Bajos y contra Francia y España en Italia, hasta 1748.

En Italia, las fortunas de la guerra tenían grandes fluctuaciones. En 1742-3, parecía ser que los ejércitos franco-españoles podrían barrer con todo lo que tuvieran enfrente; y en 1745 volvieron a lograr importantes victorias. Pero de 1741 en adelante el dominio británico del Mediterráneo imposibilitó a

España a mandar fuerzas a Italia por mar, hecho de gran significado estratégico, mientras que en 1746, después de finalizar la guerra en Alemania, los ejércitos austriacos obtuvieron éxitos considerables. De igual importancia fue el hecho de que en septiembre de 1743, el rey de Cerdeña, Carlos Manuel III, quien hasta entonces se había mantenido entre los dos bandos, fuese ganado por los austriacos con la promesa de parte del Ducado de Milán. Por consiguiente, en Italia, la Guerra de Sucesión de Austria, a pesar de una gran actividad diplomática y de algunas luchas muy encarnizadas, no fue ganada por nadie.


CANTONES SUIZOS
TERRITORIOS DE LOS HABSBURGO
FRANCIA
REINO DE CERDEÑA
Turín
Milán
REPÚBLICA DE GENOVA
Génova
DUCADO de PARMA
DUCADO de MODENA
REPÚBLICA DE VENECIA
Venecia
IMPERIO OTOMANO
Bolonia
ESTADOS PAPALES
Liorna
Florencia
GRAN DUCADO DE TOSCANA
CÓRCEGA (DE FRANCIA)
Roma
Ragusa
Nápoles
Brindisi
REINO DE LAS DOS SICILIAS
Territorios ganados por el reino de Cerdeña, 1713–48
Palermo
Catania
MAR MEDITERRANEO
Túnez
0
1500
Kilómetros
MALTA
ITALIA EN 1789

Por otra parte, en los Países Bajos, los últimos años de la contienda vieron a Francia lograr una serie de grandes victorias, con excepción de la conquista prusiana de Silesia, el único éxito militar definido logrado por cualquiera de los beligerantes. En Fontenoy, Raucoux y Lawfeldt, el mariscal francés Mauricio de Sajonia derrotó a un ejército mixto anglo-austriaco-holandés. Para la primavera de 1748, con los Países Bajos austriacos en sus manos, estaba amenazando con conquistar la República Holandesa, que visiblemente no estaba en condiciones de defenderse. Fueron estos triunfos. franceses los que convencieron al gobierno británico de que debía firmarse la paz; se debía poner término a la guerra antes que las provincias holandesas fuesen invadidas y que sus puertos y navíos cayeran bajo dominio francés. Aún más, las victorias del Mariscal de Sajonia lograron más que contrarrestar los pocos éxitos que había logrado la Gran Bretaña en la cuarta importante esfera de conflictos: los mares y las zonas coloniales de Norteamérica, el Caribe y la India. Estos éxitos fueron desalentadoramente pequeños desde el punto de vista británico. Sólo en 1747 se lograron importantes victorias sobre la flota francesa y se estableció un eficaz bloqueo de los puertos franceses más importantes. La fortaleza francesa de Louisbourg en la Isla de Cabo Bretón, en la desembocadura del San Lorenzo, la más grande posición fortificada del Continente americano, había sido tomada en junio de 1745; pero el Canadá francés nunca se vio seriamente amenazado. En la India la Compañía Británica de las Indias Orientales frente a la energía y capacidad de organización de J. F. Dupleix, el comandante general de su rival francesa, tuvo que luchar denodadamente para mantener

su posición. En septiembre de 1746, Madrás, uno de los más importantes de sus puestos comerciales, cayó bajo un ataque francés.

Por consiguiente, Francia tenía una posición fuerte cuando empezaron las negociaciones en Aquisgrán a principios de 1748. Pero no era tan fuerte como parecía. Sus finanzas estaban en desorden; la guerra las había dejado peor de lo que estuvieran antes de la modesta pero verdadera mejoría lograda durante la década de 1730 a 1740. El hecho de que un ejército de tropas auxiliares rusas, contratado con dinero británico, se encontrase ahora marchando lentamente a través de Alemania hacia los Países Bajos amenazaba con prolongar la guerra. El propio Luis XV estaba decididamente a favor de la paz aun al costo de considerables concesiones; ya para 1745 habían comenzado sondeos indirectos con Viena. El resultado fue que con el tratado de paz firmado por la Gran Bretaña y Francia en octubre, los franceses no obtuvieron casi nada. Louisbourg fue devuelto a Francia y Madrás a la Compañía Británica de las Indias Orientales, mientras que la situación, en Europa, de los dos beligerantes permaneció sin cambio. Puesto que España no podía continuar la contienda sin ayuda francesa y María Teresa dependía de los subsidios británicos, el acuerdo anglo-francés obligó a los otros beligerantes a cesar la lucha. Ninguno quedó satisfecho con sus términos. España tuvo que aceptar la renovación del odiado tratado de Asiento con la Gran Bretaña, aunque sólo hasta 1752. Aún más importante, María Teresa tuvo que aceptar una cláusula en el tratado de paz en que se garantizaba, aunque en términos ambiguos, la posesión de Silesia por Federico II: en verdad un trago

amargo. Carlos Manuel de Cerdeña retuvo el fragmento del Milanesado que se le prometió en 1743; aparte de la conquista prusiana de Silesia, éste fue el único cambio territorial de importancia en Europa después de más de siete años de confusa guerra.

La guerra había sido más que nada una victoria para Prusia. Pero también había hecho mucho para fortalecer los territorios de los Habsburgo, los cuales en 1748 estaban mejor organizados y militarmente más poderosos, y por consiguiente tenían más confianza en sí mismos y podían hacer sentir sus derechos más de lo que lo hicieran en 1740. La emperatriz y sus ministros, firmes en su hostilidad contra Prusia, vieron claramente que la Gran Bretaña y los holandeses eran inútiles como ayuda activa contra su enemigo. En 1742 y 1745, la presión británica había obligado a María Teresa a ceder Silesia a Federico II. En 1748, la diplomacia británica había ayudado a incluir en el tratado de paz la odiosa garantía del dominio prusiano de la provincia. Los holandeses eran ahora cuando más una potencia de segunda clase, una responsabilidad más que una ventaja para cualquier aliado. En 1745 y 1748, la emperatriz ya había aclarado al gobierno francés que estaba dispuesta, en condiciones favorables, a abandonar su alianza con la Gran Bretaña. De 1749 en adelante, bajo la creciente influencia del Conde (posteriormente Príncipe) von Kaunitz Riet berg, quien llegó a canciller en 1753, el gobierno de Viena se sintió cada vez más atraído por la idea de aislar a Prusia por medio de un acuerdo con Francia, y después aplastarla con ayuda rusa y probablemente francesa. Una reconciliación austro-francesa de esta clase no era algo totalmente inaudito. Luis

XIV, en las postrimerías de su vida, se había dado cuenta de que el tradicional antagonismo de los Borbones y de los Habsburgo, había perdido casi todo sentido; y Luis XV estaba personalmente a favor de unas mejores relaciones con Austria. Pero sólo en el verano de 1755 se iniciaron pláticas formales entre los dos gobiernos. Para entonces se estaba desarrollando una encarnizada y no declarada guerra entre fuerzas británicas y francesas en el valle del Ohio, las dos compañías de las Indias Orientales estaban luchando por la supremacía en el sur de la India, y la marina británica estaba capturando gran cantidad de barcos mercantes franceses en alta mar.

Estas negociaciones austro-francesas adquirieron un nuevo ímpetu en enero de 1756, con la firma de la Convención anglo-prusiana de Westminster. Federico II realizó este acuerdo no por un deseo de traicionar a su aliado francés, sino simplemente por temor. Sabía que era odiado en San Petersburgo al igual que en Viena, y su creciente inquietud hizo crisis al efectuarse una convención anglo-rusa en septiembre de 1755, a la cual consideró, y con razón, como dirigida contra él. Esta asociación de la Gran Bretaña con sus enemigos le parecía muy amenazadora. Por consiguiente, intentó escapar de ella por medio del convenio de enero de 1756, el cual estipulaba la neutralidad de Alemania en la guerra anglo-francesa que sin duda estaba por desatarse.

Los términos de la Convención de Westminster no amenazaban a Francia. Por el contrario, era de su interés el evitar comprometerse con Alemania y el concentrar sus recursos en la contienda marítima y colonial con la Gran Bretaña. Aún más,

Federico había excluido deliberadamente a los Países Bajos del alcance de la convención, dejando así en libertad a Francia para presionar a la Gran Bretaña, en caso necesario, por medio de su ocupación. Pero en Versalles existía un amargo resentimiento en contra de la manera en que él, un advenedizo entre los grandes monarcas de Europa, había osado celebrar un acuerdo secreto e independiente con el enemigo más encarnizado de Francia. El gobierno francés, que había estado haciendo preparativos dilatorios para renovar la alianza franco-prusiana que databa de 1741, se sintió engañado y humillado. Las propuestas austriacas encontraron más que nunca una calurosa acogida; y el 1º de mayo de 1756, Francia y Austria firmaron una alianza defensiva, el Primer Tratado de Versalles. El antagonismo de los Borbones y de los Habsburgo, el cual había proporcionado durante dos siglo y medio el hilo más importante y permanente en la trama de la diplomacia europea, había sido relegado a último término, cuando menos temporalmente.

Esto no significaba que Francia había sido ganada a favor de la gran coalición antiprusiana con la cual soñaba Kaunitz. Sin embargo, ésta se iba a crear ahora no por la habilidad diplomática del canciller austriaco, sino por la nerviosa precipitación de Federico II. La Convención de Westminster había resultado una desilusión para el rey de Prusia. En particular, no había servido para apaciguar la hostilidad del gobierno ruso, tal como lo había esperado. La influencia británica en San Petersburgo, la cual había creído Federico que lo protegería contra un ataque sobre su frontera oriental, declinó rápidamente; para la primavera de 1756, las

negociaciones ruso-austriacas para un ataque combinado contra Prusia, que habían comenzado desde 1753, estaban mostrando señales de dar fruto. Por consiguiente, a finales de agosto, convencido Federico de que su única oportunidad era atacar antes de que sus oponentes estuviesen preparados, lanzó la más famosa guerra preventiva de la historia europea por medio de una invasión de Sajonia, la cual estaba encaminada a allanar el camino para una invasión a Bohemia. Los meses siguientes vieron la creación de la grande y hostil coalición que quería evitar más que nada. A fines del año, Rusia se unió a la alianza austro-francesa del 1º de mayo. En enero de 1757, muchos de los estados más pequeños del Sacro Imperio Romano acordaron aportar fuerzas armadas para ser usadas contra Prusia; y en marzo, Suecia se unió a los enemigos de Federico. Sobre todo, el 1º de mayo de 1757, por medio del Segundo Tratado de Versalles, Francia convino en mantener grandes fuerzas en Alemania para combatir contra Prusia y también en pagar a María Teresa un subsidio elevado. Por consiguiente, María Teresa se comprometió aún más desastrosamente que en 1741 en una guerra en la que apenas si estaban implicados sus verdaderos intereses y de la cual sólo podía esperar muy poco. Unos cuantos días después, Austria y Rusia firmaron una alianza contra Prusia.

Contra estas fuerzas aparentemente aplastantes, no tenía Federico sino su excelente ejército y su administración, sus propias dotes de mando, su habilidad para imponer contribuciones en Sajonia (de donde extorsionó cincuenta y cinco millones de guldens durante la guerra), y de 1758 en adelante subsidios ingleses. En varias ocasiones durante la Guerra de Siete Años (1756-63) pareció

estar abrumado. En el verano y otoño de 1757 –cuando fue desalojado de Bohemia, cuando Hannover fue invadida por los franceses y la Prusia oriental por los rusos, y cuando Berlín quedó momentáneamente ocupado por los austriacos– su posición pareció bastante desesperada. De nuevo perdió las esperanzas por un tiempo después de la terrible derrota que le infligieron los rusos en Kunersdorf, en agosto de 1759; y para 1761 estaba consciente de que no podría continuar la lucha por mucho más tiempo.

Sin embargo, a pesar de sus derrotas, a pesar de su pobreza y de la pérdida de gran parte del magnífico ejército con el que había principiado la guerra, Prusia sobrevivió. Lo hizo más bien por razones negativas que por razones positivas: debido a la debilidad y divisiones de sus oponentes más que a su propia fuerza. La alianza antiprusiana no era más unida o efectiva que cualquier otra coalición de los siglos XVII y XVIII. Ni los suecos ni el ejército levantado por los pequeños estados de Alemania desempeñaron ningún papel efectivo en la guerra; en tanto que en marzo de 1758, por medio del Tercer Tratado de Versalles, el gobierno francés redujo considerablemente la ayuda militar y financiera que había prometido a María Teresa diez meses antes. Las relaciones franco-rusas seguían siendo sorprendentemente malas, puesto que una acción efectiva por parte de Rusia contra Federico era imposible a menos que dominara Polonia, y esto significaría inevitablemente el debilitamiento o la destrucción de lo que quedaba allí de la tradicional influencia francesa. Lo que es aún más importante, ni los ejércitos rusos ni los franceses demostraron ser tan efectivos como se había esperado. Aunque peleaban bien y obtuvieron

algunas grandes victorias, los rusos nunca aprovecharon completamente sus ventajas para destruir a Prusia como Estado independiente, tal como lo podrían haber hecho. Esta timidez, que en más de una ocasión salvó a Federico, en especial probablemente en 1761, fue en parte el resultado de la extrema precaución y falta de imaginación de los comandantes rusos. Fue también inspirada por el conocimiento de que la emperatriz Isabel no tenía muchas probabilidades de vivir mucho tiempo más y que su muerte sería seguida de un rotundo cambio de política en San Petersburgo, puesto que su heredero, el Gran Duque Pedro, era bien conocido como violento prusófilo. Los franceses, por su parte, fueron derrotados humillantemente por Federico en Rossbach, en noviembre de 1757 y posteriormente contenidos en Westfalia por un ejército anglo-alemán a las órdenes del príncipe Fernando de Brunswick. Sólo a fines de 1758, cuando el duque de Choiseul se convirtió en primer ministro, los esfuerzos guerreros de Francia adquirieron algo de energía y un mando eficaz; y Choiseul estaba mucho más interesado en la lucha contra la Gran Bretaña que en la de Prusia. Finalmente, cuando más mala parecía su estrella, Federico se vio salvado por pura casualidad. El 5 de enero de 1762 murió Isabel de Rusia. En mayo, el Gran Duque Pedro, ahora Pedro III, se retiró de la guerra y evacuó el territorio prusiano. Con Austria agotada y con Francia fervientemente ansiosa de paz, la supervivencia de Prusia estaba asegurada. El tratado de Hubertsburg, que puso término a la contienda austro-prusiana en Alemania en febrero de 1763, confirmó a Federico su posesión de

Silesia. Los esfuerzos de Kaunitz y de María Teresa habían fracasado.

La guerra colonial y marítima anglo-francesa que había comenzado en 1755 contrasta notablemente con el conflicto en Alemania. En tanto que Prusia y Austria se agotaban en luchas por una provincia alemana, la Gran Bretaña se establecía con relativa facilidad como primera verdadera potencia mundial. Los primeros años de la guerra no le fueron fáciles. Su gran base mediterránea de Menorca cayó ante un ataque francés en mayo de 1756 y pareció existir un peligro real de una invasión francesa, amenaza que, más que ninguna otra, atemorizaba a cualquier gobierno británico del siglo XVIII. Pero pronto, bajo el mando del gran gabinete de guerra dominado por William Pitt, el viejo, el cual se formó en junio de 1757, la victoria empezó a favorecer a la Gran Bretaña. El dominio británico de los mares fue completo después de las victorias de Lagos y la Bahía de Quiberon en 1759; y mientras dominara los mares, la Gran Bretaña era inmune a la invasión francesa (misma que Choiseul estaba pensando seriamente en acometer en ese año). También podía evitar que Francia enviara a la India o al hemisferio occidental más de una pequeña fracción de su fuerza militar, inmensamente superior; únicamente dos fuerzas expedicionarias francesas de cierta importancia fueron enviadas a ultramar durante la guerra. Aisladas de la metrópoli y sujetas a un ataque vigoroso, las bases y colonias francesas cayeron en manos de los británicos con rapidez sin precedente. En Norteamérica, después de considerables éxitos en el valle del Ohio en 1759, siguió la caída de Quebec en septiembre de 1759, como resultado de una eficiente

organización y de una dirección decidida. Con la rendición de Montreal en septiembre de 1760, el poderío de Francia en Canadá había llegado a su fin. En las Antillas, cuya producción de productos tropicales, sobre todo de azúcar, las convertía en los más valiosos a corto plazo de todos los botines coloniales del siglo XVIII, la mayoría de las islas francesas fueron tomadas en dos periodos de violenta actividad en 1759 y en 1762. En 1757 la Compañía Británica de las Indias Orientales, con sus fuerzas brillantemente dirigidas por Robert Clive, principió la conquista de Bengala con su victoria en Plassey sobre un gobernante local. Esto puso a su disposición una de las porciones más ricas de la India; y esto a su vez, combinado con el dominio británico de los mares, le dio los recursos necesarios para aplastar a su rival francés todavía más hacia el sur en la región de Carnatic, el punto central del conflicto anglo-francés directo. Con la derrota del comandante francés, Lally-Tollendal, en Wandewash en enero de 1760, había quedado destruido para siempre el sueño de un imperio francés en la India.

Estos éxitos sin precedente hicieron realidad el ahora difundido temor de que la Gran Bretaña pronto dominara todo el comercio ultramarino de Europa y que se convirtiera en la única potencia colonial de alguna importancia. Este temor encontró eco sobre todo en Madrid, donde el dominio británico de Norteamérica y el Caribe parecía amenazar, en un futuro no muy lejano, la permanencia del poder español en la América del Sur. Choiseul, quien esperaba, por medio del expediente de envolver a España en la guerra, mejorar la posición desesperada de Francia y reducir las pérdidas que inevitablemente sufriría cuando se firmara la paz, hizo

todo lo que pudo para aumentar dichos temores. Para 1761 Carlos III de España estaba ansioso por aliarse con Francia contra la Gran Bretaña. Dicha alianza fue firmada en agosto. Y en enero del año siguiente, el gobierno británico declaró la guerra a España. Los españoles hicieron poco para ayudar a Francia. Su esfuerzo para realizar un repetido sueño español, la conquista de Portugal, fue un fracaso. La Habana, la mayor base naval del mundo fuera de Europa, sucumbió ante un ataque británico. Igual sucedió con Manila, capital de las Filipinas, la cual fue tomada por una fuerza expedicionaria enviada de la India. La nueva posición de la Gran Bretaña como potencia mundial era ya innegable.

El convenio de paz de 1763 no destruyó a Francia como potencia colonial y marítima, tal como lo habían esperado Pitt y otros enemigos de los franceses. Fue en parte por la debilidad del conde de Bute y del duque de Bedford, quienes dirigieron las negociaciones por el lado británico (Pitt había renunciado en octubre de 1761), por lo que se le permitió conservar sus posesiones ultramarinas de mayor valor comercial. Se le dejaron la mayoría de sus islas de las Antillas, sus puestos comerciales en la India y, lo más enconadamente discutido de todo, una parte en la gran pesca de bacalao de Terranova, que proporcionaba la subsistencia a tantos excelentes hombres de mar. El resultado fue que la generación siguiente a la guerra presenció un extraordinario desarrollo del comercio colonial francés, especialmente con el Caribe, y una época dorada para puertos tales como Nantes y Burdeos. Pero todos los establecimientos coloniales franceses se perdieron. Canadá y los vastos y mal definidos territorios que reclamaba al este del

Mississippi fueron cedidos a la Gran Bretaña. Luisiana fue cedida a España como consolación parcial por sus derrotas y porque Carlos III objetó enérgicamente el establecimiento de los británicos en el Golfo de México. Estas pérdidas, aunque ello no fuese claro en aquel entonces, pusieron término durante un siglo o más a cualquier posibilidad de que Francia se convirtiera en una genuina potencia mundial. Su imperio aún podía ser una fuente de riqueza, pero no se podía basar, tal como lo estaba haciendo crecientemente el de la Gran Bretaña, en el establecimiento en ultramar de gran número de colonos de la metrópoli. Por consiguiente, aun cuando el poder de Napoleón I estaba en su apogeo, Francia no podía ser más que el más grande de los estados europeos.

Por su parte España abandonó sus reclamaciones de una parte de la pesquería de Terranova, reconoció a regañadientes el derecho de los británicos a cortar palo de Campeche en Honduras, y cedió Florida a la Gran Bretaña, a cambio de La Habana.

## 3. 1763-89

La paz de 1763 resultó ser más duradera que la de 1748; pero pocos contemporáneos esperaban que fuera permanente. El resentimiento de Austria por la pérdida de Silesia, aunque algo atenuado por el tiempo y la experiencia de la Guerra de Siete Años, todavía era fuerte. En Francia, era profundo el rencor por sus humillantes pérdidas coloniales, y Choiseul pronto demostró que estaba decidido a restablecer el poderío francés. Se reconstruyó la flota; se llevaron a cabo un número de reformas en el ejército; y en

1768-9 la isla de Córcega fue comprada a sus señores genoveses y se sofocó allí un movimiento de independencia. Sin embargo, los sucesos internacionales de la generación posterior a 1763 difirieron en dos aspectos importantes de los de las décadas de 1740 y de 1750. En primer lugar, los sucesos en Europa y los del mundo colonial estaban mucho menos relacionados que durante la Guerra de la Sucesión Austriaca y la Guerra de Siete Años. Las luchas anglo-francesas de 1744-48 y de 1755-63 habían coincidido con grandes conflagraciones militares europeas; la intervención de Francia en éstas había tenido una sola razón, aunque no la más importante, por su falta de éxito en ultramar. Después de 1763, en cambio, los asuntos del mundo atlántico y los de la Europa continental tenían una relación mucho más indirecta. Las rivalidades coloniales anglo-francesas no tuvieron nada que ver con el Primer Reparto de Polonia en 1772, o con la gran contienda ruso-turca de 1768-74. La Guerra de Independencia Norteamericana de 1775-1783 fue poco afectada por la relativamente poco importante Guerra de la Sucesión bávara disputada por Austria y Prusia en 1778-9. La Gran Bretaña, desde mediados de la década de 1760 hasta finales de la década de 1780, estuvo más aislada de la corriente principal de los sucesos políticos de Europa que en cualquier otro tiempo desde hacía casi un siglo.

El segundo nuevo factor que caracterizó las décadas posteriores a los Tratados de París y Hubertsburg fue la importancia, hasta entonces sin precedentes, de los problemas de la Europa oriental: los del Imperio Otomano, y sobre todo de Polonia,

y el sorprendente crecimiento del poderío y del prestigio de Rusia a resultas de éste.

La completa impotencia militar y política de Polonia había aparecido más clara que nunca durante la Guerra de Siete Años; y desde el comienzo de su reinado Catalina II de Rusia, quien destituyó y sucedió en el trono a su desequilibrado esposo, Pedro III, en junio de 1762, estuvo decidida a afirmar su influencia allí. En abril de 1764 firmó con Federico II un pacto de defensa destinado a mantener la constitución existente en Polonia, y a asegurar la elección al trono de su antiguo amante, Estanislao Poniatowski. Ya uno o dos estadistas rusos principiaban a propugnar vehementemente que Rusia reforzara su frontera occidental por medio de la toma de territorio polaco. Sin embargo, todavía era ésta una opinión mucho más minoritaria: el conde Panin, ministro de asuntos exteriores de Rusia, consideraba a Polonia como miembro importante de la gran alianza antiborbónica que esperaba crear en la Europa septentrional durante la década de 1760, y más deseaba fortalecerla que debilitarla. Las raíces del Primer Reparto de Polonia no se encontraban en la codicia rusa, sino en las tensiones internacionales originadas por la guerra ruso-turca que se desató en septiembre de 1768.

La hostilidad entre Rusia y el Imperio Otomano existía desde hacía mucho tiempo. Habían estado en guerra en 1736-9 y en malas relaciones desde entonces. A finales de la década de 1760, el gobierno turco estaba hondamente preocupado y disgustado por la creciente dominación rusa de Polonia; y este sentimiento fue alentado por el gobierno francés, quien resentía la obvia decadencia

de su anterior influencia en Polonia y su sustitución por la Rusia. Cuando en julio de 1768 un grupo de fuerzas irregulares al servicio de los rusos persiguió a un grupo de polacos anti-rusos hasta territorio turco, quemando allí un pequeño pueblo, los turcos respondieron con una declaración de guerra. Los tres años siguientes presenciaron una casi ininterrumpida serie de éxitos rusos. Para 1770 habían sido conquistados los principados danubianos de Moldavia y Valaquia, bajo soberanía turca desde el siglo XIV. Al año siguiente fue invadida Crimea, también un Estado vasallo turco. Y lo más sorprendente de todo fue que, en 1769-70, una flota rusa, con considerable ayuda de la Gran Bretaña, zarpó desde el Báltico, rodeó la Europa occidental hacia el Mediterráneo oriental, en donde aniquiló una gran fuerza naval turca en Chesmé, en las costas de Asia Menor.

Estas victorias no podían menos que despertar inquietud en otras partes de Europa. Austria en particular estaba profundamente alarmada durante los primeros meses de 1771 por la perspectiva de la dominación rusa de Moldavia y Valaquia, puesto que esto daría a Catalina II el dominio del bajo curso del Danubio, potencialmente la arteria comercial más importante de los territorios de los Habsburgo. A principios de julio, por medio de un convenio secreto firmado en Constantinopla, el gobierno austriaco prometió –a cambio de un fuerte subsidio y de cierto territorio de la Valaquia occidental– ayudar con medios diplomáticos al mantenimiento de la integridad del Imperio Otomano. Aunque probablemente había muy poco peligro real de una guerra austro-rusa, Catalina II no podía llevar a cabo ahora, frente a la oposición austriaca, todos sus

planes de guerra en el Cercano Oriente. En particular le sería muy difícil conservar el dominio de los principados danubianos. Sin embargo, ya se estaba haciendo obvio que lo más probable era que las ambiciones territoriales a las cuales no se podía dar rienda suelta en los Balcanes se vieran satisfechas, en su lugar, a expensas de Polonia, que se encontraba en un caos completo, impotente para resistir a sus grandes vecinos y sin ningún protector efectivo.

Territorios ganados
1721
1743
1772
1774
1783–84
0
500
Kilómetros
SUECIA
Mar Báltico
Reval
San Petersburgo
Riga
Kazán
Moscú
Vilna
Varsovia
POLONIA
Kiev
Cosacos Zaporogos
(bajo el dominio ruso
desde 1764–74)
Poltava
Azov
Astracán
IMPERIO OTOMANO
Bucarest
Sebastopol
Mar Negro
La expansión de Rusia
en el siglo XVIII

Federico II, muy deseoso de evitar cualquier peligro de una guerra austro-rusa en la cual era seguro que quedaría implicado, siempre había deseado anexarse la Prusia occidental (Polonia). Ya en 1769 mandó pulsar la situación en San Petersburgo, con respecto a un reparto. A principios de 1771, Catalina II, abandonando la política que hasta entonces había sostenido de mantener intacta a Polonia como Estado vasallo ruso, dio muestras de estar ya dispuesta a aceptar la idea. A fines de octubre Federico había logrado que los austriacos también estuvieran de acuerdo; y en agosto de 1772 María Teresa, con gran renuencia, aceptó el tratado de reparto, que había sido redactado algunos meses antes. De las tres potencias participantes en el reparto fue Rusia la que obtuvo más extensión de territorio y pudo alegar que las grandes áreas que había tomado en la Rusia Blanca tenían una población muy semejante a la suya en idioma y religión. Económicamente Austria logró más; se anexó la provincia de Galicia, la cual poseía, entre otras riquezas las mayores minas de sal de Europa. Militar y estratégicamente la principal beneficiaria fue Prusia, potencia que más que ninguna otra había inspirado el reparto. Su adquisición de Prusia occidental significaba que la Prusia oriental (Ducal) por primera vez estaría conectada geográficamente con la porción principal de los dominios de los Hohenzollern. El reparto no fue del todo inesperado; desde 1650 se habían hecho sugestiones para la expoliación de la decadente república polaca. Pero los comentadores, tales como el escritor y político inglés Edmund Burke, tuvieron razón en considerarlo como una expresión inauditamente despiadada de las actitudes agresivas y pugnaces que

estaban debajo de las relaciones internacionales. En este sentido, fue un mal augurio para el futuro político de Europa.

Sólo en julio de 1774 pudo forzar Rusia a la Sublime Puerta[‡] a firmar la paz por medio del tratado de Kuchuk-Kainarji. Los últimos años de la guerra con Turquía fueron difíciles para Catalina II. Estaba alarmada por la gran insurrección campesina, dirigida por Emiliano Pougatchef, la cual se desató a fines del verano de 1773 y cundió durante dos años por todo el sudeste de Rusia. De consecuencias aún más serias fue que, en agosto de 1772, Gustavo III, por medio de un golpe de estado casi incruento, restauró los poderes de la monarquía sueca que habían estado en suspensión desde 1720. Éste fue el golpe decisivo para la hasta entonces grande influencia rusa en Suecia y la peor derrota política sufrida por Catalina durante todo su reinado. Durante unos meses pareció que la seguiría una nueva guerra ruso-sueca; esta guerra fue evitada en parte porque las preocupaciones de Rusia en el Cercano Oriente la imposibilitaban de tomar la ofensiva en el Báltico.

Sin embargo, el Tratado de Kuchuk-Kainarji, el cual inició la Cuestión de Oriente en su forma clásica del siglo XIX, bien valió el esfuerzo requerido para imponérselo a los turcos. Rusia se aseguró por primera vez una salida directa, aunque geográficamente limitada, al Mar Negro, entre las desembocaduras del Bug y del Dnieper. Obtuvo libertad de navegación para sus barcos en ese mar (el cual había sido celosamente guardado durante los últimos dos siglos por la Puerta Sublime como vedado turco) y libertad para que sus buques mercantes cruzaran el Bósforo y los Dardanelos. Por

[‡] Nombre que solía darse al gobierno Otomano. [T.]

encima de todo, el Kanato de Crimea, que abarcaba una gran área de la estepa del Mar Negro, se convirtió en un Estado independiente. Esto se consideró en Constantinopla como el preludio de su inevitable anexión por parte de Catalina II, lo cual a su debido tiempo, se llevó a cabo en 1783, con el amargo pero impotente resentimiento turco. Rusia estaba ahora firmemente establecida como potencia del Mar Negro, en tanto que su influencia en el Cáucaso y en los Balcanes aumentaba rápidamente. Era ahora, a los ojos de muchos observadores, una amenaza para la existencia misma del Imperio Otomano.

Estos grandes sucesos en Europa oriental se vieron muy poco afectados por la política de las potencias occidentales. Francia no podía amparar a sus antiguos protegidos, los polacos y los turcos, contra los peligros que los amenazaban. De hecho, una corriente cada vez mayor de la opinión de París pedía que se redujesen sus pérdidas en el Oriente, se abandonase la tradicional política de ayuda a Polonia, el Imperio Otomano e incluso Suecia, y se concentrara en su rivalidad marítima y colonial con la Gran Bretaña. Por su parte, el gobierno británico, estaba renuente a tomar iniciativa alguna en la Europa oriental, especialmente desde que se enfrentaba a una gran crisis en sus colonias norteamericanas.

Las causas de la Guerra de Independencia Norteamericana se pueden revisar aquí someramente. Los esfuerzos británicos después de 1763 por obtener una renta gubernamental más adecuada por medio de la tributación en Norteamérica produjeron un gran descontento allí. Igualmente impopulares resultaron los intentos por hacer más eficientes la administración real en las colonias y

especialmente la recaudación de derechos aduanales. Los conflictos sobre los respectivos poderes de los gobernadores reales y de las asambleas coloniales elegidas habían sido por largo tiempo una fuente continua de resentimientos, en tanto que los esfuerzos del gobierno británico por evitar una desmedida expansión hacia el Oeste por parte de los colonos a expensas de los indios, y para establecer más firmemente a la iglesia católica en el Canadá francés por medio de la Ley de Quebec de 1774 causaban la hostilidad de importantes sectores de la opinión norteamericana. El nacionalismo colonial que latía bajo todos estos asuntos y el creciente sentimiento, sobre todo en la Nueva Inglaterra, de que América era diferente de Europa y en ciertos casos superior a ella, probablemente hicieron imposible cualquier arreglo duradero, aunque parece ser claro que hasta fines de la década de 1770 sólo una minoría, probablemente muy pequeña, de los colonos realmente deseaba la independencia política. La idea de ser un dominio, solución obvia según el concepto moderno, todavía era desconocida y casi inconcebible para ambos bandos, aun cuando las proposiciones conciliatorias presentadas por el gobierno británico en 1778 como último e infructuoso esfuerzo para zanjar las diferencias hubieran dado a los colonos algo parecido a ello. Para 1775, al llegar a su clímax el desafío por un lado y la represión por el otro, se desató la rebelión armada en la Nueva Inglaterra. En julio de 1776 los representante de las colonias continentales reunidas en Filadelfia, las declararon independientes de la corona británica.

La importancia inmediata de la contienda en Norteamérica y de las dificultades domésticas que la acompañaron en la Gran

Bretaña, consistió en la oportunidad que dieron a Francia de desquitarse de las derrotas de la Guerra de Siete Años. Choiseul había caído del poder en diciembre de 1770. Pero las sobrevivió gran parte de la energía que había infundido a la política francesa. Desde la primavera de 1776, el gobierno francés prestó ayuda clandestina a los colonos; en los primeros dos años de la guerra, alrededor de las nueve décimas partes de la pólvora que usaron era importada, principalmente de Francia. En junio de 1778, alentada por la rendición de un ejército británico en Saratoga, la cual demostraba que los norteamericanos serían muy difíciles de sojuzgar, entró en la guerra. En junio de 1779, España siguió con bastante renuencia el ejemplo francés. Finalmente, en diciembre de 1780, el gobierno británico declaró la guerra a la república holandesa. Dio este paso, arriesgado dadas las circunstancias, porque los holandeses habían estado comerciando por largo tiempo con las colonias rebeldes y porque acababan de unirse a la Neutralidad Armada, liga de estados neutrales formada bajo la dirección de Catalina II y destinada a resistir el arbitrario ejercicio por parte de la Gran Bretaña, de sus "derechos marítimos", especialmente el de revisar barcos neutrales, en busca de contrabando.

La Gran Bretaña salió sorprendentemente bien librada contra esta poderosa coalición, dada la deficiencia de gran parte de su dirección política y militar. Gibraltar resistió un gran sitio que le pusieron fuerzas franco-españolas en 1779-82. Un peligro crítico temporal de invasión francesa en 1779 quedó en nada; y al final de la guerra había quedado reafirmada la supremacía británica en el mar. Aunque había perdido Menorca y varias islas del Caribe, las

ambiciones resurgentes de Francia en la India se vieron frustradas. Aún más, la Gran Bretaña se benefició considerablemente por la desunión de sus oponentes, sobre todo durante las negociaciones de paz de 1782-83. Los colonos norteamericanos no estaban deseosos de cambiar el gobierno británico por el dominio francés, y lo demostraron formando por separado un tratado de paz con la Gran Bretaña en septiembre de 1782. De igual importancia era el hecho de que las potencias de los Borbones no estaban unidas. El gobierno francés deseaba reducir el peligroso poderío de la Gran Bretaña en el mar y dar un golpe a su crecido prestigio; pero no deseaba ganancias territoriales por sí mismas, excepto algunas en las Antillas y en la India. Por otra parte, Carlos III y sus ministros habían entrado en la guerra más que nada por recuperar Gibraltar. A diferencia de su aliado francés, no simpatizaban en absoluto con la idea de la independencia de las colonias norteamericanas, la cual no reconocieron hasta después de que hubo finalizado la contienda; y en 1780 negociaron seriamente por una paz separada con el gobierno británico.

Esta desunión de sus grandes oponentes europeos fue una de las principales causas de que la Gran Bretaña escapara relativamente bien librada cuando firmó la paz con Francia y España por medio del Tratado de Versalles en septiembre de 1783. Las trece colonias de Norteamérica se perdieron irremisiblemente; la rendición de un ejército británico en Yorktown, en octubre de 1781 había hecho que la independencia fuera un hecho consumado. Aún más, Menorca y la Florida tuvieron que ser cedidas a España; y una o dos de las Antillas y de las avanzadas comerciales del África

Occidental, a Francia. Pero Canadá fue retenido. Igualmente lo fue Gibraltar, a pesar de enormes esfuerzos de España por recuperarlo; y los años de la guerra presenciaron una importante consolidación del poderío británico en la India. Un resultado constructivo de la contienda fue la creación de un Estado nuevo e independiente (aunque todavía muy desunido) en Norteamérica: la primera gran victoria para el nacionalismo colonial y el nacimiento de lo que algunos contemporáneos ya consideraban como una futura potencia mundial. La independencia de las colonias americanas significó una derrota muy seria para la Gran Bretaña; observadores poco amables, como Federico II, sacaron en conclusión que sus días de grandeza habían concluido. Pero no se había socavado ninguna de las bases verdaderas de su poderío. Su marina siguió siendo la más grande del mundo. Su comercio con las colonias norteamericanas fue más valioso después de haber obtenido éstas su independencia. La Revolución Industrial (véanse las pp. 104-11) estaba empezando ahora a darle una clara y cualitativa superioridad económica sobre todo el resto de Europa. Un tratado comercial de 1786, el cual abrió por primera vez el mercado francés a muchos productos de manufactura británica, mostró que en eficiencia industrial estaba mucho más adelantada que su gran rival. Para España, la guerra había sido solamente un éxito muy parcial, en tanto que Francia se había vengado de la Gran Bretaña al precio de completar la ruina de sus tambaleantes finanzas y de allanar el camino para el colapso del antiguo régimen, el cual empezó en 1787.

Las dos o tres generaciones anteriores a la Revolución Francesa presenciaron una época de guerra y de agresión. Era

generalmente aceptado durante todo el siglo que las relaciones entre los estados de Europa estaban dominadas por la codicia, el temor, la envidia. Se reconocía ampliamente que las leyes morales que regían la conducta de los individuos no obligaban a los gobiernos, de tal manera que David Hume, el filósofo más penetrante de la época, pudo sostener que "necesariamente tenemos que ser más indulgentes con un príncipe o ministro que engaña a otro, que con un caballero que rompe su palabra de honor". Los planes para una organización internacional y para una paz permanente propuestos a principios del siglo por el abate de Saint-Pierre, y en forma diferente por pensadores tales como Jeremías Bentham y Emmanuel Kant en sus últimos años, no tuvieron importancia práctica. La hostilidad de los fisiócratas (véanse las pp. 129-30) y de muchos otros pensadores de la Ilustración hacia tales aspectos tradicionales de las relaciones internacionales como el equilibrio del poder y la diplomacia secreta (una hostilidad que hallaría eco entre muchos radicales durante los siglos XIX y XX) no tuvo mayor efecto.

Por consiguiente, las relaciones internacionales durante este periodo estuvieron dominadas por cambios territoriales (la destrucción de los imperios español y sueco en Europa, la expoliación de Polonia, la conquista de Silesia) logrados por la fuerza. El resultado más importante de estos cambios fue la ascensión de dos nuevas grandes potencias, Brandenburgo-Prusia y sobre todo Rusia. Para Polonia su aparición significó su futura extinción, y para Suecia y el Imperio Otomano la amenaza de dominación por parte de un gran vecino que estaba en expansión.

Para el Imperio de los Habsburgo, en muchas formas una de las crecientes potencias del periodo, significó el fin de su dominio indisputado en Alemania y el principio de la competencia con Rusia en los Balcanes. De 1740 en adelante, la política de la Europa central tomó un nuevo sesgo, y los asuntos italianos, tan importantes durante la primera mitad del siglo, quedaron relegados rápidamente a un último término. De la década de 1760 en adelante los problemas de la Europa oriental y sudoriental adquirieron una importancia hasta entonces desconocida. El hecho de que para mediados del siglo una gran parte de los recursos militares del Continente estuviera en manos de estados (Austria, Rusia y Prusia) política y económicamente atrasados iba a tener profundas repercusiones en toda la historia futura de Europa. Francia, a pesar de sus grandes recursos, de su continuado prestigio y de la adquisición de Lorena y Córcega, apenas había sido capaz de sostener su posición entre las potencias. España estaba pasando a ser sólo el mayor de los estados secundarios. Los logros coloniales y económicos de la Gran Bretaña no la habían convertido en una verdadera potencia militar, ni le habían despertado ningún interés verdadero en los asuntos de Europa al este del Elba ni aun probablemente del Rin. Todo esto significaba que el centro de gravedad de la política europea se había desplazado perceptiblemente hacia el Este.

En América y en Asia, donde los ejércitos campe sinos de Europa oriental y central no contaban para nada, la situación era completamente diferente. España, anteriormente la mayor de todas las potencias coloniales, estaba ahora a la defensiva. Francia, en

fatal desventaja por sus fronteras europeas y por las tradicionales ambiciones asociadas con ellas, decididamente se había quedado a la zaga de la Gran Bretaña. Esta última, apoyada por un supremo poderío naval, por una economía altamente desarrollada y por su capacidad de exportar población en gran escala, a pesar de la catástrofe en América ya estaba en camino de colocarse en la posición que conservaría durante gran parte de la primera mitad del siglo XIX: de única gran potencia imperial y de única verdadera potencia industrial del mundo.

# 3. SOCIEDAD Y VIDA ECONÓMICA

LA ESTRUCTURA de la sociedad europea y de la economía de Europa, siguió siendo marcadamente estable durante casi todo el siglo XVIII. En ambas, el cambio fue lento, geográficamente desigual y resistido por tradiciones poderosas y por intereses creados. Sin embargo, en ambas, y más en especial en la vida económica, las fuerzas de cambio se estaban haciendo más efectivas conforme el siglo se acercaba a su fin.

La sociedad de toda Europa seguía siendo sumamente tradicional. Casi en todas partes se daba por sentado que eran inevitables las distinciones sociales profundas. Solamente unos cuantos espíritus intrépidos dudaban que los grupos reinantes hereditarios y los a ellos sujetos tenían, cada uno, su papel esencial que desempeñar en el funcionamiento de la sociedad y que el único objetivo legítimo del cambio social era el permitirles desempeñar un papel más efectivo. Sólo una pequeña minoría educada entendía en realidad que las sociedades son obra del hombre y no de Dios. Solamente entre esta minoría existía la creencia de que era posible un cambio social radical. Para las mayorías en todas partes era casi inconcebible la idea de que la sociedad se pudiese remodelar deliberadamente sobre una base más equitativa y racional, y cuando se les presentó dicha idea, les repugnó. Parece probable que la difundida sospecha de francmasón haya sido inspirada en parte por la tendencia de muchas logias masónicas a reclutar sus miembros de entre una diversidad de estratos sociales, y muchos gobiernos se oponían activamente a los matrimonios entre miembros de clases

diferentes. El gobierno español, por ejemplo, lo hizo en una ley de 1778. Ocasionalmente, por lo menos en las primeras décadas del siglo, se distinguía a una clase dominante en la más obvia de todas las formas, por medio de un traje especial o de alguna otra señal de posición que solamente ella tenía el derecho de llevar, o que incluso se le obligaba a usar; así en 1710 el Consejo de los Diez en Venecia amenazó (inútilmente) con multar y enviar a prisión a cualquier noble que apareciera en público sin su *vesta patrizia*. Aun en Inglaterra, en 1732 el abogado del Rey presentó una demanda ante la alta Corte de Caballería (la cual dejó de funcionar cinco años después) contra la viuda de un comerciante por usar en los funerales de su esposo "insignias de honor no correspondientes a su condición". Los derechos tradicionales y la estructura social tradicional normalmente eran lo bastante fuertes para soportar cambios políticos muy rotundos. Era universalmente reconocido que la mera conquista militar de un área no daba el derecho de alterar las costumbres de la sociedad. Así, cuando Luis XIV conquistó el Franco Condado en 1674, casi al mismo tiempo concedió una capitulación al *Parlement* de Dôle, institución legal suprema de la provincia, por medio de la cual prometía que "en el Franco Condado todo seguirá siendo como hasta el presente con respecto a los privilegios, franquicias, y exenciones", y juró proteger todos los derechos existentes allí. De la misma forma, cuando Estrasburgo fue anexado a Francia en 1681, se le permitió retener su constitución tradicional, un alto grado de independencia fiscal y otros privilegios importantes, en tanto que Pedro el Grande de Rusia, cuando conquistó las provincias bálticas de Suecia, prometió

especialmente por medio de una proclama de octubre de 1710 dirigida a la nobleza y a los ciudadanos de Livonia, respetar todos los derechos y privilegios allí existentes.

Esta sociedad tradicional y sumamente conservadora era compleja en extremo. Variaba de manera enorme en distintas partes del Continente, de tal manera que la estructura social de Rusia o de Polonia tenía muy poco en común con la de Inglaterra o la de las provincias holandesas. Aun dentro del mismo Estado, las variaciones eran enormes; en España, por ejemplo, Andalucía o La Mancha diferían grandemente de las provincias vascongadas del litoral septentrional; y en la Gran Bretaña, hasta finales del siglo, las Highlands de Escocia parecían ser una tierra extraña, tanto socialmente como en muchas otras formas, para los escoceses de los Sowlands al igual que para los ingleses. Por encima de estas diferencias geográficas –y en muchas formas más importantes– estaba el hecho de que por doquier la sociedad estaba dividida en grupos pequeños y cerrados: parroquias, gremios, comunidades agrícolas y municipalidades. Frecuentemente tenían éstas un muy alto grado de autonomía dentro de sus propias esferas de actividad y podían influir en la vida del hombre común mucho más directa e inmediatamente que los distantes y a veces bastante impotentes gobiernos centrales. La idea de que todos los ciudadanos de un Estado debían ser iguales ante los ojos de la ley y que deberían gozar de los mismos derechos y estar sujetos a las mismas obligaciones seguía siendo una idea extraña y frecuentemente mal acogida en toda Europa. El ser miembro de un gremio o de una comunidad agrícola confería tanto privilegios como obligaciones no

compartidos por los no miembros; y este hecho fue aceptado por los gobiernos, aunque con una renuencia lentamente creciente conforme avanzaba el siglo. Aun en 1791 el gran código civil prusiano, el más ambicioso y respetado de la época, reconoció que "la sociedad civil consiste en muchas pequeñas sociedades y posesiones, relacionados entre sí por naturaleza o por ley, o por ambas a la vez". En Rusia, Estado atrasado, escasamente poblado, y con un gobierno altamente centralizado y autocrático, estos grupos socioeconómicos eran de poca importancia. También en Inglaterra, donde durante siglos se había gozado de una unidad legal y administrativa y de un gobierno central efectivo, eran menos importantes que en muchas otras partes del Continente. Pero constituían, en diferentes grados, la base de la sociedad en la mayor parte de Europa.

La tarea de describir este infinitamente variado y complicado cuadro social se hace mucho más difícil por la falta casi absoluta de una terminología precisa. En todas partes de Europa los términos genéricos "nobleza", "campesinado", "burguesía", o "clase media" – a los que el historiador se ve forzado a recurrir por falta de otros– abarcaban un número, frecuentemente grande, de diferentes grupos sociales, en ocasiones con miras y aspiraciones que diferían radicalmente. Un campesino de Normandía se parecía tanto a uno de Livonia como un miembro de la Cámara Británica de los Lores a uno de los pobres e incultos aristócratas que integraban la gran mayoría de la "nobleza" polaca. Un comerciante de la capital de alguno de los estados alemanes menores, quien probablemente dependía de una clientela formada en su totalidad por la corte y sus

parásitos, o el propietario de un taller de alguna ciudad provincial francesa, eran personas socialmente diferentes de uno de los grandes príncipes mercaderes de Londres o de uno de los grandes banqueros de Amsterdam, aunque todos se puedan describir, con tan poco sentido en un caso o en el otro, como miembros de la "clase media".

Sin embargo es posible hacer unas generalizaciones válidas sobre la sociedad del siglo XVIII. En primer lugar, y esto es algo que casi no necesita decirse, era una sociedad dominada por los hombres. Cierto es que en los círculos educados, particularmente en Francia, había una tendencia hacia el mejoramiento de la posición de la mujer, especialmente a partir de mediados del siglo: probablemente la creciente atención prestada durante el mismo periodo a unos métodos más naturales y espontáneos de educar a los niños reforzó esta tendencia. Pero aun los más radicales escritores de la época al tratar de problemas sociales e intelectuales, rara vez se referían a la mujer en términos de igualdad con el hombre en algún respecto. Esta idea era casi desconocida, excepto entre unos cuantos pensadores muy avanzados.

Además, en la mayor parte de Europa la sociedad era agraria. Las ciudades y todo lo que significaban relativamente carecían de importancia. El bienestar material dependía, en un grado difícil de entender hoy en día, del estado de la cosecha y por consiguiente estaba a merced de las fuerzas naturales. Esta abrumadora importancia económica de la agricultura, excepto en unas cuantas zonas favorecidas y avanzadas, era la explicación más importante del conservadurismo de la sociedad europea.

La nobleza, como clase gobernante con privilegios legales, era tan heterogénea que no se la puede describir brevemente. En la mayor parte de Europa existía una distinción fundamental entre los grandes nobles, con frecuencia enormemente ricos, y los de menor importancia, mucho más numerosos y que con frecuencia sólo se distinguían de los campesinos por sus privilegios legales. En España, por ejemplo, el censo de 1787 reveló la existencia de 119 *grandes* (divididos entre sí, en teoría, en tres grados diferentes y que solamente se casaban con otras familias de *grandes*), 535 *títulos* (personas con título), y medio millón de *hidalgos*, la mayoría de los cuales eran relativamente pobres y muchos de los cuales eran realmente miserables. En Polonia, la sociedad y la vida política estaban dominadas por un pequeño número de familias sumamente ricas y poderosas: en 1770, Estanislao Lubomirski, Palatino de Braclaw, poseía 31 pueblos y 776 villas, y veinte años después se afirmaba que Félix Potocki poseía 130 000 siervos y que tenía una renta de tres millones de florines. Sin embargo, al lado de estos muy ricos nobles existían muchos miles de aristócratas campesinos (*szlachta*) pobres e incultos, quienes, aunque legalmente privilegiados, en ningún sentido real eran miembros de la misma clase. En Hungría, el contraste entre las grandes familias como las Esterhazy y Palffy, y la pobre, atrasada, y empedernidamente conservadora aristocracia rural era igualmente agudo; se acentuaba por el hecho de que los primeros generalmente habían seguido siendo católicos durante la Reforma o se habían reconvertido al catolicismo durante el siglo XVII, en tanto que los últimos en su mayoría siguieron siendo calvinistas. Aun en Francia, donde la

"nobleza" constituía una proporción mucho menor de la población que en Polonia, España o Hungría, había un gran abismo, y mucho resentimiento y rencor, entre las grandes familias que tenían acceso a la corte y que monopolizaban cada vez más los puestos importantes de la Iglesia y del Estado, y los nobles campesinos pobres (*hobereaux*), que no gozaban de estas ventajas. En Bretaña, la más pobre de las provincias francesas, durante las décadas centrales del siglo hubo nobles que se ganaban la vida como mozos, guardabosques, arrieros –e incluso– como fabricantes de pelucas. En Rusia y en la mayor parte de Alemania, el contraste entre los grandes nobles y los menores probablemente fue bastante menos acentuado, por lo menos durante gran parte del siglo, que en algunas otras partes de Europa; pero aun allí era marcado. De todos los estados mayores solamente la Gran Bretaña y Suecia poseían noblezas formadas por grupos relativamente pequeños, bien definidos y homogéneos. Conforme avanzaba el siglo, los grandes nobles de muchas partes de Europa intentaban, cada vez más frecuentemente, mantener intactas sus posesiones y evitar su repartición entre una multitud de herederos. En la Gran Bretaña la primogenitura, la vinculación y el expediente del "arreglo estricto" lograron lo anterior con éxito casi completo. El *mayorazgo* en España, y el *Fideikommiss* en los estados alemanes, estaban destinados a lograr lo mismo y, por lo tanto, tendían a perpetuar en estos países la diferencia entre los grandes nobles y los menores.

En todas partes la nobleza era, antes que nada, una clase de terratenientes. Pero el grado hasta el cual predominaba en tenencia de tierras y la forma en la que explotaba sus tierras y sus derechos

sobre la tierra variaban grandemente en diversas regiones. En algunas partes de Europa –Nápoles, Sicilia, la España meridional, Lituania y la Polonia oriental, y gran parte de la Alemania oriental– la estructura de la vida agraria estaba dominada por la existencia de grandes posesiones, a veces enormes. En otras regiones, por ejemplo en gran parte de Francia y de la Alemania occidental, eran mucho más contadas las posesiones unificadas muy extensas y había un considerable elemento de campesinos, labradores, y pequeños propietarios relativamente acomodados. En otras partes del Continente, principalmente, en Inglaterra, las tierras bajas de Escocia y Suecia, los grandes terratenientes con frecuencia cada vez mayor arrendaban tierras a labradores, generalmente en parcelas bastante grandes y por periodos bastante largos. Casi en todas partes de la Europa oriental, y en gran parte de la Europa central, el ser propietario de tierras era prerrogativa de la nobleza. En Rusia y Brandenburgo-Prusia, donde los miembros de esta clase habían pasado a ser sirvientes hereditarios del Estado, por obra de gobernantes poderosos y enérgicos (el Gran Elector y Federico Guillermo I en Prusia, y Pedro I en Rusia) los gobiernos se vieron obligados a tomar medidas activas para conservar el derecho de estos indispensables subordinados a ser terratenientes. En Rusia el *dvoryanstvo* –clase de terratenientes, burócratas y funcionarios– en 1746-47 logró obligar a la emperatriz Isabel a concederles el derecho exclusivo a poseer tierras con siervos campesinos. En Prusia la correspondiente clase *junker* estaba protegida por repetidas órdenes de Federico II de que ninguna tierra poseída por nobles podría ser vendida a quienes no fueran nobles sin su expreso

consentimiento en tanto que en 1775 a los propietarios de clase media poseedores de tierras que anteriormente fueran de nobles se les prohibió que las legaran a herederos de clase media. En los dominios de los Habsburgo, en casi toda la Alemania oriental y en gran parte de la Alemania central, así como en grandes áreas de Italia y de España, era raro encontrar mucha tierra que no fuera propiedad de la nobleza o de la iglesia católica. En cambio, en Inglaterra y en Francia los mercaderes, los comerciantes, los profesionales (sobre todo abogados), y aun los manufactureros, estaban adquiriendo cantidades considerables de tierras, en tanto que en el Piamonte en la Italia septentrional, ya a principios de siglo la nobleza y el clero poseían en conjunto solamente de un 25 a un 30 por ciento de la tierra: una cifra muy baja. En estas regiones, el abismo existente entre nobleza y burguesía, a pesar de ser aún real, se podía salvar con dinero; las inflexibilidades sociales del empobrecido Oriente, eran menos perceptibles.

Por doquier, la propiedad de tierras confería, en diversos grados, poder social y político. Casi en todas partes los gobiernos tenían que confiar en los terratenientes como sus agentes en la administración y dominio de la provincia. Y casi en todas partes los grandes terratenientes pudieron obtener de los gobiernos privilegios importantes, sobre todo fiscales, como precio de su cooperación. También estos factores eran más visibles en la Europa oriental y centro oriental. La nobleza húngara, una de las más orgullosas y más egoístas de todas, en 1731 logró hacer valer un derecho o no pagar ningún impuesto. Hasta 1768 su congénere polaca gozó del poder de vida y muerte sobre sus siervos

campesinos. Igualmente en Rusia, desde la muerte de Pedro I en adelante, sus débiles sucesores fueron obligados a hacer una serie de concesiones a los terratenientes, las cuales culminaron en 1762 con la abolición formal de su obligación legal de servir al Estado en la burocracia o en las fuerzas armadas (aunque de hecho, por varias razones, la gran mayoría de ellos continuó sirviendo de tal manera mucho tiempo después de esta fecha). Pero tampoco en los estados más avanzados de la Europa occidental era muy diferente la situación. En Francia la nobleza, que en esencia seguía siendo una clase propietaria de tierras, gozaba de privilegios fiscales muy importantes, especialmente con respecto a la *taille* (talla), el mayor impuesto sobre bienes raíces. En España, todavía a fines del siglo, los grandes nobles tenían la tendencia a considerar los puestos administrativos importantes como indignos de ellos, y de preferir meros nombramientos decorativos en la corte. Pero aun allí, sólo en 1795 se abolió la última diferencia legal entre nobles y plebeyos con respecto a la tributación. En Inglaterra, donde la nobleza en el sentido estricto era un cuerpo singularmente pequeño y bien definido que gozaba de privilegios legales de no mucha importancia práctica, el gobierno local en la provincia estaba completamente dominado por los jueces de paz reclutados entre los terratenientes más importantes y entre el clero (las dos categorías frecuentemente se fundían).

Por encima de todo, esta clase privilegiada de terratenientes, frecuentemente de los miembros más pobres en particular, era de donde reclutaban sus oficiales los ejércitos europeos. Existen muy pocos ejemplos en el siglo XVIII de alguien que ascendiera a un

grado militar realmente elevado, sólo por sus méritos y sin contar con ventajas de nacimiento. Se podía argumentar en la Europa oriental que solamente los terratenientes poseían la capacidad de mando y la educación necesaria para ser oficiales. También se afirmaba, especialmente por Federico II, que un noble poseía ideales de deber, de abnegación y de honor personal que no podía esperar encontrarse en un plebeyo. Aún más, en todas partes los nobles jóvenes y pobres encontraban en el servicio militar un escape, frecuentemente el único disponible, a sus energías y talentos, y una fuente indispensable de ingresos. Esto explica el desagrado con el cual veían, especialmente en Francia a partir de mediados del siglo, cualquier aceptación de plebeyos en el cuerpo de oficiales.

Además de sus grandes poderes económicos y administrativos, los nobles gozaban, en diversos grados, de privilegios y de exenciones en casi todas partes de Europa. Generalmente estaban exentos de la tortura y de ciertos castigos que se consideraban como degradantes (por ejemplo, la muerte en la horca, en contraposición con el método más digno de la decapitación). Frecuentemente estaban exentos de ir a prisión por deudas y de alojar tropas en sus casas (por ejemplo, en España y, en los últimos años de este periodo, en Rusia). En las universidades frecuentemente se daba a los nobles un tratamiento privilegiado y se les permitía obtener títulos más rápida y fácilmente que a los plebeyos. En las últimas décadas del siglo, por lo menos en la Europa occidental, fueron estos pronunciados e irritantes privilegios personales, tanto como el verdadero poderío de la clase

reinante tradicional, los que provocaron el resentimiento de la clase media.

Los hombres que trabajaban la tierra eran socialmente aún menos homogéneos que los que la poseían. Estaban divididos en primer lugar por la distinción entre siervos y hombre libres, distinción de gran importancia legal, aunque frecuentemente de menor significado económico. La condición de siervo era esencialmente una característica de Europa oriental y de algunas partes de la Europa central. No existía ni en las Islas Británicas ni en los Países Bajos ni en España ni en Italia. En Francia los siervos (*mainmortables*) solamente se encontraban en unas pocas zonas del oriente del país, y en la Alemania occidental y sudoccidental eran relativamente raros. En cambio, en gran parte de Brandenburgo-Prusia, la población rural estaba compuesta de siervos; y el poder de los hacendados, respaldado por el Estado al cual servían como funcionarios públicos, magistrados, y oficiales del ejército, era muy extenso. En gran parte de los territorios de los Habsburgo la servidumbre seguía siendo una institución social dominante. En Polonia la situación de los siervos era tan mala que en 1698 un observador la equiparó a la de los esclavos negros en las Antillas; y en Rusia, donde Pedro I había hecho tanto para extender la servidumbre, se hizo cada vez más opresiva y general durante el siglo. En 1760 se confirió a los terratenientes rusos el poder de enviar a Siberia a los siervos perezosos o rebeldes, y dos años después se les permitió transferir siervos de una a otra de sus propiedades. Aún más, los servicios laborales que el siervo ruso tenía que ejecutar para su amo tendieron a aumentar

constantemente en la segunda mitad del siglo. Ningún grupo social de Europa vio deteriorarse más rápidamente su situación que el campesinado ruso durante este periodo.

Este contraste entre las partes orientales y occidentales del Continente se vio intensificado por el hecho de que, en la Europa occidental y en gran parte de la Europa central, en donde existía la servidumbre ésta era cada vez más desaprobada por los gobiernos y se la consideraba como una vergonzosa herencia del pasado. En Lorena, en Saboya, y más marcadamente en el Estado alemán de Baden, el siglo presenció su abolición legal. En el Imperio de los Habsburgo, José II, el más grande y más radicalmente reformista monarca de la época (véanse p. 142-43) concedió en 1781 la libertad personal a los siervos en sus dominios, aunque no abolió los servicios laborales. En cambio, en Rusia, tal como ya se ha visto, la servidumbre seguía siendo una institución creciente y en Prusia Federico II no hizo nada realmente valioso respecto al problema de su abolición: aun en las propiedades reales no se abolió sino en 1799-1805. Muerta o moribunda en el occidente, seguía siendo una de las fuerzas dominantes en la sociedad de la Europa oriental.

Pero todas estas generalizaciones se pueden modificar interminablemente. La servidumbre no es un término preciso, y la realidad que representaba difería ampliamente entre una y otra área. Por ejemplo, los siervos todavía existentes en Francia o en Alemania occidental estaban normalmente en mucho mejor situación que los de Pomerania o de la Prusia oriental. Existían zonas de libertad agraria al lado de otras de servidumbre intensiva, de tal forma que en el norte de Rusia, donde la población era escasa

y la tierra estéril, casi no existía la servidumbre en una época en que en las áreas centrales que rodeaban a Moscú su peso con frecuencia era aplastante. Casi en todas partes los campesinos que vivían en tierras de la corona tendían a estar en una situación considerablemente mejor que los que vivían en las propiedades de terratenientes particulares.

La servidumbre en la Europa oriental tendía a reducir a quienes estaban sujetos a ella a un nivel común de impotencia, y a allanar las distinciones que hasta entonces habían existido entre diferentes grupos en la sociedad campesina. En gran parte de la Europa occidental la población agraria libre presentaba un cuadro mucho más variado y complejo. Por ejemplo, en Francia existía, sobre todo en las zonas más ricas, una cantidad considerable de grandes labradores arrendatarios que a veces formaban un grupo social cerrado, casándose entre sí y heredando de padre a hijo la tierra que arrendaban de un noble. Junto con estas extensas granjas existían muchas posesiones campesinas de tamaño mediano cuyos propietarios (*laboureurs*) poseían o arrendaban tierra suficiente para mantenerse a sí mismos y a sus familias y quienes generalmente eran propietarios de sus propios aperos y de su ganado. Finalmente, en lo más bajo de la jerarquía rural, estaban los sirvientes de las granjas y los trabajadores asalariados (*manoeuvriers*) quienes nunca podían subir del nivel de la mera subsistencia y quienes demasiado frecuentemente caían debajo de él. Y estas amplísimas categorías se pueden subdividir y modificar casi interminablemente tomando en cuenta las variaciones regionales en productividad del suelo, ley de tenencia de la tierra,

densidad de la población y otros factores. (En particular el sistema del *métayage* o aparcería, el cual era común en gran parte de Francia meridional y occidental, introduce considerables complicaciones.) La situación era casi igualmente compleja en otras partes de Europa, menos estudiadas. Así en España existía un manifiesto contraste entre el campesino que trabajaba como jornalero en un *latifundio* en Andalucía y el labrador vasco que cultivaba su propio pedazo de tierra. Había una diferencia por lo menos igualmente grande entre un labrador arrendatario importante de alguna parte de Inglaterra medianamente fértil y el habitante promedio de las tierras altas de Escocia, donde el sistema de tenencia de la tierra continuó siendo arcaico y en gran parte tribal hasta la segunda mitad del siglo.

Está claro que durante el siglo XVIII había muchas zonas en las cuales el proletariado rural, el segmento de la sociedad agraria que tenía muy poco o nada de tierra, estaba aumentando numéricamente y se daba cuenta de que cada vez era más difícil la existencia. Éste era ciertamente el caso en Francia, en donde el incremento en población (de 18 millones de habitantes a 26 millones, entre 1715 y 1789) produjo una marcada sobrepoblación y desempleo en el campo, con el correspondiente incremento de la vagancia, de la cantidad de mendigos y de las tensiones sociales en la provincia. Aún más: durante el tercer cuarto del siglo los precios de los alimentos tendieron a aumentar, haciendo cada vez más difícil que el hombre que no contaba con nada más que su propio trabajo para subsistir se mantuviera a sí mismo y a su familia. En Italia, al igual que en Francia, la situación de los jornaleros empezó

a empeorar a ojos vistas especialmente después de 1760: en las últimas décadas del siglo ya no ganaban lo suficiente para alimentarse adecuadamente ni ellos mismos ni sus familias. Por otro lado, los altos precios de los alimentos, el cercado de la tierra comunal y las ventas de tierra hechas por los nobles empobrecidos, en general tendían a favorecer en muchas áreas la situación del campesinado más rico. En Francia, y en menor medida en otros lugares de la Europa occidental, fue este grupo el que más se benefició de los cambios revolucionarios de fines de siglo.

Es en las ciudades donde se hace más notorio el cambio social durante el siglo XVI. Unas cuantas grandes ciudades estaban creciendo muy rápidamente, y en las últimas décadas de este periodo Europa se ufanaba de poseer una cantidad de centros urbanos de tamaño hasta entonces sin precedentes. En la década de 1780, Londres, el más grande de todos, tenía alrededor de 850 000 habitantes, París 650 000, y Amsterdam y Viena unos 200 000 cada uno. Era difícil que dichas ciudades, a causa de su tamaño mismo y debido a la rapidez con la cual estaban creciendo algunas de ellas, encajaran en el modelo tradicional y considerablemente estático que dominaba al resto de la sociedad europea. Probablemente la desconfianza a la ciudad, del habitante del campo, característica muy notable de gran parte de la Europa del siglo XVIII, aumentó con su crecimiento; pero, pese a todos sus defectos Londres y París, o aun Liverpool, Marsella y Hamburgo, no eran limitadas en la forma tan notable en que lo eran las villas y pequeñas ciudades rurales de toda Europa. Aún más, la gran ciudad era un centro de actividad intelectual. Bien podía ser el asiento de una universidad o

de una sociedad instruida (aunque ninguna de estas dos características era señal infalible en esta época de una vigorosa vida intelectual (véanse pp. 183-85); y en las últimas décadas del siglo era cada vez más probable, en la Gran Bretaña, en Alemania, y en menor grado en Francia, el encontrar un periódico propio (véase p. 186-88). En tal ambiente era mucho menos probable una sumisión irreflexiva a la estructura social existente que en la provincia.

Fue sobre todo en las ciudades donde se desarrolló la clase media comercial, industrial y profesional; y el crecimiento de este grupo –o más bien serie de grupos– fue el acontecimiento social más importante de la Europa occidental durante este periodo. Los mayores alcances de la sociedad urbana, aún a finales del siglo, eran casi completamente producto del comercio y de las finanzas, y no de la industria o de las profesiones. El patriciado urbano de Amsterdam, cuyas fortunas se debieron al comercio y la banca, probablemente sea el mejor ejemplo del predominio de los intereses comerciales y financieros en las grandes ciudades europeas. Se le puede parangonar con el de Londres, donde también dominaban los intereses bancarios y mercantiles; y en menor grado con el de París, donde la venta de los cargos de recaudador de contribuciones y los préstamos y contratos gubernamentales desempeñaron un gran papel en la subida de una pequeña pero muy rica y poderosa *grande bourgeoisie* (gran burguesía); o con Hamburgo, que se estaba desarrollando brillantemente como puerto de mar y como centro de finanzas y seguros. Ningún industrial de la época podía esperar adquirir la posición social o la influencia política de un gran comerciante londinense como sir Joshua Vanneck, o de un gran

financiero parisiense como Samuel Bernand, o de una gran dinastía holandesa de banqueros como los Hope. James Watt, quien ciertamente tiene tanto derecho como cualquier otro a ser considerado el arquitecto de la Revolución Industrial, pudo escribir en 1787 que "nuestros caballeros terratenientes no nos consideran a nosotros pobres mecánicos mejores que los esclavos que cultivan sus viñedos". Aún más, las profesiones, hoy en día un componente tan importante de la clase media, se encontraban todavía en proceso de desarrollo. Los médicos ya gozaban de cierto prestigio social y los abogados paso a paso se estaban haciendo más socialmente respetables, cuando menos en la Gran Bretaña, donde un buen número de actuales firmas de abogados pueden señalar su ascendencia en los que practicaban en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero muchas de las profesiones modernas sencillamente aún no existían, y aquellas que existían frecuentemente estaban mal organizadas todavía y encontraban difícil mantener normas profesionales rígidas.

Además de esta pequeña pero acomodada clase media alta de mercaderes, banqueros y financieros, las ciudades de la Europa occidental incluían en su población a un creciente elemento de baja clase media compuesto de comerciantes, artesanos y pequeños mercaderes. Ésta, a su vez, frecuentemente tenía varias subdivisiones, ya que en muchas ciudades los gremios artesanales estaban colocados en una jerarquía reconocida, con grupos como los de orfebres a la cabeza y grupos menores por debajo de ellos. Las relaciones entre la acomodada clase media alta y las que se hallaban inmediatamente debajo de ella, frecuentemente eran muy tirantes y

algunas veces activamente hostiles. Los miembros más pobres de la clase media frecuentemente se irritaban por la posición dominante que normalmente tenían los ricos en el gobierno de la ciudad. En muchas ciudades, en particular en las de Alemania y Suiza, el poder había estado durante generaciones en manos de oligarquías de mercaderes cuyos miembros se casaban entre sí, y celosamente excluían del poder a todos los otros habitantes. Frecuentemente este dominio oligárquico estaba incluido, como cosa sagrada, en la constitución de la ciudad. Por ejemplo, éste era el caso en Berna, en donde existían alrededor de 250 familias clasificadas como aptas para ocupar puestos públicos (*regimentsfähig*), y de hecho setenta de éstas dominaban la ciudad. La situación era similar en Ginebra donde un cuerpo conocido como Consejo de los Doscientos monopolizaba los puestos públicos en el reinante Pequeño Consejo. De hecho, estos grupos urbanos privilegiados eran frecuentemente mucho más exclusivos y cerrados para un extraño que las noblezas de la mayoría de los grandes estados europeos.

El dominio oligárquico de esta naturaleza estaba siendo cada día más odiado en las ciudades de las regiones más avanzadas de la Europa occidental durante las últimas décadas del siglo. En Ginebra, los burgueses –segunda de las tres clases en que estaba dividida la población– lograron algún poder político en 1768, después de una verdadera, aunque limitada revolución en la ciudad, sólo para presenciar en 1782 el restablecimiento de la antigua constitución oligárquica con ayuda de Francia. Igualmente, aunque con menos violencia pública, hubo un conflicto en Worms entre la población artesana y la oligarquía que dominaba el reinante

Consejo de los Trece, en tanto que en Aquisgrán todavía se estaba efectuando una contienda entre los partidos "nuevo" y "antiguo" que habían elegido diferentes burgomaestres cuando los ejércitos de la Revolución Francesa penetraron en la ciudad en 1792. De una manera un tanto similar, el radicalismo que se observaba en las décadas de 1760 y de 1770 en Londres, con sus demandas de parlamentos más limitados, ampliación del sufragio parlamentario y reducción del poder aristocrático y real, sacaba una gran parte de su fuerza de las envidias que sentían los comerciantes y los artesanos contra los grandes mercaderes y banqueros, cuyas estrechas relaciones con el gobierno les causaban desconfianza y aversión. Se puede observar la misma clase de conflicto social en la alarma despertada entre el patriciado urbano de Amsterdam y las otras grandes ciudades holandesas, por el radicalismo del partido patriota profrancés en 1786-87, cuando recurrieron en busca de protección a sus tradicionales oponentes de la Casa de Orange.

Es así como el crecimiento y la vitalidad de las grandes ciudades se expresaba, en parte, en forma de intensificados antagonismos sociales que quitan buena parte de su significado al tan usado término "clases medias". Pero se debe recordar que las tensiones realmente peligrosas de esta clase estaban confinadas a un número de ciudades relativamente pequeño, aun en la Europa occidental. Ginebra podría estar dividida por un conflicto; pero en otras ciudades suizas y alemanas, aun en algunas económicamente florecientes –Basilea, Zurich, Augsburgo, Francfort del Meno y Hamburgo– los grupos reinantes tradicionales pudieron mantener su supremacía sin mucha dificultad hasta que fueron barridos, en la

mayoría de los casos, por los ejércitos de la Francia revolucionaria. Lo que es aún más importante: había en la Europa occidental muchos grandes centros urbanos que no contaban con un medio ambiente en el cual pudiera florecer una poderosa burguesía comercial y financiera. En Italia, ciudades como Florencia, Venecia o Roma, que en cuanto a población todavía se encontraba entre las más importantes de Europa, eran capitales políticas más que centros comerciales o financieros. La corte con sus sirvientes y oficiales desempeñaba en ellas un gran papel en la vida económica, al igual que lo hacía en las capitales alemanas como Mannheim, Karlsruhe, o aun Berlín. En todas estas ciudades era esencial para la prosperidad el gasto abundante de los soberanos, nobles, funcionarios y algunas veces de los turistas; ciudades como éstas eran centros de consumo y de ostentación más que de producción o de comercio. Aun en Nápoles, la más grande de las ciudades italianas y puerto importante, una gran parte de los habitantes subsistían meramente como parásitos y dependientes de un puñado de nobles. "La profesión de 15 000 personas en Nápoles", se quejaba un viajero francés en 1786, "es correr delante de un carruaje, y el correr detrás es la de otras 15 000". Las ciudades de esta naturaleza diferían fundamentalmente de Londres, Amsterdam, Burdeos, Marsella, Bristol, Liverpool o Hamburgo. A pesar de su tamaño, no tenían nada que ofrecer para el futuro. En España, donde el clima intelectual y social era aún menos favorable que en muchas partes de Italia al comercio y a las finanzas en gran escala, Barcelona y Bilbao eran las únicas ciudades en las que dominaban las modernas actitudes y valores urbanos. Las antes importantes ciudades de

Castilla –Ávila, Zaragoza, Toledo y Valladolid– vivían aún más completamente en el pasado que Venecia o Roma.

Sobre todo, el poderío urbano y la seguridad burguesa que se observaban en algunas partes de la Europa occidental eran algo que faltaba en la parte oriental del Continente. Casi todas las ciudades de Polonia, de Brandenburgo-Prusia, del Imperio de los Habsburgo y de Rusia eran pequeñas. En 1772 solamente había cinco ciudades en Polonia con más de 20 000 habitantes; y aunque para fines del siglo la población de Varsovia había aumentado rápidamente hasta cerca de 100 000 personas, la ciudad nunca desempeñó en la historia polaca el papel desempeñado por Londres o por Amsterdam en Inglaterra o en la República Holandesa. En Hungría la situación era muy similar: en 1777 existían también cinco ciudades con poblaciones mayores de 20 000 personas; la mayor de ellas, Debrecen, tenía sólo 30 000 habitantes. Diez años después, un censo mostró que solamente había cinco mil profesionales o servidores civiles de un total de población húngara de seis millones y medio. Aún más: las ciudades de Polonia y Hungría frecuentemente no eran ni polacas ni húngaras en absoluto. Gran parte de su población estaba compuesta de judíos, a veces de griegos o de armenios, y sobre todo de alemanes. Danzig, teóricamente parte de Polonia, era de hecho una ciudad completamente alemana; y hasta la década de 1880 el consejo municipal de Budapest despachaba sus negocios en alemán. En San Petersburgo y en los puertos de las provincias bálticas, el comercio en gran escala, en una abrumadora proporción, estaba en manos de extranjeros, especialmente ingleses. Las pocas ciudades de la Europa oriental y

central que no eran pequeñas, o que de alguna manera eran extrañas a las regiones en las cuales estaban situadas, por lo general eran capitales políticas, como Berlín y Viena y, por lo tanto, dependían considerablemente para su prosperidad de las cortes y de los gobiernos. En estas circunstancias se debilitaron notablemente el dinamismo, el progreso económico y el influjo social, que el crecimiento urbano estaba llevando a algunas partes de la Europa occidental. Al este del Rin los cambios importantes de cualquier clase, tenían que ser efectuados desde arriba, obra de los soberanos y de los gobiernos. No se podían generar desde abajo.

Por consiguiente, excepto en unas cuantas zonas, la sociedad europea del siglo XVIII era hostil al cambio. Casi por doquier seguía estando dominada por privilegios hereditarios, terratenientes, noblezas y oligarquías urbanas. En muchos estados llegó a haber en la segunda mitad del siglo una tendencia en pro de un mayor dominio de estos grupos. En Francia, donde se ha estudiado más intensamente este fenómeno, en las últimas décadas del antiguo régimen se hizo cada vez más difícil para un burgués entrar en la nobleza, fuese por la compra de un puesto gubernamental que le confería dicha condición, fuese por otros métodos. Bajo Luis XVI no hubo un solo obispo que no fuera de origen noble; tampoco ninguno de los *intendants*, los grandes funcionarios públicos quienes, cada uno en su propia área (*généralité*), gobernaban la administración y gran parte de la vida provincial de Francia. En 1781 se redujo rotundamente el acceso de los burgueses a las comisiones del ejército. Aún más, dentro de la nobleza misma había una tendencia de las familias más antiguas a aumentar su predominio. Aparte de

que durante las tres generaciones anteriores a la revolución, los nobles ocuparon virtualmente todos los altos puestos públicos en Francia, más de la mitad de éstos estaban ocupados por miembros de familias que habían sido nobles por más de dos siglos, y más de una cuarta parte por miembros de las que habían sido nobles durante más de tres siglos. Mientras la nobleza francesa estaba indisponiendo a las clases medias por esta reafirmación de su supremacía y de sus derechos, también estaba ganándose la hostilidad del campesinado. Esto lo estaba haciendo por medio de un ejercicio cada vez más rígido de sus derechos feudales: derechos de jurisdicción, derecho de obligar al campesino en algunas áreas a usar el molino, el horno, el lagar, etc., de su señor y a pagar por su uso, derecho a una renta en especie (*champart*) y a pagos (*lods et ventes*) cuando la tierra de los campesinos cambiaba de manos. Estos derechos estaban comercializándose cada vez más, usándose simplemente como fuentes de ingreso y explotándose al máximo con este propósito. La nobleza francesa estaba usando procedimientos contables cada vez más eficientes en la administración de sus propiedades, haciendo levantamientos topográficos exactos de los límites de sus tierras, especificando con una precisión sin precedentes las cuotas que les debían los campesinos, y a veces exigiendo el pago de aquellas que habían dejado sin cobrar desde hacía mucho. Se estaba haciendo muy común, por lo menos en algunas zonas, que los señores hicieran préstamos en numerario o en especie a sus arrendatarios y que se apoderaran de la tierra de los mismos en caso de incumplimiento en el pago. La costumbre generalizada de cercar las tierras comunes

estaba tendiendo a engrandecer las propiedades nobles en gran parte de Francia. La frase tradicional "reacción feudal" que frecuentemente se usa para describir todos estos acontecimientos es bastante engañosa. Lo que estaba sucediendo no era una reafirmación de verdaderas ideas o actitudes feudales, sino más bien el uso consciente de reliquias sobrevivientes del feudalismo en Francia con propósitos puramente comerciales.

En ninguna otra parte de Europa, se difundió tanto este proceso como en Francia, por la razón de que en ninguna otra parte había esa combinación de un sistema de ley y tenencia de tierras en gran parte feudal, con una estructura social tan crecientemente dominada por fuerzas comerciales. Sin embargo, la clase reinante de los propietarios por doquier trabajaba activamente en la defensa de su posición. En Rusia, algunos miembros del *dvoryanstvo*, bajo la influencia de la Imperial Sociedad Libre Económica, fundada en 1765, intentaron, con diferentes grados de éxito, administrar sus propiedades con métodos más modernos y eficientes; pero pocos de ellos mostraron una verdadera buena disposición a enfrentarse a lo que implicaba la servidumbre en su propio futuro y el del país. Aún más, en 1785 Catalina II, en su Carta a la Nobleza, dispuso que en cada provincia se levantaran registros genealógicos del *dvoryanstvo*, un paso importante para hacer de él un grupo mejor definido y más exclusivo. En los territorios occidentales de Brandenburgo-Prusia, los dominios de Minden-Ravensberg, dominados por la nobleza, se negaron en 1791 a reconocer la legitimidad de los matrimonios entre nobles y plebeyos, o a pagar la compensación impuesta por el nuevo código de leyes promulgado

en ese año a los nobles que tuviesen hijos de sus siervas. En el Piamonte, el sistema de aparcería, según el cual se cultivaba mucha tierra, poco a poco se hizo más favorable para el terrateniente noble durante todo el siglo; conforme aumentaban la población y la demanda de tierra, aumentaba su proporción de la cosecha. Aun en Inglaterra se hizo más difícil, después de 1750, pasar de la clase de los mercaderes a la de los terratenientes, y un historiador reciente ha afirmado que "la distancia social entre las clases propietarias de tierras y las comerciales probablemente nunca haya sido mayor en Inglaterra que en los días de Jane Austen y en la víspera del Primer Estatuto de Reforma". En gran parte de la Europa de fines del siglo XVIII, las distinciones de clases estaban haciéndose más acentuadas y se resentían más. Por consiguiente, la revolución que este resentimiento ayudó a producir en Francia, pudo, confiar en que contaría con una amplia simpatía en muchos otros estados aunque frecuentemente encubierta.

El crecimiento en Europa occidental de las ciudades, del comercio y del descontento de la clase media con el sistema social existente fue resultado del desarrollo económico. Pero el progreso en esta esfera fue lento hasta la última década del siglo y muy desigual en sus efectos sobre distintas partes del Continente y sobre diferentes tipos de actividad económica.

En un respecto, la vida económica estaba avanzando a ojos vistas: la población de Europa estaba aumentando rápidamente. En 1700 el Continente tenía una población quizá de 118 millones de personas; en 1750, había aumentado a unos 140 millones y para 1800, a 187 millones. El acelerado crecimiento después de la

primera mitad del siglo que revelan estas cifras se manifestó en casi todos los países de Europa: por ejemplo, la población de Inglaterra y de Gales en la primera mitad del siglo aumentó a una tasa anual sólo de 5 000 a 8 000; de 1760 en adelante, el crecimiento fue de 60 000 anuales. A principios del siglo, Inglaterra y Gales tenían cinco millones de habitantes; al fin del siglo, pese a una emigración apreciable, tenían nueve millones. Ésta era una tasa de crecimiento que pocos estados podían igualar. Pero la población de Francia se elevó de dieciocho millones en 1715 a veintiséis millones al tiempo de la Revolución; la de Italia, de probablemente once millones a más de dieciséis millones de 1700 a 1770, y la de España de probablemente ocho millones a once millones en el siglo.

Este crecimiento inusitado del número de europeos fue causado casi enteramente por una mejoría en el suministro de alimentos al Continente. Excepto en unos cuantos estados, especialmente Suecia, las estadísticas de población durante el periodo son muy incompletas y no dignas de confianza. Pero en lo que contienen, indican una fuerte tendencia, normal en todas las sociedades premodernas, hacia un incremento de la tasa de natalidad y una baja en la de defunciones en las épocas en que las cosechas eran buenas y la alimentación abundante. Por el contrario, la tasa de natalidad decrecía agudamente y crecía la de mortalidad en periodos de malas cosechas y de carestía de los alimentos. Comparados los efectos del suministro de alimentos con los de los adelantos médicos (el más notable fue el descubrimiento de la vacuna contra la viruela), estos últimos eran de escasa importancia aun en las regiones de Europa en donde se aplicaban ampliamente.

Y aunque durante el siglo XVIII cada país sufría en ocasiones de escasez más o menos aguda de alimentos, el hambre absoluta en gran escala estaba haciéndose cada vez más rara y en algunas partes de Europa ya era desconocida. Sin embargo, todavía estaba lejos de ser cosa del pasado: en Sicilia y Nápoles en 1763-64, y en Sajonia y Bohemia en 1770, hubo hambre verdadera y general. Los desastrosos caminos y la consiguiente dificultad para transportar productos voluminosos tales como granos, casi el único alimento de decenas de millones, todavía hacían posible que en una provincia se muriera de hambre, en tanto que en otra parte del mismo Estado se gozaba de una relativa abundancia. Pero en Francia no existió hambre verdadera, a diferencia de una mera carestía, después del terrible invierno de 1709; y en la Gran Bretaña, las crisis realmente agudas de esta clase ya eran solamente un recuerdo. Fue este suministro más abundante y constante de alimentos lo que produjo dicho crecimiento demográfico tan sorprendente, al fomentar los matrimonios tempranos y una alta tasa de natalidad y al aumentar la resistencia a las enfermedades, particularmente a las epidémicas.

Los resultados de este aumento de población son difíciles de medir con cierto grado de seguridad, pero algunos de sus principales rasgos son inequívocos. Significaba que la producción de alimentos en Europa debía ser constante. Esto se logró con métodos de cultivo más eficientes, tal como los practicados en buena parte de la Gran Bretaña y los Países Bajos y unas cuantas regiones de Francia; o por medio de una gran área en cultivo, como en Rusia y en cierto grado en Polonia y Prusia; o por medio del cultivo de nuevas cosechas, sobre todo de patatas y maíz, lo cual

redujo lentamente la peligrosa dependencia de todo el Continente en uno o dos cereales principales. En muchas zonas de Europa –por ejemplo, en gran parte de Francia, de España y de Italia– el crecimiento de la población llevó consigo, como ya se ha mencionado, una creciente demanda de tierras por parte de los campesinos, un fortalecimiento de la posición de los terratenientes frente a la de sus arrendatarios, y un aumento de las tensiones sociales en la provincia. Proporcionó un mercado creciente para los productos de las relativamente avanzadas industrias basadas en las máquinas, las cuales estaban luchando por introducirse en unas cuantas regiones, y también para la mano de obra necesaria para moverlas. En las tierras altas de Escocia y en ciertas partes de Suiza y de Alemania occidental favoreció una intensa emigración a las nuevas tierras de América o, más raramente, a las de Rusia.

El crecimiento de la población fue el único proceso revolucionario verdadero que influyó en la vida económica de Europa durante la mayor parte del siglo XVIII. En 1780 fue visible otro, más espectacular. Éste fue el surgimiento en unas cuantas zonas favorecidas de la Europa occidental, sobre todo en la Gran Bretaña, de un nuevo tipo de organización industrial que dependía del trabajo de obreros estrictamente vigilados y disciplinados a los que se agrupaba en grandes fábricas, donde se usaba costosa maquinaria. Durante el siglo XVIII, este sistema estuvo confinado principalmente a las industrias textiles; posteriormente se habría de difundir mucho más ampliamente. La evolución del nuevo sistema fue rápida, si se toma en cuenta la magnitud de los cambios que implicaba. La Revolución Industrial fue verdaderamente

revolucionaria. Significó el asalto de un nivel de organización económica y de un sistema de producción a otro indudablemente más alto. Fue la más repentina e importante ruptura con el pasado que haya hecho nunca la humanidad.

Este salto fue posible en parte por una serie de importantes inventos y de cambios tecnológicos en la industria británica, la mayoría de los cuales son bien conocidos. En las industrias textiles, sobre todo en la industria del algodón, la producción fue revolucionada por la invención de la "lanzadera volante" a principios de la década de 1730, de la "spinning jenny" en 1768, de la "power spinning frame" en 1769, de la "mule" en 1779, y de la maquinaria para el estampado del algodón en 1783. A principios de la década de 1770, Richard Arkwright construyó en Cromford, cerca de Derby, una gran fábrica de algodones la cual se ha descrito como "probablemente la primera verdadera fábrica". A fines del siglo, las industrias productoras y elaboradoras de metal también estaban cambiando, fundamentalmente a causa del uso creciente, desde cerca de 1720, del coque como combustible para las fundiciones de hierro, por la introducción del proceso de pudelación en la producción de hierro (1784), por el uso del método del crisol para la fabricación de acero, y por el desarrollo acelerado de las máquinas-herramienta. Desde mediados de la década de 1770, la potencia necesaria para mover maquinaria nueva de todas clases estaba empezando a ser proporcionada por la innovación de más alcance de todas: el nuevo y mucho más eficiente tipo de máquina de vapor creado por James Watt. (Las primeras máquinas de Watt tenían una

eficiencia térmica total de un 2.7 por ciento, casi el doble aun de la versión de las primeras máquinas de Newcomen.)

Pero ingeniosos dispositivos técnicos no eran en sí nada nuevo. Ya desde la última parte de la Edad Media, Italia y las zonas mineras de Alemania en particular, los habían producido en grandes cantidades; sin embargo, ninguno de los dos países originó una revolución industrial. Tampoco se sabe con certeza que se hayan hecho más innovaciones mecánicas y técnicas en la Gran Bretaña durante el siglo XVIII, que durante el XVII. Lo que sí es cierto es que fueron más económicamente valiosas que las de cualquier periodo anterior, y que se aplicaron más rápida y generalmente. Lo más interesante y difícil es saber por qué solamente en la Gran Bretaña, y no antes del siglo XVIII, se efectuó el salto a un nuevo tipo de industria. La creciente disponibilidad que para mediados del siglo había en la Gran Bretaña del capital derivado de una creciente productividad agrícola y, en menor grado, de un comercio creciente, tanto interno como con Europa y las colonias, ciertamente lo explica en parte. Ciertas obras recientes sobre el problema suelen subrayar, y probablemente subrayar más de la cuenta, la importancia a este respecto de las tasas de interés, generalmente bajas, mediante las cuales se podía obtener dinero prestado en la Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo. Pero ciertamente sería una simplificación excesiva el decir que un capital relativamente abundante causó la Revolución Industrial. El ahorro y la inversión fueron por lo menos tanto un resultado como una causa del desarrollo económico, y la cantidad de capital necesario para financiar las primeras etapas de la industrialización

no era excesivamente grande. En la Gran Bretaña, un alto grado de seguridad física, aunado a un sistema fiscal relativamente justo y eficiente, crearon un medio ambiente que favoreció la actividad económica. Dicho medio ayudó a producir y a difundir una actitud más agresiva y aventurera hacia la vida económica, que acogía o que por lo menos aceptaba cambios y que insistía más que el pasado en aprovechar al máximo las riquezas y las oportunidades. Es imposible medir exactamente la contribución de estos factores no económicos al desarrollo económico, pero debió de ser considerable. El crecimiento de la población, sobre todo, tuvo alentadores efectos indirectos al aumentar la demanda doméstica de los bienes industriales: es difícil imaginar cambios en una industria de esta clase y magnitud en el marco de una población decreciente, y la Revolución Industrial se desarrolló dentro del marco de un mercado doméstico generalmente floreciente. (Pero de nuevo nos encaramos con un problema de causa y efecto, ya que el aumento de la población era el resultado tanto como la causa del desarrollo económico, y hubo muchas partes de la Europa del siglo XVIII cuyas poblaciones crecieron rápidamente sin que ello diera como resultado una transformación de su vida económica.) También el mejoramiento general de las comunicaciones en la Gran Bretaña, especialmente por la construcción de unos 5 000 kilómetros de canales desde la década de 1750, indudablemente colocó algunos de los cimientos del desarrollo industrial, proporcionando un mercado doméstico más unificado. Finalmente, pueden haber desempeñado cierto papel algunos factores más inmediatos y de corta duración; recientemente se ha afirmado que

la presencia de dificultades más serias en las industrias textiles británicas durante varios años después de 1762 –créditos relativamente gravosos y altos precios del algodón– favorecieron la rápida adopción de nuevas máquinas que redujeran los costos. Aún más, existen poderosos argumentos en teoría económica a favor de la tesis según la cual, una vez que se ha iniciado un crecimiento rápido en sectores importantes de una economía (en la Gran Bretaña en los textiles de algodón y en las industrias metálicas), desequilibrándola por consiguiente en cierto grado, es seguro que este crecimiento se comunique antes de mucho a otros aspectos de la vida económica.

La importancia de estos cambios económicos en la Gran Bretaña se puede ilustrar fácilmente. Produjeron una enorme expansión en la producción de ciertos bienes y materiales básicos manufacturados, sobre todo textiles de algodón, carbón y hierro. Por ejemplo, el número de altos hornos casi se quintuplicó en la generación de 1760-90. Este gran aumento se logró sin que se presentara ningún aumento considerable en el precio de muchos productos industriales, a pesar de que generalmente los sueldos y los niveles de vida estaban subiendo: un escritor calculaba en 1808 que durante los anteriores setenta años, el precio de una tonelada de carbón sacado en Escocia había aumentado solamente en 2 peniques, a pesar de que el costo de la mano de obra y de los materiales utilizados para producirla se habían duplicado. La abundancia y la relativa baratura determinaron un gran aumento en las exportaciones británicas de artículos manufacturados y, por consiguiente, en la importación de materias primas (sobre todo

algodón) en los últimos años del siglo. Se ha calculado que en el periodo de 1700-70, el aumento anual promedio del comercio ultramarino de la Gran Bretaña fue de 1.2 por ciento; en la década de 1780 fue cuatro veces mayor. Ya para entonces eran claramente visibles los principios de un dominio industrial británico del mundo. También la concentración de las nuevas máquinas en grandes fábricas, y la necesidad de mantenerlas funcionando constantemente durante toda la jornada de trabajo, motivaron la agrupación de cantidades inusitadas de trabajadores en unidades productivas individuales y su sujeción a una estricta disciplina industrial. Esto, a su vez, significó el principio de un nuevo grupo social: la moderna clase obrera industrial.

Sin embargo, no se deben exagerar ni la escala física ni el alcance geográfico de estos nuevos desarrollos industriales. Todas las máquinas de vapor producidas en la última parte del siglo XVIII por la firma Boulton y Watt, tuvieron una capacidad total de solamente unos 7 500 caballos de fuerza. Cien años después, no eran raras las máquinas que por sí solas produjeran el doble. A fines del siglo y poco después, la disponibilidad de agua corriente para utilizarse como fuente de energía tuvo más influencia que cualquier otro factor para decidir la localización de la industria en la Gran Bretaña, y las fábricas todavía podían ser seriamente afectadas en su trabajo a causa de una sequía prolongada. Por ejemplo, en el verano de 1767, la fundidora Carron de Falkirk, la más famosa de la época, estuvo inactiva durante tres meses por esta razón. Sin embargo, grandes sectores de la industria británica casi no se veían

afectados todavía por las nuevas máquinas o por el sistema de fábricas.

Lo que es aún más importante, la nueva forma de producción apenas se había empezado a extender a unas cuantas partes de la Europa continental para finales del siglo. La primera máquina de vapor de Watt fue instalada en una fábrica alemana apenas en 1785. Para 1790, cuando la Gran Bretaña poseía alrededor de doscientas fábricas para hilar algodón había solamente ocho en Francia, todas las cuales utilizaban maquinaria británica. (Estas cifras están sujetas a cierta discusión, ya que "fábrica" no es un término preciso; pero el contraste que señalan indudablemente es válido.) En los últimos años del siglo XVIII había partes de la Europa continental relativamente industrializadas. Existían importantes industrias elaboradoras de metal en partes de los Países Bajos austriacos y de la Alemania occidental, grandes industrias del lino y laneras en Silesia y Bohemia, y una gran industria de hilados de algodón desarrollándose en Cataluña. Pero casi en todas partes, excepto en la Gran Bretaña, la organización y las técnicas industriales seguían siendo esencialmente lo que habían sido durante décadas, y aun durante generaciones.

En la Europa continental habían existido durante todo el siglo grandes empresas industriales pero, con unas cuantas excepciones, entre ellas la gran fábrica de textiles de Van Robais en Abbeville, la cual en la cumbre de su éxito acaso haya empleado a 3 000 personas, generalmente no eran la clase moderna que dependía de la labor de trabajadores contratados. Más frecuentemente la mano de obra no era libre, en diversos grados y estaba compuesta por

criminales, huérfanos, vagabundos, expósitos y en ocasiones de soldados o, en Europa oriental, de siervos. Las muy importantes industrias del hierro y del cobre, las cuales se desarrollaron en Rusia, en la región meridional de los Urales, desde principios del siglo XVIII, originalmente en respuesta a las exigencias de la guerra con Suecia, dependían fuertemente de la labor de los siervos "adscritos" a las fundiciones. En una escala menor, muchos terratenientes rusos intentaron desarrollar industrias en sus propiedades, utilizando materias primas producidas localmente y el trabajo de sus siervos, y el mismo fenómeno se extendió en Polonia, Prusia y los territorios de los Habsburgo. Algunas de estas fábricas propiedad de nobles, tal como la construida para la manufactura de telas de lana por el conde Waldstein en sus tierras de Bohemia en 1713, eran allí de considerable importancia. De hecho, la ventaja de que gozaban los terratenientes sobre los industriales de la clase media por su aprovisionamiento de mano de obra barata fue un motivo importante de la lentitud con la cual se desarrolló una clase media próspera en gran parte de la Europa oriental y central. Las fábricas que funcionaban principalmente con mano de obra no libre y métodos relativamente primitivos eran diferentes, cualesquiera que fuese su tamaño, de las pertenecientes a un magnate textil como Arkwright, o a un gran señor del hierro como John Wilkinson en la Gran Bretaña. Reflejaban y perpetuaban un tipo menos avanzado de organización económica, en la cual el capital, la mano de obra especializada y el conocimiento técnico eran inferiores. Aún más, en las partes en donde existían, especialmente en las industrias textiles, estaban generalmente limitadas a los procesos de acabado,

de abatanado, de teñido y de blanqueado de la tela. El método típico de producción en la mayoría de las industrias europeas, también especialmente en las industrias textiles, era el "sistema doméstico".

En este sistema, cuyos detalles variaban considerablemente, el hilador o tejedor trabajaba en su propia casa con materias primas o semi manufacturadas que el fabricante que organizaba todo el proceso de producción le suministraba, fuese directamente o a través de un intermediario. Con bastante frecuencia las primitivas máquinas que usaba eran alquiladas por el fabricante. Los artículos que producía eran posteriormente terminados, en una fábrica propiedad del fabricante, antes de ser enviados al mercado. La organización industrial de esta clase se estaba extendiendo cada vez más durante el siglo XVIII, principalmente porque le permitía al fabricante evadir las restricciones de los gremios, los cuales intentaban evitar, en interés de los maestros artesanos que dominaban los gremios, el crecimiento en las ciudades de la industria en gran escala. Su difusión causó que muchas industrias escaparan de las ciudades, especialmente en la Europa oriental y central, y se refugiaran en la provincia de donde obtenían su mano de obra. Así en Bohemia, durante gran parte del siglo, se emplearon unos 200 000 trabajadores domésticos en hilados de lino y en la Gran Bretaña, en la década de 1750, un fabricante de velas para barcos localizado en Warrington aseguraba que anteriormente había empleado 5 000 trabajadores por su propia cuenta.

Por consiguiente, el sistema doméstico era uno de los elementos más importantes en la vida económica de Europa. Empleaba, por lo menos sobre una base de tiempo parcial, grandes

cantidades de gente, y en él se sustentaba una gran parte de la producción industrial del Continente. Aún más: a causa del grado de organización que exigía y de la inversión requerida en capital, especialmente en existencias de materias primas, marcó un gran avance en perfeccionamiento así como en escala sobre la producción artesanal que en gran parte había suplantado. Sin embargo, no era industria moderna; no miraba hacia el siglo XIX o aun hacia el siglo XX, tal como lo estaban empezando a hacer algunas ramas industriales de la Gran Bretaña a fines de este periodo.

Tanto comercial y financiera como industrialmente, la Europa del siglo XVIII presenció un avance continuado, y a veces rápido, a lo largo de caminos ya trazados, antes que un cambio revolucionario. La literatura económica de la época trata en gran parte de cuestiones comerciales; sin embargo, solamente en uno o dos países de la Europa occidental era donde el comercio exterior desempeñaba un papel vital en la vida económica. Los ejemplos sobresalientes eran la Gran Bretaña y la República Holandesa. El comercio de la Gran Bretaña creció más rápidamente que el de cualquier otro Estado durante el siglo: para 1800, el tonelaje de la flota mercante británica probablemente fuera cinco o seis veces mayor de lo que fuera cien años antes. Pero este crecimiento fue desigual, tanto geográfica como cronológicamente. El comercio de la Gran Bretaña con sus colonias, sobre todo con las colonias americanas y las Antillas, creció mucho más rápidamente que su comercio europeo; y, en Europa, los países bálticos y mediterráneos empezaron a cobrar mayor importancia como sus socios

comerciales, en tanto que Francia y los estados alemanes perdían importancia como tales. También la tasa de incremento del comercio británico fue mayor en la segunda mitad del siglo que en la primera, y se aceleró notablemente en sus últimas décadas. Sin embargo, durante todo el periodo, el comercio marítimo de la Gran Bretaña proporcionó una de las bases de su poderío tanto político como económico. Fue su crecimiento, mucho más que su desarrollo industrial o sus innovaciones fiscales y financieras, lo que impresionó a los contemporáneos y despertó su envidia.

Los holandeses, los mayores rivales comerciales de Inglaterra en los últimos años del siglo XVII y principios del XVIII, no prosperaron tanto. Su posición como transportadores internacionales se había hecho demasiado predominante a mediados del siglo XVII para poder mantenerse por mucho tiempo. Era seguro que otros estados intentarían sacudirse tal predominio desarrollando sus propias marinas mercantes; el Sistema de Navegación que se desarrolló en Inglaterra desde la década de 1650 (véase p. 201), sólo fue la más exitosa de una cantidad de medidas restrictivas dirigidas contra los holandeses por varios gobiernos. Sin embargo, su decadencia comercial fue lenta. Durante todo el siglo XVIII siguieron integrando una de las grandes potencias comerciales de Europa. Pero aun en el comercio del Báltico, la rama del comercio europeo que habían dominado por completo en el siglo anterior, estaban siendo suplantados, sobre todo por la Gran Bretaña. Por ejemplo, de los 845 barcos que en 1790 zarparon de Memel a través del Sund rumbo a puertos de la Europa occidental, 214 iban a Londres; solamente 22 tenían Amsterdam como destino.

Desde principios del siglo, la Gran Bretaña también dominó el comercio de San Petersburgo, aunque los holandeses tenían todavía una situación privilegiada en los menos importantes puertos bálticos de Riga, Pillau y Königsberg. Esta decadencia comercial holandesa fue en parte el resultado de lo pequeño de la población y de lo reducido de los recursos de las Provincias Unidas, lo cual les dificultaba mantener una industria en gran escala y llegar a ser verdaderamente grandes importadores y exportadores por su propia cuenta. Su comercio, siempre en gran parte de transporte y depósito, por lo mismo era especialmente vulnerable a la envidia y a las restrictivas políticas comerciales de otros estados europeos. Más aún, el imperio holandés, en lo que hoy en día es Indonesia, a pesar de sus riquezas, nunca dio lugar a un comercio tan grande como el de la Gran Bretaña y Francia con sus colonias americanas y del Caribe; y la inflexibilidad de la política comercial holandesa, que se refleja en la continuidad hasta 1795 del monopolio comercial de la Compañía Neerlandesa de la India Oriental y los fracasos, en 1738 y 1751, de proposiciones de convertir a Amsterdam en puerto libre, pueden haber ayudado a acentuar esta decadencia.

Francia, el tercer gran Estado comercial de la Europa occidental, ocupaba en ciertos aspectos una posición intermedia entre la de la Gran Bretaña y la de los holandeses. En magnitud, su comercio marítimo nunca amenazó seriamente al de la Gran Bretaña. Era muy vulnerable en tiempos de guerra a los ataques británicos, y durante la primera mitad del siglo sólo creció muy poco. Por otra parte, los años que separaron la paz de 1763 y el estallido de la Revolución presenciaron un incremento muy

sorprendente del comercio colonial francés, sobre todo con las islas del azúcar de las Antillas, y la consolidación del dominio comercial francés en gran parte del Mediterráneo.

En comparación con las de la Gran Bretaña, Francia y la República Holandesa, cualquier otra marina mercante de Europa era de importancia secundaria. Hamburgo había surgido como el mayor centro comercial y financiero de la Europa septentrional, después de Londres y Amsterdam. Fue uno de los puertos libres que desempeñaron un gran papel en los intercambios internacionales durante este periodo y que frecuentemente tenían poblaciones sumamente cosmopolitas. Pero se trataba esencialmente de un depósito; y su propia flota, aunque no insignificante, era pequeña en comparación con las de los grandes estados occidentales. Génova aún seguía siendo un centro comercial de cierta importancia, así como Venecia, cuya marina mercante estaba en rápida decadencia: el ministro británico informó en 1765 que durante muchos años no había enviado barcos con destino a ningún lugar situado al oeste de Malta por miedo a los corsarios berberiscos del norte de África, quienes durante todo el siglo siguieron siendo una amenaza considerable para la navegación de los estados con flotas pequeñas. El muy considerable comercio de Nápoles y Liorna (ambos también puertos libres) debía su existencia a los buques británicos, franceses, y en menor grado a los holandeses, en tanto que en los puertos de la Península ibérica, los navíos extranjeros sobrepasaban numéricamente, por mucho, a los de España y Portugal. El comercio marítimo del Imperio Otomano estaba en manos de griegos, judíos, armenios, y sobre todo, de las colonias de mercaderes de la Europa

occidental que se encontraban en todos los principales puertos de los dominios del sultán; también era realizado por barcos franceses, británicos, holandeses, o, ya entrado el siglo, austriacos o rusos. Suecia y Dinamarca eran potencias comerciales de cierta importancia en la Europa septentrional, y Prusia tenía marina mercante, aunque casi todos sus barcos eran pequeños y adecuados solamente para un comercio de distancias relativamente cortas; pero Rusia, al igual que el Imperio Otomano, dependía absolutamente de los estados europeos para el transporte de sus importaciones y exportaciones. Durante la mayor parte del siglo, la superioridad de la Europa occidental sobre la oriental fue más marcada en el comercio marítimo que en el volumen de la producción industrial.

Esta superioridad fue importante porque el transporte terrestre de bienes pesados o voluminosos a cualquier distancia presentaba dificultades casi imposibles de superar y era caro. En Inglaterra los caminos principales mejoraron considerablemente durante el siglo de una manera bastante caprichosa, mediante la creación de muchos monopolios de caminos de peaje. En Francia, un número de grandes administradores, sobre todo Daniel Trudaine, quienes dirigieron la construcción de caminos y puentes por parte del gobierno central entre 1743 y 1769, habían dotado al país, para el tiempo de la Revolución, con un sistema de carreteras con centro en París, el cual no tenía igual en ningún otro país. Pero en el resto de Europa se hizo poco para mejorar aún los caminos más importantes; y por doquier, los caminos menores y secundarios siguieron siendo terriblemente malos. Aún más: es importante

recordar que el costo del transporte por tierra podía fluctuar fuertemente, como resultado de las cosechas, buenas o malas. Los caballos y las mulas consumían heno, avena, cebada y otros productos forrajeros. Una cosecha pobre significaba alimento caro para los animales, al igual que para los hombres y, por consiguiente, una cantidad de cargos por flete que podía paralizar temporalmente todo el transporte terrestre.

El uso de los ríos, medios de transporte relativamente barato y accesible, se volvía caro y difícil con demasiada frecuencia por los peajes y los derechos aduaneros impuestos al tráfico. Así, en el Rin, entre Kehl y la frontera holandesa, a causa de la fragmentación política de la Alemania occidental, se sabía que existían alrededor de treinta barreras aduaneras. Aun dentro de los límites de un mismo Estado, la situación podía ser igual de mala, o aún peor. A principios del reinado de Luis XV existían casi 5 700 portazgos de propiedad privada en caminos y ríos franceses, y que eran utilizados por sus dueños como fuente de ingresos. A mediados del siglo se aseguraba que un botero que llevaba una carga de duelas de Lorena a Languedoc, tenía que detenerse veintidós veces para pagar treinta y ocho diferentes peajes y derechos. La desaparición de estas fantásticamente complejas barreras puestas al comercio interno de Francia se había propuesto ya desde mediados del siglo XVI; pero sólo en 1790-91, en la agonía del antiguo régimen, pudo lograrse. En España existió una barrera aduanera entre Castilla y Valencia hasta 1717, en tanto que Andalucía conservó su propio sistema de aduanas hasta 1778. Aún más, España, al igual que Francia y Alemania, sufría de la completa falta de un sistema nacional unificado de pesas

y medidas. Toscana, bajo el reino de los últimos Grandes Duques de la familia de los Médicis en las primeras décadas del siglo, estaba dividida, casi increíblemente, por no menos de 187 barreras aduaneras de diferentes clases. Los dominios de los Habsburgo estuvieron divididos, durante gran parte de este periodo, en seis áreas aduaneras separadas y la supresión de la barrera más importante para el libre comercio interno, o sea la existente entre Hungría y el resto de la monarquía, no se propuso antes de 1781. Una de las pocas ventajas económicas verdaderas de que gozaba la Rusia del siglo XVIII sobre muchos otros estados europeos era que el uso de sus grandes ríos no estaba gravado por peajes, y que sus pesas, medidas, moneda de curso legal y su sistema legal estaban unificados más o menos efectivamente. La gran ineficacia de las comunicaciones terrestres de Europa motivaba que zonas geográficamente muy alejadas podían estar en un contacto más directo entre sí, en tanto que otras separadas por un viaje por tierra relativamente corto podían tener poco contacto. Por ejemplo, era más fácil enviar artículos de Burdeos a Haití que de Burdeos a París. Por consiguiente, la economía del transporte era sumamente favorable para un pequeño Estado insular como la Gran Bretaña y consecuentemente desfavorable para los grandes imperios territoriales de Rusia y Austria.

En la organización financiera, como en muchos otros aspectos de la vida económica, el progreso se concentró en unas cuantas partes de la Europa occidental. La República Holandesa siguió siendo en muchos aspectos el centro financiero del Continente. En 1776, lord North, el primer ministro británico, aseguraba (aunque

con mucha exageración) que las tres séptimas partes de la Deuda Pública estaban en manos de holandeses; y hubo muy pocas partes de Europa en las cuales durante el siglo no haya estado en actividad el dinero holandés en alguna forma. Amsterdam, aunque cada vez más presionada por Londres, seguía siendo el mayor centro europeo de los préstamos internacionales, del corretaje en barras de oro y plata y probablemente de los seguros marítimos. En la Gran Bretaña se estaba desarrollando un grupo de nuevas instituciones financieras nacionales: el Banco de Inglaterra, el Banco de Escocia y la Deuda Nacional. Un mecanismo bancario (bancos privados en Inglaterra, y más estables, de capital mixto, en Escocia) estaba surgiendo lenta y a veces penosamente, ayudando a poner las riquezas de la nación al servicio de su creciente comercio, industria, y agricultura. Para 1800 había alrededor de setenta bancos privados sólo en Londres, aunque ya a fines del siglo su escasez en las provincias frecuentemente hacía que fuera sorprendentemente difícil enviar dinero de un centro provincial a otro. Existía una corriente cada vez mayor de inversiones británicas hacia ultramar, sobre todo hacia el hemisferio occidental; en 1797, cuando el primer ministro, William Pitt el joven, intentó calcular el probable rendimiento del nuevo impuesto sobre la renta, estimó en cinco millones de libras esterlinas el ingreso que la Gran Bretaña recibía por este concepto.

En Francia los mecanismos financieros estaban mucho menos desarrollados que en la Gran Bretaña o en las Provincias Unidas. La mayoría de los más prósperos mercaderes franceses llevaban a cabo algunas de las funciones de los banqueros, comprando y vendiendo

entre sí letras de cambio y dando crédito. Pero sólo en el reinado de Napoleón I se constituyó un banco central nacional; y las transacciones financieras en gran escala solían girar alrededor de préstamos y contratos gubernamentales antes que en inversiones en el comercio o en la industria. La clave del éxito como financiero en el París del siglo XVIII era una influencia en la corte. La situación no era diferente en Londres, en donde la subscripción a préstamos gubernamentales, a veces en condiciones muy lucrativas, normalmente estaba confinada a un pequeño grupo de banqueros y mercaderes favorecidos. Pero la importancia de buenos contactos oficiales era mucho mayor en Francia. Allí, como lo ha señalado un historiador reciente, "las operaciones más señaladas del capitalismo del antiguo régimen fueron posibles mediante financiación real y manipulaciones políticas, más que por empresas industriales o marítimas". Aún más: reinaba en Francia un clima de desconfianza a las finanzas en gran escala en una manera que estaba dejando de existir en la Gran Bretaña y que hacía mucho tiempo era desconocida en las Provincias Unidas. Las influencias religiosas todavía inspiraban hostilidad hacia la práctica de prestar dinero con interés, la cual continuó siendo condenada, por lo menos en teoría, por el Papado (aunque las inhibiciones de esta naturaleza eran menos marcadas en Francia que en España y que en ciertas partes de Italia). En la manía especulativa de 1719-20, la "Burbuja del Misisipí", miles de franceses habían sufrido pérdidas en un ataque de histeria sin precedentes producido por la inflación de la moneda y por las esperanzas de lograr grandes utilidades en el comercio con las colonias francesas. Este episodio dejó un duradero legado de

desconfianza hacia el papel moneda y hacia la organización financiera en gran escala. Reforzada por la inflación de la moneda durante la Revolución, impediría el desarrollo de la vida financiera francesa hasta ya avanzado el siglo XIX.

En otras partes de Europa la organización financiera estaba poco avanzada excepto en ciertas ciudades-república como Génova (ahora en una decadencia relativa a este respecto), Hamburgo, Francfort, Ginebra, y en menor grado Zürich y Berna. Los grandes estados militares-burocráticos de la Europa central y oriental continuaban a la zaga en este respecto. La escasez de capital y la falta de experiencia en transacciones financieras en gran escala y de un adecuado ambiente mental capitalista, determinaron que los esfuerzos por establecer bancos del Estado, tanto en Prusia como en los dominios de los Habsburgo, tuvieran resultados poco efectivos. En Rusia, las condiciones eran aún más desfavorables. Bajo Catalina II el gobierno ruso obtuvo, desde la década de 1770, la distinción de ser la primera potencia importante en sostener un papel moneda con bastante éxito por un largo periodo; sólo a principios de la década de 1790 se empezó a depreciar fuertemente el rublo de papel, en contraste con el rublo de plata. Pero este éxito más bien fue índice de la fuerza del gobierno central y del relativo aislamiento de la corriente principal de la vida económica europea, en que se hallaba el país, que de cualquier otra cosa. Las estructuras financieras de Polonia y del Imperio Otomano eran aún más primitivas que las de los otros estados de la Europa oriental y central. Solamente en unas cuantas regiones occidentales del

Continente se podían encontrar cantidades apreciables de capital líquido y mecanismos relativamente eficientes para su inversión.

El conservadurismo esencial de la vida económica europea se aprecia más claramente en la predominante importancia de la agricultura. Las ciudades-Estado de Alemania y Suiza, y las provincias holandesas de Holland y Friesland casi eran las únicas unidades políticas en Europa en las cuales el cultivo del suelo no era la actividad económica más importante. Aun en la Gran Bretaña, a principios de este periodo, probablemente menos del 13 por ciento de la población vivía en ciudades de 5 000 o más habitantes; para 1800 la proporción había subido a 25 por ciento, pero la agricultura seguía siendo el elemento más importante de la vida económica. En Francia, en la década de 1790, un observador muy bien informado estimó que solamente el 31 por ciento del ingreso nacional se derivaba del comercio y de la industria, y el resto de la tierra. La cifra no era más que una conjetura fundamental pero probablemente se acerque mucho a la verdad. Al este del Rin casi por doquier era abrumadora la importancia de la agricultura.

La agricultura en la Europa del siglo XVIII variaba mucho en su técnica y en su productividad, en su organización y su influencia social. En algunas regiones occidentales, una población densa, suministros adecuados de capital y conocimiento técnico y comunicaciones relativamente buenas favorecieron la eficiencia y la producción en gran escala para el mercado. En tal situación se hallaban la mayor parte de los Países Bajos, una porción considerable del sudeste y de las *Midlands* de Inglaterra y, en menor grado, algunas partes de Francia, como Normandía.

En los Países Bajos la producción de cosechas de venta inmediata tales como rubia, glasto, lino y lúpulo ya se habían desarrollado considerablemente en el siglo XVII; en el siglo XVIII, la agricultura continuó siendo allí la más comercializada y productiva de Europa. En algunas partes de Inglaterra para la década de 1720, se hacían más marcados los mejoramientos técnicos. Estaban cultivándose nuevas cosechas, tales como nabos y clavo. Se estaba mejorando el ganado por medio de cruza selectiva. Nuevas herramientas, como la cultivadora de tracción animal y la sembradora estaban empezando a utilizarse. Lentamente las granjas se estaban haciendo más grandes, requisito indispensable de una mayor eficiencia técnica. Los pequeños propietarios, los *yeomen* de la tradición y de la mitología política, estaban cediendo su puesto a los agricultores arrendatarios que cultivaban en mayor escala. Durante todo el siglo, especialmente después de 1760, las tierras comunales se cercaron, y se perdieron los ancestrales derechos comunes de pastura y de recolección de combustible en los bosques, a favor de las comunidades agrícolas. En Francia también fue creciente el interés por el mejoramiento técnico en las últimas décadas del siglo, por lo menos entre la nobleza y los agricultores de mejor posición, en tanto que se estaba reforzando un movimiento para el cercado de tierras comunales, de bosques, y de eriales. Una serie de edictos reales en 1767-71 permitió que se hicieran cercados de esta naturaleza en casi todas las provincias de Francia. Y en todas estas partes relativamente avanzadas de la Europa occidental existía ahora una considerable literatura técnica sobre problemas

agrícolas; en Inglaterra se habían publicado los primeros trabajos sobre el cultivo del clavo y de la papa ya en la década de 1660.

El alcance y lo avanzado de este mejoramiento agrícola se pueden exagerar fácilmente. Las granjas, altamente capitalizadas y eficientes, de la Inglaterra oriental y de partes del interior, contrastaban sorprendentemente con las de Gales, y aún más, con las de las tierras altas escocesas, donde todavía en la década de 1840 la posesión de un arrendatario en partes de Argyll y de Inverness-shire frecuentemente consistía aún en franjas separadas sin unión alguna. En Francia, la resistencia campesina a los cambios de cualquier clase –por ejemplo, a la introducción de la patata– era muy fuerte. Los esfuerzos de las sociedades agrícolas y del mismo Luis XVI por mejorar las técnicas, estableciendo granjas modelo y ofreciendo premios a los progresos agrícolas, tuvieron poco efecto. De hecho, el campesino que se hallaba en mejor situación, precisamente por tener parte en la estructura agraria existente, frecuentemente era más hostil al cambio que el campesino o trabajador pobres, que tenían muy poco o nada que perder con él.

En las otras regiones de Europa, la innovación técnica generalmente no era de importancia o era desconocida, y la situación del agricultor solía depender en gran parte de lo práctico que resultara la producción en gran escala para el mercado. Donde resultaba bien, como en grandes partes de Polonia y Prusia que exportaban grano a la Europa occidental, sobre todo a través del gran puerto de Danzig, y probablemente también en las provincias bálticas de Rusia, existía entre los terratenientes una marcada tendencia, ya claramente visible en el siglo anterior, a aumentar el

dominio sobre sus campesinos y a explotarlos más intensamente a fin de producir más para la venta. En esas regiones, las oportunidades económicas creadas por el crecimiento de mercados urbanos –que en Inglaterra o los Países Bajos significaban avance técnico y una mayor eficiencia productiva– sólo produjeron tareas cada vez más pesadas para los siervos y un empeoramiento de su situación. El propietario de tierras prusiano, polaco o ruso, al presentársele estas oportunidades, las aprovechó bastante comprensiblemente, explotando hasta el máximo su única ventaja económica: un suministro de mano de obra servil barata. En toda la Europa oriental, sobre todo en Rusia, al amparo de la Imperial Sociedad Libre Económica, había discusiones sobre la necesidad de mejorar los métodos de cultivo, y una lenta pero creciente comprensión de los indeseables efectos sociales e intelectuales de la condición de siervo. Pero el cambio fue impedido por falta de capital y de conocimiento técnico, y sobre todo por timidez, conservadurismo, y por la negativa de la clase de los terratenientes a soltar el dominio de sus campesinos.

Entre los extremos de la Europa oriental y occidental existían grandes zonas en las cuales las condiciones agrarias seguían siendo sorprendentemente estables. En gran parte de Alemania occidental y meridional, las malas comunicaciones y la falta de grandes mercados de fácil acceso determinaron que hubiera poco aliciente para formar grandes propiedades. En esas regiones la situación del aldeano, quien frecuentemente también era trabajador industrial de tiempo parcial según el sistema doméstico, siguió siendo relativamente segura. En España e Italia se podía observar una

estabilidad, o más bien un estancamiento, de una naturaleza menos deseable. Aunque Sicilia desde hacía tiempo había dejado de ser la mayor región exportadora de granos de toda Europa, tal como lo había sido durante gran parte del siglo XVI, esto no condujo a ninguna mejoría de la situación de su campesinado, que siguió siendo una de las peores que pudieran encontrarse. Castilla todavía se estaba recuperando lentamente de su postración de finales del siglo XVII; lo escaso de su población contribuyó a conservar a su agricultura atrasada e improductiva. En Aragón, donde los derechos señoriales eran mucho más opresivos, se redujo el dominio del señor sobre sus aldeanos por medio de un importante decreto de 1716, el cual confería a la corona toda la jurisdicción penal. Pero esto no hizo cambiar la estructura económica de la provincia aragonesa, ni su organización y métodos agrícolas. En Suecia, lo diseminado de la población contribuyó a frenar el ritmo del avance, a pesar de los esfuerzos de un número de terratenientes nobles con ideas innovadoras, en tanto que en Dinamarca, los esfuerzos para restringir la servidumbre tuvieron resultados prácticos decepcionantes. Sólo mucho después habría de convertirse la agricultura danesa en modelo para el resto de Europa.

Por consiguiente, el cambio agrícola antes era la excepción que la regla. En aquellos lugares en donde se llevó a cabo, sus resultados sociales, para diferenciarlos de sus resultados económicos, podían ser activamente dañinos, como la intensificación de la servidumbre en gran parte de la mitad oriental del Continente. El dominio de la economía europea por una agricultura tan reacia al cambio sólo era la ilustración más obvia del

conservadurismo esencial, cuando menos hasta finales del siglo, de la vida económica en general.

Sin embargo, las ideas económicas se estaban desarrollando con bastante rapidez. A este respecto la primera mitad del siglo se vio dominada por el "mercantilismo". Esta corriente de ideas adoptó varias formas en los diversos países, y la literatura económica que produjo fue más extensa que profunda. Sin embargo, todos sus seguidores subrayaban el poder del Estado, más que la riqueza o la felicidad del individuo, como el objetivo principal de la política económica. Todos suponían que el poder político y el económico necesariamente eran interdependientes, y que los estados siempre debían competir entre sí por mercados y recursos económicos. Todos tendían a subrayar los problemas de la producción del consumo, y a olvidar los de distribución. Esta actitud fue cada vez más combatida desde la década de 1750. En Francia, el grupo de pensadores generalmente conocidos como los fisiócratas –Turgot, el marqués de Mirabeau, Dupont de Nemours, Quesnay (médico de cabecera de Luis XV y líder del grupo, si puede decirse que tuvo uno)– rechazaron completamente la importancia que los mercantilistas atribuían a la industria. Para ellos, la tierra era la fuente primordial de toda riqueza, y la industria y el comercio meramente eran formas secundarias y parásitas de la actividad económica. Aún más importante: insistían vigorosamente en la idea de un orden económico natural, tanto entre los estados como entre los diferentes intereses dentro de un mismo Estado. Esto había de lograrse liberando la vida económica de las restricciones artificiales y dando mayor libertad de acción al individuo. Los fisiócratas

disentían considerablemente entre sí aunque, a diferencia de los creyentes en el mercantilismo, formaban un grupo pequeño, intelectual y consciente de sí mismo, cuyas actividades se concentraron en un lapso de poco más de dos décadas. Pero la diferencia entre las dos corrientes de pensamiento es fundamental; y los fisiócratas, a diferencia de cualesquiera de sus antecesores, intentaban formular conscientemente una ciencia de la economía, un cuerpo de doctrinas que describiera y explicara la actividad económica en conjunto. No se contentaban, como la virtual mayoría de los escritores mercantilistas, con discutir meros problemas específicos, limitados y prácticos. Para ellos, como para ninguno de sus precursores, la economía era algo más que una economía aplicada.

La importancia que atribuían tanto a la libertad del individuo como a la necesidad del bienestar de la sociedad y su intento de edificar una ciencia general de la economía fueron continuados y sistematizados por Adam Smith en su *Riqueza de las naciones*[§] (1776), uno de los libros clave del siglo. Ya para la década de 1780 su ataque contra los restrictivos sistemas comerciales había empezado a provocar una respuesta en los círculos gobernantes, tanto de la Gran Bretaña como de Francia, lo que se manifestó en el notablemente liberal tratado comercial anglo-francés de 1786. Sin embargo, en lo que a los mercaderes y al público en general se refería, fue solamente en la Gran Bretaña donde se empezaron a arraigar las ideas del Libre Cambio a finales del siglo; y aun allí, lo que se exigía era que se liberaran ramos individuales del comercio,

[§] Hay ed. esp. F.C.E., México, 1958.

antes que el comercio en general. En particular se estaba empezando a censurar el elaborado sistema de las *leyes de granos*, de tal manera que en 1790 se puede encontrar a la Cámara de Comercio de Glasgow exigiendo el "repudio de todo el sistema de las Leyes de Granos, y el establecimiento de una perfecta libertad de comercio en lo esencialmente necesario para la vida". Aun en la Gran Bretaña la demanda de un verdadero Libre Cambio estaba todavía en embrión; pero era un embrión que habría de crecer y madurar con enormes resultados durante las dos generaciones siguientes.

El comercio colonial, la banca y las finanzas, las ideas económicas y, sobre todo, la industria en algunas regiones: fueron éstos los aspectos de la vida económica de Europa que evolucionaron en el siglo XVIII. Pero en su mayoría estaban confinados a partes, generalmente pequeñas, de la Europa occidental. En la mayoría de los casos, aún allí, sólo influían directamente sobre una minoría de la población. El predominio de la agricultura y la poca importancia de las ciudades, la escasez de capital, la pobreza de las comunicaciones, la lenta difusión del conocimiento técnico: todos estos factores se opusieron al progreso en la mayor parte del Continente. También influyeron otros factores más sutiles. Existía una sorprendente falta del conocimiento más elemental de los hechos de la vida económica. Pocos gobiernos (el de Suecia era probablemente la única excepción de importancia) conocían con certeza el tamaño de las poblaciones que gobernaban. Casi igual de reducido era el número de los que tenían cierta idea de la balanza de pagos de sus territorios en cualquier momento dado.

El mundo económico no se sujetaba todavía al detallado análisis y descripción cuantitativa que se estaban aplicando cada vez más al mundo físico. El pensamiento comercial aún podía estar influido por la idea totalmente anticientífica del "precio justo", y la vida financiera todavía podía quedar paralizada por un prejuicio contra la aceptación de intereses sobre préstamos. Aun en Francia, que ya estaba a la vanguardia mundial en el desarrollo de las matemáticas, los préstamos con pagos a base de anualidades, por medio de los cuales se financió en parte la Guerra Norteamericana de 1778-83, no tomaban en cuenta para nada la edad del rentista, de tal suerte que una anualidad comprada sobre la vida de un niño fácilmente podía redituar, con el tiempo, tanto como el quíntuplo de su precio de compra. Es éste un ejemplo sorprendente de la lentitud con la cual se aplicaba el sentido común, por no decir la ciencia, a los asuntos económicos aun en los estados europeos más avanzados.

En la mayor parte de Europa, todavía vivían los hombres en un mundo económico y social dominado por el pasado. Estaba cambiando. Pero aun después del cataclismo de la Revolución Francesa, los cambios fueron lentos en la mayor parte del Continente; antes de 1789 eran aún más lentos, e imperceptibles para muchos europeos.

# 4. MONARCAS Y GOBIERNOS

EL SIGLO XVIII casi tanto como el XVII, fue una época de reyes. Todos los grandes estados europeos eran monarquías. La política interna de la mayoría de ellos, en su nivel más alto, giraba alrededor de contiendas entre facciones en competencia para lograr acceso al soberano e influir sobre él. Las relaciones internacionales estaban profundas y a veces desastrosamente determinadas por las pretensiones dinásticas opuestas de las familias reinantes, pretensiones que son el fondo de las guerras de sucesión que tanto ocupan en la historia del periodo.

La mayoría de los contemporáneos daban por sentado que la monarquía hereditaria era la más natural y, por consiguiente, la más efectiva de todas las formas de gobierno. La anticuada analogía que equiparaba las relaciones entre el rey y la gente con las que existen entre un padre y sus hijos, todavía tenía un significado real para los hombres y mujeres comunes de toda Europa. En particular se suponía que la monarquía era el único tipo de régimen por medio del cual se podía gobernar a un Estado grande, o que estuviera en rápida expansión. Por supuesto que los reyes podían ser egoístas, perezosos o débiles. Podían otorgar su confianza a ministros que no la merecían, o desatenderse imperdonablemente de los intereses de sus súbditos. Sin embargo, en la Europa del siglo XVIII, una monarquía fuerte parecía ser el requisito previo de todo un Estado poderoso y el principal motor del progreso.

Estas creencias estaban plenamente justificadas. Sólo los estados más pequeños, territorialmente estáticos, y en ocasiones

decadentes, tales como las repúblicas de Venecia y Génova, y los cantones suizos, podían permitirse no contar con una monarquía hereditaria. Aquellos cuya expansión era más obvia –Rusia y Prusia– al igual que potencias tradicionalmente grandes como Francia y España, poseían monarquías que eran extremadamente poderosas en teoría y en diferentes medidas en la práctica. La Gran Bretaña fue única al poder incrementar su territorio y su importancia internacional, al mismo tiempo que debilitaba lentamente su monarquía; y aun en la vida política británica, el soberano desempeñó un papel en extremo importante hasta después de finalizar este periodo. Por encima de todo, había pruebas de sobra de que una monarquía débil probablemente sería desastrosa para cualquier Estado. En las Provincias Unidas, los cuarenta años o más de predominio republicano que siguieron a la muerte de Guillermo III de Orange en 1702 coincidieron con una marcada decadencia de la importancia internacional de la federación y con un desastroso hundimiento de su poderío militar y naval. Guillermo IV, quien fue llevado al poder como Estatúder y Capitán General en 1747 cuando parecía ser que las provincias serían aplastadas por una invasión francesa, y Guillermo V, quien le sucedió en 1751, fueron soberanos lastimosamente débiles. Fuertemente impedidas por su constitución arcaica y su rivalidad endémica entre los orangistas y los republicanos, que a finales de la década de 1870 parecían haber llevado al país al borde de la guerra civil, las Provincias Unidas parecían ser un clásico ejemplo de los males que se avecinaban a cualquier Estado que quisiera prescindir de una poderosa monarquía hereditaria. De igual manera, el

debilitamiento del poder real en Suecia, por medio de la constitución de 1720, pareció a las mayorías de los contemporáneos –no injustificadamente– la razón más importante de las divisiones internas y la ineficacia internacional que marcaron la historia del país durante el siguiente medio siglo. Polonia, sobre todo, ofreció una clara advertencia de lo que podría pasar a un Estado desprovisto de la dirección que sólo podía darle una monarquía poderosa. La debilidad de la monarquía polaca, los conflictos, las presiones y las contiendas entre facciones que acompañaron a la elección de nuevos gobernantes en 1697, 1733, y 1764, fueron unos de los aspectos de la decadencia del país que más impresionaron a los extranjeros. Su posición como mera "república coronada" contrastaba notablemente con la de sus grandes vecinos, Rusia y Prusia. Era claro que el progreso de éstas a expensas de Polonia se explicara en gran parte por el poderío inmensamente mayor de sus soberanos en comparación con los cada día más indefensos reyes de Polonia.

Aún más; casi en todos los países en donde la monarquía era débil o inexistente, como en Polonia, Venecia, y en menor grado en Suecia y aun en las provincias holandesas, la sociedad tendía a estancarse y la administración, el poder judicial y aun la vida económica eran dominados por la tradición y el privilegio de grupo. Por el contrario, en las grandes monarquías siempre existía por lo menos la posibilidad de que un soberano inteligente y decidido fuera capaz de dar de lado la tradición, hacer caso omiso del pasado y valerse de su autoridad para introducir cambios necesarios en muchos aspectos de la vida de su pueblo. Esto fue lo que, en forma

muy espectacular y con éxito parcial, intentó Pedro I de Rusia. Era lo que los "Déspotas Ilustrados" de la segunda mitad del siglo habrían de intentar por medio de métodos diferentes y más suaves. La monarquía, en la Europa del siglo XVIII, en general no era una institución progresista; pero tenía muchas más potencialidades para progresar que las Iglesias, las aristocracias o los otros grupos privilegiados que dominaban la sociedad europea.

Por consiguiente, para la abrumadora mayoría de los europeos, la monarquía era la forma de gobierno más deseable, de hecho la única concebible. Sin embargo, la monarquía se diferenciaba grandemente en las distintas partes del Continente, reflejando así las diferencias sociales, económicas y sobre todo históricas de los grandes estados. En un extremo estaba Rusia. Allí los poderes del soberano eran ilimitados en teoría, y muy grandes en la práctica. Esto era porque no existía ningún grupo o institución dentro del país que pudiera oponérsele con alguna esperanza de éxito o, de hecho, que quisiera hacerlo. Pedro I había transformado efectivamente la nobleza rusa en una clase de servidores hereditarios, aunque con frecuencia renuentes, del Estado, y al dar la condición y los privilegios de noble a un gran número de extranjeros y de rusos de origen relativamente humilde, había privado grandemente a la nobleza del poco sentido de unidad que todavía conservaba. Por consiguiente, no podía existir en Rusia una *noblesse* del tipo de la Europa occidental, una clase cuya importancia provenía en gran parte de su linaje y de su noble ascendencia.

En 1730, el completo fracaso de un intento hecho por un grupo de grandes nobles por remodelar el régimen como una oligarquía de la nobleza, y en particular el hecho de que la gran mayoría del *dvoryanstvo* no haya apoyado dicho intento, ejemplificaron este punto. Los sucesos de ese año mostraron que la oposición de los nobles a los procesos del gobierno (para distinguirla de las meras revoluciones palaciegas) ya no significaba un serio peligro para ningún soberano de Rusia. La Iglesia también había sido sometida por Pedro, un sometimiento simbolizado por el hecho de que desde la coronación de la emperatriz Isabel en 1742, todos los gobernantes de Rusia se coronaban a sí mismos en la Catedral de la Dormition en el Kremlin, y el decano de los arzobispos rusos solamente les entregaba la corona. El zar Pablo, en su coronación en 1797, llegó a darse a sí mismo la comunión, aunque esta afirmación de independencia de toda autoridad sacerdotal siguió siendo única. La impotencia de la Iglesia en Rusia para oponerse a la monarquía quedó consumada por medio de la secularización de la mayor parte de su propiedad en tierras, en 1764. Los privilegios municipales, provinciales o regionales tan comunes en la Europa occidental y central eran mucho menos significativos en Rusia. Existían, por supuesto, las instituciones políticas centrales. Un consejo compuesto de ministros, importantes funcionarios y favoritos de la corte, destinado a formular la política, continuó durante todo el siglo. En 1718-19, Pedro I había creado un número de colegios administrativos, cada uno encargado de la supervisión de un campo importante de la actividad gubernamental; algunos de éstos, sobre todo los Colegios para la Guerra y los Asuntos del Exterior,

siguieron siendo muy importantes hasta el final de este periodo. El Senado, formado por Pedro en 1711 para supervisar los trabajos de toda la maquinaria gubernamental, siguió funcionando, aunque cada vez más como institución puramente judicial. Pero el soberano no estaba obligado a actuar por medio de ninguno de estos cuerpos, y ni siquiera a consultarlos. Existían, en último análisis, como extensiones de su voluntad y nada más. La naturaleza personal y arbitraria de su poder estaba subrayada por el hecho de que, hasta ya bien entrado el siglo XIX, la masa caótica de las leyes rusas siguió sin codificar. En otras palabras, los poderes efectivos de la monarquía rusa estaban menos limitados por presiones sociales o derechos legales, que por meros factores físicos: las dimensiones del país, la escasez de su población o la pobreza de sus comunicaciones. "En todos los países gobernados por un poder ilimitado –escribía un comentador ruso a mediados del siglo XIX–, siempre han existido y existen algunas clases, estados o instituciones tradicionales, que en ciertas ocasiones obligan al soberano a actuar de cierta manera y ponen límites a sus caprichos; nada parecido existe en Rusia." Esto por lo menos había sido cierto un siglo antes. Fue esta terrible simplicidad de las instituciones políticas y sociales de Rusia la que hizo a su monarquía única en Europa.

La monarquía de Brandenburgo-Prusia, aunque en algunos aspectos altamente autocrática, particularmente en las primeras décadas del siglo, en la práctica era mucho menos absoluta que la de Rusia. Federico Guillermo I había creado, como ya se ha dicho, una importante estructura de administración centralizada, representada localmente por las nuevas *Kriegs-und*

*Domänenkammern* y en Berlín sobre todo por el *Generaldirektorium* establecido a fines de 1722. Por temperamento, Federico Guillermo I era un verdadero autócrata. No concebía al Estado como algo diferente de su propia persona, y ni la nobleza ni las ciudades de Prusia se le pudieron oponer eficazmente. Tampoco deseaban hacerlo. Pero las instituciones heredadas del pasado, el *Geheimer Rat* y las *Regierungen*, pudieron actuar en cierta medida como frenos a su poder personal. Lo que es aún más importante, no podía hacer caso omiso de las posesiones que continuaban existiendo en algunas partes de sus dominios, organismos tradicionales seudo-representativos dominados por la nobleza. Bajo su hijo, Federico II (1740-86), los poderes de la monarquía prusiana se limitaron más y se hicieron más "constitucionales". Federico fue el primer soberano de Brandenburgo-Prusia que comprendió que el Estado existía independientemente de su soberano, y que sus intereses no necesariamente coincidían con los suyos. La última década de su reinado presenció un continuo movimiento hacia la consolidación del principio de derechos en Prusia, hacia el otorgamiento de mayor independencia a los más altos órganos judiciales y hacia el permiso de actuar como enlace y amortiguadores entre el soberano y sus súbditos. Este movimiento, que debió algo a las ideas de Montesquieu (véanse las pp. 170-72), culminó con la compilación del gran código legal, el *Preussisches Landrecht* de 1791.

En Francia, la monarquía era teóricamente más poderosa que en Prusia; en la práctica, era mucho más débil, y su debilidad aumentó con el avance del siglo. Existían pocos límites teóricos a los

poderes de los reyes de Francia. Solamente ellos poseían autoridad legislativa suprema. El ejército y la marina debían obediencia y lealtad a ellos y no a una abstracción tal como el Estado francés. Podían desconocer las decisiones de cualquier tribunal de derecho. Ningún cuerpo elegido o representativo podía dictar su política u oponerse a su elección de ministros. Pero su autoridad efectiva era mucho menor de lo que la teoría indicaba. Un país tan grande, populoso y variado como Francia ya no podía ser gobernado según la visión de la teoría tradicional más que por un hombre de energía y determinación excepcionales. Para tal hombre todavía era posible un gobierno personal, como lo habría de demostrar Napoleón I. Pero Luis XV y Luis XVI estaban muy lejos de ser Napoleones. Débiles, tímidos, y con un contacto cada vez menor con la vida y sentimiento de sus súbditos, ninguno de ellos tenía la voluntad ni la capacidad de desempeñar eficazmente su papel tradicional. "El rey –escribía el emperador José II después de una visita a París en 1777– es absoluto sólo en su poder de pasar de una esclavitud a otra. Puede cambiar sus ministros, pero a menos que sea un genio excepcional, nunca podrá ser dueño de la dirección de los asuntos." La maquinaria administrativa de la Francia del siglo XVIII era, en muchos aspectos, altamente eficiente de acuerdo con las normas de ese periodo. Pero su eficiencia era obra de ministros capaces en París y de funcionarios enérgicos y con espíritu público en las provincias. Los monarcas del periodo no hicieron ninguna contribución. Aún más, incluso soberanos capaces hubieran encontrado difícil afirmar efectivamente su autoridad. Ello se debía a que la sociedad francesa era una aglomeración de cuerpos

privilegiados cuyo poder se había incrementado por la minoría que siguió a la muerte de Luis XIV. Las posesiones provinciales eran ahora una fuerza verdadera solamente en dos provincias, el Delfinado y Bretaña. En otras partes habían dejado de existir desde hacía mucho tiempo, o habían sido reducidas a la impotencia. La Iglesia, en cambio, todavía seguía teniendo grandes privilegios, sobre todo en asuntos de tributación, lo cual impedía el mejoramiento administrativo y una eficaz concentración del poder en las manos del soberano. Las ciudades privilegiadas, los gremios, aun las universidades y toda la compleja y absurda estructura de la sociedad tradicional ponían límites al poder del gobierno, límites que sólo pudieron ser franqueados mediante la fuerza de la revolución popular. Lo más importante de todo fue que los *parlaments*, docena de principales corporaciones legales hereditarias que funcionaban como cortes de apelación y que también poseían gran importancia administrativa, se hicieron cada vez más obstruccionistas en su actitud hacia el gobierno central conforme avanzaba el siglo. Ya en 1720 el *Parlement* de París, por mucho el más poderoso de todos, había sido desterrado por un tiempo de la capital, a causa de su oposición a esenciales leyes financieras. En 1749-51, en una lucha que acaso haya decidido la suerte del *ancien régime* en Francia, los *parlements*, respaldados por la Iglesia y gran parte de la nobleza, resistieron con éxito una serie de esfuerzos por introducir nuevas y muy necesarias contribuciones. Cuando el Canciller Maupeou desterró de nuevo al *Parlement* de París en 1771 y suprimió los puestos que ocupaban sus miembros, pareció como si la monarquía aún pudiese sacudirse esta

peligrosa carga. Pero en 1774 la subida al trono de Luis XVI trajo consigo la caída de Maupeou y la restauración del *statu quo*. De allí en adelante, hasta la crisis que precipitó la revolución, los *parlements* representaron los aspectos más conservadores de la vida política y social de Francia. Aún más, desde la década de 1760 tendieron cada vez más a trabajar de concierto. Con frecuencia creciente, cada uno decía ser parte componente de una sola gran institución que constituía el único bastión verdadero contra un irrefrenado despotismo real y, en cierto sentido cuando menos, representar los intereses del pueblo francés contra los de su soberano. Dichas pretensiones eran ridículas. Los *parlements* representaban no la libertad, sino los privilegios tradicionales y de clases, de una índole cada vez más difícil de justificar. Sin embargo, a pesar de toda su falsedad, estas pretensiones mostraron algún eco en la opinión pública francesa.

Por consiguiente, en Francia, la más grande de todas las monarquías europeas, se estaba luchando en vano contra la oposición interna. A causa de la debilidad de Luis XV y Luis XVI, estaba tomando cada vez más la línea de menor resistencia y rindiéndose a sus oponentes. En España y, sobre todo, en los dominios de los Habsburgo, los soberanos se enfrentaban a una oposición más poderosa y más firmemente arraigada. En ambos, los monarcas luchaban para unificar más efectivamente sus territorios, para centralizar y mejorar la maquinaria gubernamental, para recaudar más contribuciones y para abatir los privilegios de clase y regionales que impedían el progreso político. En España, aprovechándose Felipe V de la hostilidad de los catalanes durante

la Guerra de Sucesión española, anuló en 1714 los anteriores grandes privilegios de Cataluña. Esto se ha considerado a veces como el punto que marca el principio de la historia española moderna. Simultáneamente dejaron de reunirse las Cortes (parlamento) de Aragón; y aunque las de Castillas y Navarra siguieron en existencia, ya casi no contaban para nada. España todavía estaba lejos de encontrarse completamente unificada, fuese políticamente o de otra manera. En particular, las provincias vascas del norte siguieron teniendo una posición altamente privilegiada, sobre todo respecto a las contribuciones. Pero ahora más que nunca se encontraba efectivamente unida y sujeta a sus soberanos. El nuevo estado de cosas quedó simbolizado en la reorganización del sistema administrativo (véase p. 13) en los primeros años del siglo. Cierto es que Felipe V, cuando menos después de los primeros años de su reinado, verdaderamente hizo un papel muy pobre; pero Carlos III (1759-88), quien continuó e intensificó los impulsos de reforma de las primeras décadas del siglo con todas sus limitaciones, fue el mejor y más efectivo rey que hubiese tenido España en doscientos años.

Los soberanos del Imperio de los Habsburgo se enfrentaban a dificultades mucho mayores que aquellas que tenían que resolver los reyes de Francia o España. Sus territorios, dispersos en la mayor parte de la Europa central con sus posesiones más distantes en Milán, en los Países Bajos meridionales y (hasta 1735) en Nápoles, eran imposibles de gobernar efectivamente en las condiciones del siglo XVIII (véanse pp. 20-24). No formaban una unidad en ningún sentido, ni lingüístico, ni económico, ni histórico, ni administrativo.

Era imposible transformarlos en un Estado centralizado. Sin embargo, la segunda mitad del siglo XVIII presenció una sorprendente serie de intentos de modernizar y racionalizar su administración. En la primera década del reinado de Carlos VI (1711-40), se hicieron considerables, aunque infructuosos esfuerzos para mejorar la caótica estructura financiera que tanto perjudicara a todos los soberanos del Imperio de los Habsburgo durante este periodo. Esto fue seguido por más de dos décadas de estancamiento y aun de decadencia; pero la enconada rivalidad con Prusia, iniciada en 1740 y el golpe de la pérdida de Silesia fueron incentivos muy eficaces para el cambio. Se aumentó y se mejoró el ejército, instruyéndolo y uniformándolo según el modelo prusiano, y proveyéndolo con un rudimentario Estado Mayor. Para pagar estos cambios se tuvo que aumentar el ingreso por las contribuciones; y ello se hizo sobre todo, por medio de una serie de reformas financieras introducidas por el conde Haugwitz en 1748. En muchas provincias se redujo el control de las heredades sobre la tributación, y María Teresa intentó, aunque sin mucho éxito, debilitar el separatismo de Hungría convocando reuniones de su Dieta lo menos posible (se reunió solamente tres veces durante los cuarenta años de su reinado). Algo se hizo por reducir la posición sumamente privilegiada que con respecto a la tributación habían disfrutado hasta entonces la nobleza y la Iglesia católica, en tanto que se establecieron nuevas agencias del gobierno central, *Räprasentationen* y *Kammern*, en cierto número de provincias. En particular, hubo una importante revisión del gobierno local en Bohemia en 1751. El crecimiento de la burocracia que exigieron

todos estos cambios, lentamente creó lo que hasta entonces evidentemente había faltado al Imperio: un importante grupo social con un interés verdadero por el crecimiento de una poderosa monarquía centralizada. Se crearon nuevas instituciones centrales: una cancillería de Estado para Asuntos Extranjeros en 1742, una Cancillería unida para Austria y Bohemia en 1749 y un Consejo de Estado en 1760.

Este lento, penoso y desigual avance hacia una unidad administrativa continuó bajo el reinado del hijo de María Teresa, José II (1780-90). José, ejemplo clásico del "déspota ilustrado", casi único soberano de un gran Estado del siglo XVIII que realmente merece el título, pasó todo su reinado esforzándose con tesón en desarrollar y mejorar sus territorios. Esto le ganó la enconada antipatía de una gran parte de sus súbditos y terminó en un fracaso, cuando menos parcial. Su intento de hacer que el alemán fuese el idioma administrativo de todas sus posesiones de Europa central despertó alarma y hostilidad en Hungría y en algunas otras provincias. Su negativa a ser coronado rey de Hungría en la forma tradicional y el traslado a Viena de la corona de San Esteban, símbolo de la nacionalidad húngara, hicieron aún más para inflamar el sentimiento magiar en su contra. Lo mismo hicieron la extensión de la cronscripción militar a Hungría en 1784 y sus esfuerzos para acabar con la inmunidad que contra la contribución directa habían gozado hasta entonces la nobleza y la iglesia húngaras. En los Países Bajos austriacos, grupo en sí de provincias cada una con sus propias instituciones arcaicas e irracionales, sus bien intencionados esfuerzos dirigidos a la modernización y su

hostilidad a los privilegios clericales, habían producido hacia finales de su reinado una insurrección abierta y el desplome temporal de su autoridad. Casi solo entre los soberanos del siglo XVIII, José sinceramente deseaba cambiar y mejorar la estructura social de los territorios que gobernaba. En particular, continuó e intensificó los esfuerzos hechos por su madre para mejorar la suerte del campesinado en sus dominios, aunque a ello lo movieran consideraciones utilitarias más que humanitarias. Un gran decreto de 1781 abolió la servidumbre personal en todo el Imperio de los Habsburgo (aunque no los servicios laborales –robot– que normalmente debían los campesinos a sus señores). Por medio de otros decretos, limitó el derecho del señor a castigar a sus campesinos y en 1789 introdujo el plan de reforma tributaria más radical que haya sido concebido en cualquiera de los grandes estados durante este periodo.

Sin embargo, este notable reinado terminó en una atmósfera de fracaso y de derrota. Ya en 1785 la creciente hostilidad a su régimen había obligado a José a iniciar una reorganización en gran escala del sistema de policía de sus dominios, y se estableció una censura de prensa a principios de 1790. La guerra con Turquía que se desató en 1788 resultó particularmente odiosa a sus súbditos, en especial a causa de la demanda de reclutas y suministros que imponía sobre el campesinado en algunas partes de la monarquía. La política religiosa de José (véanse las pp. 181-82) levantó una oposición considerable, y la reforma tributaria de 1789, combinada con los sucesos de Francia, estimuló demandas aunque hasta entonces únicamente de una pequeña minoría radical en algunas de

las ciudades de la abolición de todas las formas de feudalismo. Por consiguiente, en los últimos días de su vida, José se vio forzado a retirar algunas de las más impopulares de sus reformas. Su hermano y sucesor, el igualmente notable Leopoldo II, intentó continuar, con más tacto y discreción, muchas de las medidas políticas de su hermano. Pero los temores despertados por la Revolución Francesa determinaron que su muerte en 1792 fuese seguida de un periodo de reacción y de estancamiento en el gobierno de los territorios de los Habsburgo, el cual no finalizó hasta 1848.

El fracaso de Jose II en parte fue resultado de su propio carácter, intolerante, dogmático, precipitado y poco realista. "El hacer las cosas a medias", se había ufanado ante su madre, "no está de acuerdo en absoluto con mis principios". Su energía y sinceridad fallaron a causa de su propio exceso. Pero también fracasó porque la historia y, sobre todo, la estructura social de sus dominios estaban en su contra. Los grupos e instituciones privilegiadas –la Iglesia, la nobleza, las posesiones provinciales– se le oponían, algunas veces violentamente. En el Imperio de los Habsburgo sí existían grupos favorables a un cambio radical, tal como lo habrían de demostrar las repercusiones de la Revolución Francesa allí. En la década de 1790, los artesanos de Viena y de otras ciudades, un grupo de la clase media húngara y pequeños grupos de intelectuales en diferentes partes del Imperio simpatizaban activamente con los sucesos de Francia. José solamente recibió apoyo efectivo de parte de un número relativamente pequeño de funcionarios importantes, hombres que, por su preparación y su interés propio, comprendían

su sueño de unidad administrativa; y este apoyo resultó ser un cimiento muy frágil y estrecho para sus planes.

En la Gran Bretaña, tanto la monarquía como la administración diferían de las de cualquier otro Estado importante. La característica más sobresaliente de la monarquía era la discrepancia, que paulatinamente se hacía más grande conforme avanzaba el siglo, que existía entre sus poderes teóricos y reales. En esto se asemejaba a la de Francia. Pero en tanto que la decadencia de la monarquía francesa significaba un creciente peligro de caos, los soberanos de la Gran Bretaña estaban entregando sus poderes, casi imperceptible y a veces inconscientemente, al Parlamento y sobre todo a la grande y nueva e indefinida institución del gabinete. Por consiguiente, era posible que el debilitamiento de la monarquía fuese acompañado de un mejoramiento positivo de la eficiencia del, gobierno central. No se debe exagerar el grado hasta el cual perdió poder la monarquía en la Gran Bretaña durante este periodo. El gobierno todavía seguía siendo el gobierno del rey; una oposición sistemática y continuada en su contra causaba una impresión de deslealtad. Se hizo virtualmente esencial que los ministros escogidos por el rey pudieran tener ascendiente sobre una mayoría en el Parlamento. Pero la Cámara de los Comunes era elegida por un cuerpo de votantes muy reducido, especialmente los miembros de los distritos que constituían su cuarta parte; y era sumamente improbable que los votantes se opusieran a cualquier gobierno que se supiera que contaba con la aprobación real. Sólo ya entrado el siglo siguiente ocurrió que un gobierno como el anterior fuese derrotado en los comicios. Todavía a finales de este periodo era muy

difícil obligar al gobernante a aceptar una política a la cual se oponía, o ministros que le disgustaran. Aún en 1807 pudo Jorge III derrocar a un ministro por oponerse a la concesión de iguales derechos políticos para los católicos. Bajo Jorge I (1714-27) y Jorge II (1727-60), la política exterior y los asuntos militares se consideraron como esferas del gobierno en las cuales el rey tenía particular derecho a un voto importante; de hecho, decisivo.

Sin embargo, los poderes reales de la monarquía británica ciertamente eran menores a fines que a principios del siglo XVIII. Los hannoverianos habían heredado el trono en virtud de un acta del Parlamento, el acta de Sucesión (Act of Settlemen) de 1701. No podían alegar, y nunca intentaron hacerlo, que gobernaban por Derecho Divino, tal como podían hacerlo, y lo hacían, los reyes de Francia. Las prerrogativas que heredaron en 1714 eran menores, en varios aspectos importantes, que aquéllas de que gozaran los Estuardo en el siglo XVII. Aún más, las grandes guerras sostenidas contra Francia desde finales del siglo XVII fueron caras. Tan sólo el Parlamento, al aceptar las contribuciones requeridas, pudo encontrar las cantidades necesarias de dinero; esto condujo inevitablemente a un crecimiento del interés parlamentario por las relaciones exteriores y a un aumento de la información que sobre ellas se daba al Parlamento. Tanto Jorge I como Jorge II tenían por lo menos igual interés por su electorado alemán de Hannover que por la Gran Bretaña. El primero probablemente nunca entendió realmente la política británica, y el último no tuvo ni la fuerza de carácter, ni la inteligencia necesarias para utilizar al máximo sus todavía muy reales poderes. El resultado fue que Jorge III se

encontró, al ascender al trono en 1760, con que el equilibrio de poder entre el rey y sus ministros era menos favorable que nunca a la monarquía. Este cambio no fue acompañado de un cambio correspondiente en la teoría constitucional; por consiguiente, el nuevo rey intentó afirmar en la práctica poderes, especialmente con respecto a su selección de ministros y a su dominio de la política, que indudablemente eran suyos por tradición. Este intento se complicó por la inestabilidad de la política británica en la década de 1760, y terminó cuando, a partir de 1775, el gobierno de lord North (1770-1782) no pudo ya mantener sometidas a las colonias norteamericanas. En 1783, el rey, durante un breve periodo, llegó a tener que aceptar un gabinete en el cual desempeñaba un papel principal Charles James Fox, el líder *Whig* a quien más temor y aversión tenía. Aún más, la ley de la "Reforma Económica" de 1782 fue un esfuerzo deliberado del Parlamento para reducir la influencia que aún pudiera ejercer la monarquía sobre algunos miembros, y aun sobre las elecciones en un número limitado de distritos electorales. Además, para fines de la década de 1770, el activo descontento popular contra el sistema político existente estaba cobrando fuerza, sobre todo en el propio Londres y en el gran condado de Yorkshire. Las Asociaciones de los Condados, formadas en 1779-80, exigieron una ampliación del sufragio parlamentario y una redistribución de los asientos; y, aunque sus actividades no estaban dirigidas contra la monarquía como tal, era probable que un parlamento más representativo probara ser el mayor de todos los obstáculos en contra de cualquier futura concentración del poder efectivo en manos del rey. De hecho, el movimiento tuvo un rápido

fin en el verano de 1780; y a pesar de que la demanda de una reforma parlamentaria subsistió durante una década, cualquier probabilidad de éxito que tuviera fue desarraigada durante una generación por la Revolución Francesa y sus repercusiones en Inglaterra.

Sin embargo, para la década de 1780, la monarquía en la Gran Bretaña estaba condenada a terminar siendo un mero apéndice decorativo de la vida política del país. Todavía no estaba claro quién habría de heredar sus poderes. El gabinete, que incluía a quienes ocupaban las principales secretarías de Estado y las cabezas de todos los grandes departamentos del gobierno, indudablemente había surgido como una inconfundible institución alrededor de 1740; probablemente, mucho antes. Pero no tenía ninguna condición legal, y durante mucho tiempo padeció una falta completa de unidad. Sus miembros estaban divididos por rivalidades personales y por sinceras diferencias políticas. Sobre todo, los gabinetes estaban divididos porque no existían partidos políticos en el sentido moderno de la palabra y, por consiguiente, los ministros sólo representaban a pequeños grupos de miembros del Parlamento, a menudo en competencia, generalmente unidos por lazos de ocupación y relaciones familiares. En particular, la idea de que un primer ministro ocupara una posición claramente superior a la de sus colegas encontraba amplia resistencia y descontento. Sólo cuando la larga gestión de Guillermo Pitt el joven (1783-1801) empezó a afirmarse efectivamente el principio de la unidad del gabinete y adquirió el país un verdadero primer ministro. Por otra parte, el hecho de que los partidos políticos efectivamente

organizados todavía fueran cosa de un futuro lejano ayudó a que el rey gozara hasta fines del siglo de una libertad muy considerable en la elección de sus ministros, en caso necesario, enfrentando una facción parlamentaria a la otra.

Por consiguiente, la monarquía británica fue única durante este periodo en cuanto sólo podía trabajar conjuntamente con el único cuerpo representativo realmente poderoso y respetado que pudiera encontrarse en cualquier Estado europeo. No tenía ninguna aureola de divinidad; solamente dominaba a una pequeña burocracia y un ejército débil y desacreditado. Sin embargo, al igual que la monarquía en casi todos los otros lugares de Europa, era una institución tanto necesaria como popular. Sus poderes verdaderos se estaban evaporando lentamente. Pero éste fue un proceso muy gradual, y las instituciones y fuerzas que habrían de heredarlos se. desarrollaron lentamente.

Es la opinión común que a fines del siglo XVIII, especialmente en la generación de 1760 a 1790, muchas de las monarquías de Europa empezaron a mostrar nuevas características. Los soberanos o ministros de un Estado tras otro (Catalina II en Rusia, Federico II en Prusia, Gustavo III en Suecia, Carlos III en España, Struensee en Dinamarca, Tanucci en Nápoles) empezaron a recibir la influencia, o a decir que la recibían, de las ideas que los economistas y filósofos políticos, especialmente en Francia, habían estado divulgando durante varias décadas. Este "despotismo ilustrado" de muchas maneras constituye un tema de estudio poco satisfactorio. Salvo en unos cuantos casos –especialmente el del archiduque Leopoldo en Toscana (1765-90), y el de su más conocido hermano José en los

dominios de los Habsburgo– siempre era en gran parte superficial y falso. Generalmente la política de los déspotas ilustrados, por muy calurosa acogida que parecieron dar a las nuevas teorías de gobierno y administración, seguían en cierta medida los canales tradicionales.

Todos intentaron mejorar la administración de sus estados, especialmente en lo relativo a las contribuciones, y a unificar más efectivamente sus territorios. Muchos de ellos intentaron o por lo menos planearon hacer reformas judiciales, sobre todo mediante la redacción de elaborados códigos legales. El código de procedimientos civiles y el código penal promulgados por José II en 1781 y 1787, y sobre todo el gran código prusiano de 1791, resultado de muchos años de labor durante el reinado de Federico II, son ejemplos notables. Con pocas excepciones, los déspotas ilustrados esperaban alcanzar sus fines aumentando su propia autoridad y el poder del gobierno central en sus estados. Pero con la parcial excepción del deseo de una reforma legal, ninguna de estas ambiciones era nueva. Todas se habían observado en diferentes aspectos de las actividades de los "Nuevos Monarcas" del siglo XVI y en las de Luis XVI y sus contemporáneos; y habrían de observarse una vez más, con mayor intensidad y efecto, en las de Napoleón I. Cierto es que algunos elementos novedosos pueden apreciarse en la actitud de varios soberanos y gobiernos de fines del siglo XVIII. En particular, el creciente humanitarismo, al cual tanto habían contribuido los pensamientos y escritos "ilustrados", ahora estaba inspirando ciertos esfuerzos por abolir la tortura en los procesos judiciales y prestar mayor consideración que en el pasado a los

intereses de grupos tales como los huérfanos y los soldados viejos. Pero existían pocos soberanos cuya política, en la práctica, no fuera más que el desarrollo de ambiciones acariciadas por sus antecesores. Así, por ejemplo, Federico II hizo muy pocas verdaderas alteraciones al sistema administrativo que le legara su padre; también heredó la mayoría de sus ambiciones territoriales, especialmente en Polonia. La mayoría de los cambios intentados o planeados en Rusia por Catalina II –la secularización de las tierras de la Iglesia en 1764, la reforma del gobierno local en 1775, y la codificación de la ley, intentada particularmente por medio de la infructuosa Comisión Legislativa de 1767– habían sido sugeridos durante el reinado de sus antecesores. Lo que distinguió a Federico y Catalina de Federico Guillermo I y Pedro el Grande no fue su política tanto como su explícita justificación de ella (especialmente en el caso de Catalina) en términos de un pensamiento contemporáneo avanzado. Fue este recurrir a normas intelectuales y morales antes que a las de mera conveniencia lo que hizo parecer que estos soberanos estaban haciendo algo nuevo. Y este recurso era esencialmente espurio. Ningún soberano de un Estado importante podía permitir que la teoría dictara su política, por muy atractiva que pudiera ser. La historia, la posición geográfica y los recursos del Estado que gobernaba, el poderío o la debilidad de sus vecinos y muchos otros factores ponían límites a lo que razonablemente pudiera intentar, fuese en relaciones interiores o exteriores. José II pasó su reinado en una continua serie de esfuerzos por mejorar la administración de sus territorios y la condición de sus súbditos. Más que cualquier otro soberano importante del periodo, estaba

verdaderamente inspirado por las teorías de gobierno entonces en boga en la Europa ilustrada. Sin embargo, su desprecio por las realidades en sus relaciones con los húngaros, con los habitantes de sus provincias de los Países Bajos y con la Iglesia católica, y el fracaso casi derrumbe al cual había conducido este desprecio a finales de su reinado, fueron la prueba suprema de que, como siempre, existía un "orden de progreso posible" en la política, como en todos los otros aspectos de la vida en el siglo XVIII, y que no se podía alterar este orden sino en muy poca medida.

En los estados pequeños, con menores ambiciones internacionales y generalmente con una población más homogénea, la situación era más fácil. En ellos a veces era posible que un soberano enérgico introdujera cambios que hubieran sido extremadamente difíciles o peligrosos en estados más importantes. Fue así como el *impôt unique*, impuesto único sobre la tierra que remplazaría a todos los demás, insistentemente preconizado por los fisiócratas, que constituía la reforma fiscal más radical sugerida durante el siglo, solamente se adoptó en el pequeño Estado alemán de Baden. Fue en un pequeño Estado, el Gran Ducado de Toscana, donde Leopoldo, hermano menor de José II, intentó el más notable proceso de cambio desde arriba que se haya visto en la Europa del siglo XVIII. Ayudado por dos ministros reformadores, Gianni y Tavanti, liberó en 1766-75 a la agricultura y al comercio de granos de las antiquísimas restricciones legales que impedían su desarrollo. Un nuevo código de derecho penal que promulgó en 1786 fue admirado en toda Europa. A diferencia de todos los otros soberanos de su tiempo, hizo un verdadero esfuerzo por asociar a

sus súbditos con su gobierno y dejar que por lo menos unos cuantos tuvieran participación en él. Se sabe que sobre él influyeron las ideas y prácticas políticas de las colonias norteamericanas de la Gran Bretaña, y en una visita que hizo a Viena en 1778-9 calificó severamente las ideas de su hermano de "despóticas y confusas". En una Carta constitucional de 1782, la cual nunca se aplicó efectivamente, tuvo la idea del establecimiento en Toscana de una Asamblea Central, elegida indirectamente, con poderes sorprendentemente amplios. El que un soberano entregara voluntariamente la autoridad de esta manera a un cuerpo representativo era un hecho sin paralelo, al igual que los esfuerzos de Leopoldo por hacer de Toscana un Estado perpetuamente neutral en los asuntos europeos, desarmado y protegido por medio de una garantía internacional en alguna forma similar a la de Suiza en el siglo XIX.

Pero la Ilustración solo se podía llevar a tales extremos en un Estado pequeño, y el mismo Leopoldo admitió que sus planes de reforma pudieron realizarse debido a la pequeñez de Toscana. Las ideas de la Ilustración no hubieran tenido más que un efecto marginal en la política de cualquier Estado grande. Aún más, la presencia de soberanos o ministros reformadores era posible aun donde las influencias intelectuales progresistas eran muy ligeras. No necesariamente había relación entre las ideas ilustradas y el progreso político. Así por ejemplo, parece ser que el marqués de Pombal, que dominó el gobierno de Portugal casi durante tres décadas (1750-77), no le debió nada, o casi nada, a los teorizantes de la política del periodo. Ciertamente no había en la Europa

occidental una sociedad que fuera más reacia que la de Portugal a las ideas nuevas. Sin embargo, los enérgicos y frecuentemente brutales esfuerzos de Pombal para quebrantar el poder de la nobleza y de la Iglesia, y en gran parte infructuosos intentos por mejorar la vida económica de Portugal, estaban dentro de la corriente de la práctica "ilustrada". España bajo Carlos III presenta, en una forma menos extrema, el mismo fenómeno de los impulsos de reforma considerablemente divorciados de una relación directa con el pensamiento ilustrado, y aplicados en una sociedad sumamente conservadora y tradicional. Aun en el Imperio Otomano, todavía casi inmune a las influencias intelectuales de Europa, se puede observar en el último cuarto del siglo un reconocimiento lentamente creciente, inspirado por la derrota a manos de Rusia, de la necesidad de mejorar las fuerzas armadas y probablemente otros aspectos de la vida del imperio según los lineamientos de la Europa occidental.

Ningún régimen, fuese monárquico o no, podía ser más eficiente que el sistema administrativo sobre el cual descansaba. En la práctica todos estaban limitados por los muchos defectos de la burocracia del siglo XVIII. Casi todos los estados –ciertamente todos los grandes– sufrían de una escasez de oficiales bien preparados. Aún más, en varios estados se vendían en grandes números los puestos gubernamentales, aunque generalmente no los más importantes, con el fin de aumentar las rentas públicas. Puesto que por lo anterior frecuentemente se convertían, hasta cierto punto, en propiedad particular de quienes los ocupaban, tendían a evadir el dominio del soberano y de sus ministros y a ser ocupados

por personas que aparte del dinero tenían muy pocas recomendaciones. La venta de puestos públicos es un tema que todavía espera la investigación en escala europea; y es claro que a este respecto existieron grandes divergencias entre diferentes partes del Continente. Esta práctica estaba muy generalizada en Francia, donde la estrechez financiera de las últimas décadas del reinado de Luis XIV le había dado mayor impulso que nunca, y se conocía aun en Prusia, siempre preocupada por la eficiencia. En cambio, nunca echó raíces en Rusia; y en algunos estados, especialmente Venecia, le era difícil al gobierno encontrar compradores aun cuando deseaba vender puestos oficiales. Sin embargo, durante toda la segunda mitad del siglo, dichas ventas se consideraron cada vez más como un abuso que debía evitarse. En Francia, por ejemplo, los puestos venales en las ciudades se abolieron mediante un importante edicto de 1764.

Los sistemas administrativos de la Europa pre-revolucionaria también se debilitaron como consecuencia de una dependencia, por lo menos de las clases inferiores, en honorarios antes que en salarios fijos. Para el hombre común, especialmente si se veía involucrado en un proceso legal de cualquier clase, frecuentemente era éste uno de los aspectos más opresivos de la administración bajo la cual vivía. Un funcionario que pudiese haber comprado su puesto, en gran parte como una especulación comercial, frecuentemente sucumbía a la tentación de cobrar honorarios excesivos por los servicios que prestaba, o a complicar y a hacer tan lentos como fuese posible los procedimientos oficiales a fin de obtener el máximo en pagos de esta naturaleza, o a complementar los honorarios con sobornos, puesto

que imperceptiblemente los unos se mezclaban con los otros. Aún más, puesto que la sociedad en general era conservadora y atrasada, también lo era la burocracia, salvo en los altos niveles. Los sistemas legales en particular eran reacios a todo cambio. Así por ejemplo, aunque el uso de la tortura con propósitos judiciales –la más repulsiva de todas las herencias del pasado en asuntos legales– fue atacado durante todo el siglo, tardó mucho en desaparecer. Desde alrededor de 1690 se dejó de usar en la Gran Bretaña y virtualmente se abolió en Prusia en 1740. Pero sólo en 1780-88 se abandonó en Francia, y subsistió hasta 1798 en la República Holandesa, hasta 1801 en Rusia, y hasta 1812 en España.

Sin embargo, lo que debilitó sobre todo a las administraciones del siglo XVIII fue su falta de una organización unificada y racional. En el más alto nivel esto se observaba en el hecho de que los ministerios especializados todavía se encontraban en proceso de evolución. Así por ejemplo, en la Gran Bretaña, hasta 1782, las dos secretarías de Estado (para los Departamentos del norte y del sur) continuaron siendo responsables no solamente del manejo de los asuntos extranjeros, sino también de una amplia e indefinida gama de asuntos domésticos. En Francia, el Ministro de asuntos extranjeros, además de sus funciones propias, controlaba, al igual que otros ministros, la administración de un grupo de provincias. De igual manera, en la primera parte del siglo, el Supremo Consejo de Guerra (Hofkriegsrat), existente en los territorios de los Habsburgo, ejercía funciones de mera administración civil, e incluso judiciales, así como militares y estratégicas. En un nivel inferior era visible esta falta de sistema en el hecho de que muchas

labores, que en un Estado moderno hubieran sido ejecutadas por funcionarios o por cuerpos oficiales, seguían siendo responsabilidad de particulares. El ejemplo sobresaliente de esto es la supervivencia, en grandes áreas, de tribunales señoriales dominados por terratenientes nobles, los cuales constituían una de las expresiones más importantes de sus derechos feudales sobre sus arrendatarios. En Francia, donde todavía existían muchísimos tribunales de esta naturaleza, se estimaba que los jueces de tiempo completo y parcial empleados en ellos antes de la Revolución ascendían de 70 000 a 80 000. En Bretaña, una de las provincias más atrasadas, las nueve décimas partes de todos los asuntos legales se ventilaban en estos tribunales señoriales, escapando por completo del sistema judicial real. También en Rusia y en Prusia, gran parte de la administración local tenía que ser delegada por el gobierno a la clase de los propietarios de tierras; y en una forma diferente sucedía lo mismo en Inglaterra, donde los jueces de paz, no pagados ni profesionales, entre los que predominaban los nobles y clérigos de la Iglesia de Inglaterra, desempeñaban no solamente funciones judiciales, sino una amplia variedad de funciones administrativas. De hecho, los tribunales señoriales en Francia, no obstante todos los gastos, complejidad e incontables apelaciones que implicaban, eran superiores a los tribunales locales de Rusia, Prusia, o aun de la Gran Bretaña, pues su personal estaba integrado casi completamente por abogados profesionales y no individuos escogidos meramente por su posición social. En unas cuantas regiones, aun un servicio público tan esencial como el sistema postal siguió todavía en manos de contratistas privados hasta bien entrado

el siglo XVIII. Así por ejemplo, en el Piamonte, donde por largo tiempo había sido monopolizado por la familia Gonteri, no quedó bajo control gubernamental completo sino en 1720; y en gran parte del Sacro Imperio Romano los correos seguían siendo dirigidos, como lo habían sido desde el siglo XVI, por las familias de los Thurn y los Taxis, y en los territorios de los Habsburgo por la familia Paar.

Sobre todo, una administración eficiente se vio impedida por la existencia en gran parte de Europa de una estructura de privilegios locales, regionales, y de clases inmensamente compleja, particularmente en lo referente a contribuciones. La variación entre una y otra provincia del mismo Estado podía ser inmensa, y así por ejemplo en Francia, una zona sujeta a la *gabelle* (gabela) (de hecho, un impuesto sobre el consumo de la sal) aplicada en su tasa más alta podía pagar casi treinta veces más por este artículo esencial para la vida que una cuya tasa impositiva fuera menor. Casi en toda la Europa católica las iglesias pagaban menos, y a veces mucho menos, de su parte de las contribuciones. En muchos estados se favorecía a la nobleza, y frecuentemente, como en Polonia y Hungría, de una manera afrentosa; la buena disposición de los terratenientes ingleses que controlaban el Parlamento para imponerse ellos mismos contribuciones bastante razonables, fue uno de los cimientos del poderío británico durante este periodo. Las ciudades frecuentemente se veían favorecidas a expensas de la provincia: este hecho también fue muy marcado en Francia, en donde los privilegios municipales eran casi tan insostenibles como los de la Iglesia o la nobleza. Una sociedad tan injusta e irracional no podía producir un sistema racional de tributación en caso de abandonarse

a sí misma. Sin embargo, era imposible un verdadero gobierno moderno sin contar con un mínimo de racionalidad a este respecto; y en tanto no se empezó a sentir la influencia de la Revolución Francesa, la sociedad de la mayor parte de Europa fue abandonada a sí misma y a su propio y muy lento ritmo de desarrollo. De la misma manera una sociedad en la que (como en la mayoría de los estados europeos), un noble, un mercader, un aldeano y un cura tenían cada uno una personalidad legal diferente, con diferentes derechos y obligaciones, no podía desarrollar un sistema legal moderno. Ni tampoco podía una sociedad en la cual todavía eran tan importantes los privilegios gremiales y de otras corporaciones producir fácilmente industrias eficientes. Con algunas excepciones, sobre todo en Francia, los grandes soberanos y gobiernos de Europa durante el siglo XVIII lograron a este respecto tanto como lo que razonablemente se les podía exigir. Casi ninguno logró romper los lazos que le imponían las circunstancias. Esto solamente se podía lograr por medio de una revolución: ya fuese por la revolución desde arriba, la cual llevó a cabo parcialmente Pedro el Grande en Rusia y la cual intentó infructuosamente José II en las tierras de los Habsburgo, o la revolución más fundamental, dinámica, y de fuerza propia, desde abajo, que habría de ver Francia desde 1789 en adelante.

# 5. VIDA INTELECTUAL Y ARTÍSTICA

Es SOBRE todo en el flujo de ideas y en el crecimiento de la vida intelectual, donde se puede observar un rápido desarrollo en la Europa del siglo XVIII. Fue solamente en el mundo intelectual donde se presentó un cambio relativamente rápido y una rápida adaptación a los nuevos conocimientos y circunstancias. Y este cambio intelectual, así como los más lentos que se operaron en la vida económica y social, se aceleraron a partir de la década de 1750.

El elemento de crecimiento más obvio en la vida intelectual del siglo XVIII lo constituyeron las ciencias físicas y las ideas y suposiciones relacionadas con ellas. Durante este periodo no produjo Europa ningún científico de la talla de Newton o de Galileo. Más que hacer nuevos descubrimientos fundamentales de naturaleza transcendental, explotó e incrementó el acervo de ideas y conocimientos científicos que le había sido legado por los gigantes del siglo anterior, refinando, elaborando y dando a conocer sus ideas. Ahora por vez primera se empezaba a divulgar entre las clases educadas de Europa algún conocimiento de sus descubrimientos y de lo que implicaban. El interés popular por las ciencias físicas crecía rápidamente. Se ha calculado que en el periodo de 1750-89 se fundaron poco menos de 900 publicaciones periódicas científicas (por supuesto, la vida de muchas de ellas fue efímera) contra solamente unas 35 en el periodo de 1665-99. Aún más, las publicaciones periódicas esencialmente literarias con frecuencia imprimían artículos de interés científico o tecnológico, señal de que apenas estaba empezando a surgir una clase de verdaderos

especialistas en las ciencias y de que un interés en ellas todavía se podía considerar como parte del acervo intelectual del hombre educado común. Ya en 1693, el gran filósofo inglés John Locke había dicho que un caballero debería "adentrarse" en la filosofía natural "a fin de estar preparado para la conversación". Incluso hubo intentos de usar métodos científicos y cuantitativos para resolver problemas sociales; así por ejemplo, el escritor italiano Tomasso Ceva, en su *De Re nummaria* (1711), intentó por primera vez tratar matemáticamente los problemas monetarios, y un grupo de sabios, aplicando los mismos métodos a los problemas del promedio vital, fundó la ciencia de la demografía. Para mediados del siglo estaba de moda en toda Europa el hacer experimentos científicos y el asistir a los cursos de conferencias públicas sobre ciencia elemental, que se estaban haciendo tan comunes. El éxito de los trabajos científicos populares, tales como el *Spectacle de la nature* (1732), del Abate Pluche, y la *History and Present State of Electricity* (1767), de Joseph Priestley, fue otra prueba de este creciente interés. Por supuesto que fue esencialmente un interés de *dilettante* y de poca profundidad; ya algunas ramas de la ciencia se estaban volviendo demasiado complejas, y sobre todo demasiado matemáticas en su lenguaje para ser fácilmente comprendidas por el lego. Pero era un nuevo y sorprendente fenómeno, del cual se había visto pocas señales durante el siglo XVIII.

La actividad científica del siglo XVIII tenía serias limitaciones. En física, astronomía y matemáticas, que contaban para su desarrollo con las vastas realizaciones de generaciones anteriores, se logró mucho. Una línea de grandes sabios, en su

mayoría franceses –Maupertuis, d'Alembert, Lagrange, Laplace– desarrollaron y aplicaron las ideas de Newton y aseguraron su final aceptación en toda Europa. La bella simetría y la esencial sencillez de la física newtoniana tuvieron importantes resultados indirectos. Produjeron incluso en aquéllos incapaces de seguir sus refinamientos o su expresión matemática, una nueva confianza en la capacidad del hombre para entender y dominar su propio medio ambiente, y una nueva fe en el poder de la razón para penetrar en los misterios del universo. También fomentaron una marcada preferencia por el razonamiento deductivo, a partir de principios originales relativamente sencillos, como el medio más efectivo de atacar cualquier problema, conforme avanzaba el siglo. Esta actitud tendía a influir cada vez más sobre el pensamiento de los educados en cuestiones sociales, políticas y religiosas. Sin embargo, en otras ramas de la ciencia, el progreso era muy lento y más difícil. La química, impedida por una sorprendente lentitud para adoptar métodos cuantitativos estrictos, no hizo ningún avance fundamental sino hasta las décadas de 1780 y 1790, en que Priestley y Lavoisier presentaron sus obras sobre la respiración, lo cual condujo al descubrimiento del oxígeno y al primer entendimiento real del proceso de la combustión. Sólo cuando Lavoisier y Guyton de Morveau publicaron su *Méthode de nomenclature chimique* en 1787, empezaron los químicos a tener siquiera la herramienta fundamental, consistente en un sistema de terminología racional y de aceptación general. El atraso en el desarrollo de las ciencias biológicas era todavía más sorprendente. Presentaban mucha mayor resistencia que la física o la astronomía al uso de los métodos

matemáticos. En ellas era mucho más difícil hacer descubrimientos trascendentales y establecer principios de unificación. Elaborados sistemas de clasificación para las plantas fueron ideados por el francés Tournefort a principios del siglo, y posteriormente por el sueco Linné, en tanto que el gran sabio francés Buffon intentaba hacer lo mismo para los animales; pero el efecto intelectual de todo esto era mucho menor que el de la obra de Newton. El gran prestigio de las ciencias basadas en las matemáticas trajo consigo una tendencia a hacer de lado a la biología, a la zoología, e incluso a la botánica como no aptas para la clase de tratamiento cuantitativo que había producido resultados tan maravillosos en la física, la astronomía o la dinámica. Es significativo que uno de los pocos científicos del periodo en desconfiar abiertamente del tratamiento matemático de los problemas científicos, entonces en boga, haya sido Buffon, un zoólogo.

Aún más, la ciencia del siglo XVIII se vio debilitada, y su alcance restringido, por el hecho de que en gran parte estaba divorciada de la tecnología y de la vida cotidiana. En medicina, hoy en día la más importante de las ciencias aplicadas, esta separación ciertamente era muy notable. El descubrimiento hecho por Harvey de la circulación de la sangre, publicado ya en 1628, había refutado por completo todas las suposiciones en que estaba basada la muy difundida práctica de las sangrías como cura para las enfermedades. No obstante, la sangría siguió siendo una técnica médica básica durante todo el siglo XVIII, y todavía era muy usada en 1850. Por otro lado, la vacuna contra la viruela, la cual se estaba generalizando en las últimas décadas del siglo, mucho antes de ser descrita en 1798

por Edward Lenner, pasó por encima de todas las teorías médicas aceptadas; sólo en la segunda mitad del siglo siguiente se entendieron sus trabajos. Esta brecha entre la teoría científica y la práctica profesional o tecnológica se observa repetidamente en la historia del periodo, especialmente en el hecho de que pocos de los grandes inventos en que estaba basada en gran parte la Revolución Industrial en la Gran Bretaña debían algo a las ciencias, y que muchos de ellos eran obra de gente de poca escuela. (La excepción importante es la máquina de vapor, cuyo desarrollo fue influido considerablemente por el del conocimiento científico, y el cual se efectuó en una atmósfera científica.)

La influencia de las ciencias físicas sobre las ideas políticas fue considerable, aunque indirecta. Muchos escritores, especialmente durante la segunda mitad del siglo, solían suponer demasiado fácilmente que el mundo político y social se podía entender de la misma manera y por los mismos procesos que el físico. Ya se sabía, o se pensaba que se sabía, que el movimiento de la materia en el espacio estaba regido por reglas generales relativamente simples. Se daba por sentado muy fácilmente que reglas similares deberían regir el comportamiento humano. Su conocimiento daría al hombre el poder para controlar la sociedad en la cual vivía, para reconstruirla de acuerdo a un plan más racional y para hacerla más justa y eficiente. Se aseguraría así para sí mismo la felicidad que en los círculos "ilustrados" se consideraba cada vez más como un derecho y no como una anormalidad afortunada y transitoria en un mundo incomprensible y generalmente doloroso. Esta corriente de pensamiento se puede observar más claramente, aunque en

diferentes formas, en Francia durante las décadas centrales y finales del siglo en las obras de escritores como d'Alembert, Helvétius y d'Holbah. Sirvió de base para muchos de los artículos, aunque no para todos, de la famosa *Encyclopédie raisonnée des sciences et des arts*, inspirada por Denis Diderot, la cual se empezó a publicar en 1751. Era profundamente optimista, no tanto acerca de la naturaleza humana como de lo que se podía hacer para y por los imperfectos seres humanos por medio de la marcha de la razón, expresada en el progreso de la ciencia y en la reconstrucción racional de la sociedad.

Las debilidades de esta actitud son fáciles de ver en perspectiva dos siglos después. Estaba generalizada y era intelectualmente absolutista; hacía caso omiso de la medida en que la sociedad y sus necesidades y aptitudes diferían en diferentes partes del mundo y en épocas diferentes. Muchos de los pensadores de la Ilustración –el gran movimiento de ideas liberales y frecuentes iconoclastas que se generalizó por toda Europa en las décadas centrales del siglo–, creían demasiado fácilmente en la existencia de principios fundamentales, válidos para todos los tiempos y lugares e inherentes a todas las sociedades humanas, al igual que lo era la fuerza de la gravedad en la materia. Era una actitud profundamente apartada de la historia. El siglo XVIII produjo grandes historiadores, tales como el inglés Gibbon (1737-94), el italiano Giannone (1676-1748) y el alemán Schlözer (1735-1809), y a un gran filósofo de la historia, el italiano Vico (1668-1744). Pero fue en general una época que no produjo historia, al igual que las otras anteriores al siglo XIX; le faltaba la comprensión imaginativa del pasado, lo cual constituye la marca distintiva del más grande tipo de

historiador. Es raro encontrar durante este periodo algún esfuerzo sistemático para explicar los fenómenos sociales o políticos según su crecimiento a través del tiempo. La Edad Media en particular era considerada con desprecio (excepto una pequeña minoría de sabios, entre ellos el alemán Justus Möser), a pesar de que se hicieron muy pocos esfuerzos para estudiarla seriamente o para descubrir por qué esta "incomprensible aberración de la mente humana", como la llamara Kant, había durado tanto tiempo. Esta falta de sentido histórico privó a gran parte del pensamiento político y social del siglo XVIII de una dimensión importante. En particular, sirve para explicar en gran medida la falta de interés por las instituciones, en contraposición con las ideas generales, que marca gran parte de él. El pensamiento radical en los problemas sociales casi nunca estuvo basado en un examen verdadero de los mecanismos políticos y económicos, tal como pretendió estarlo gran parte del pensamiento del siglo XIX, sino más bien (como en los trabajos de Morellet, Mably, Brissot de Warville, e incluso del mismo Rousseau) en criterios esencialmente inductivos de un orden social ideal. Las ideas socialistas (por ejemplo, la negación de que la propiedad fuera un derecho natural, como lo había afirmado Locke) estaban bastante difundidas antes de 1789, por lo menos en Francia, pero eran vagas y sus bases inseguras. Por último, gran parte del pensamiento del siglo XVIII estaba basado en un criterio muy simplificado y poco imaginativo de la psicología humana derivado en último término del filósofo inglés Locke, y popularizado por sus muchos seguidores, especialmente por Condillac en Francia y por Hartley en Inglatera. Éste insistía en que los sentidos físicos y los

datos adquiridos por medio de ellos eran las únicas fuentes válidas de conocimiento, y en que la clave de la felicidad era la adquisición de conocimiento y el uso de la razón.

La relación del pensamiento social y político de este periodo que se hizo en los párrafos anteriores, por supuesto, es parcial e incompleta. Las más grandes figuras en la vida intelectual del siglo XVIII no fueron arrastradas a aceptar las suposiciones sin prueba y el excesivo optimismo que caracterizó a muchos de sus seguidores. Ni Hume, ni Kant, los dos filósofos más grandes del siglo, compartían la difundida creencia "ilustrada" en los poderes casi ilimitados de la razón humana. Voltaire (1694-1778) fue el más grande y el más incansable de todos los propagandistas de la Ilustración; es significativo que en 1738 haya publicado la obra de popularización más influyente, aunque no la mejor, de las ideas científicas de Newton. Pero no tenía creencias políticas sistemáticas propias, y su interés en la política como tal sólo era muy limitado. Su odio contra la intolerancia y el obscurantismo (por lo menos cuando su origen era religioso) era verdadero y constructivo; pero durante las últimas décadas de su larga vida su criterio acerca de la naturaleza humana y de la posibilidad de un progreso humano indefinido se hizo cada vez más cínico. El pesimismo y el quietismo que fundamentan su obra más conocida, la novela *Candide* (1759), tienen mucho en común con *Rasselas*, de Samuel Johnson, publicada en el mismo año (tal como el mismo Johnson lo señaló), aun cuando la primera fue escrita por un *philosophe* anticlerical y la otra por un conservador profundo. Y el pensamiento sobre problemas sociales y políticos, en su nivel más alto, no siempre

desdeñaba a la historia. Se hicieron algunos esfuerzos serios para explicar los fenómenos sociales y políticos en términos históricos y de desarrollo, especialmente en la *Scienza Nuova* (1726) de Vico (obra que no fue tomada en cuenta por sus contemporáneos) y en *Origines Iuris Civilis* (1713) de su conciudadano Gravina. Con un punto de vista diferente, el alemán J. G. Herder subrayaba, contra el universalismo y cosmopolitismo que dominaban a la Europa ilustrada, la división fundamental de la humanidad en un gran número de diferentes grupos y culturas, cada uno con sus propias ideas y valores.

Sobre todo, los más grandes pensadores políticos del periodo, Montesquieu (1689-1755) y Rousseau (1712-1778), no encajan en el panorama simplificado de la Ilustración que se ha presentado en los párrafos anteriores. De todos los escritores que trataron problemas sociales y políticos de la historia moderna, fue Montesquieu el más fértil en ideas y uno de los de alcance intelectual más amplio; en estos aspectos se puede comparar con el mismo Aristóteles. Su importancia radica sobre todo en su interés y respeto por los hechos. Fue uno de los pocos pensadores políticos realmente grandes de la época que estaban profundamente interesados en los problemas prácticos del gobierno. Fue casi el único de entre ellos en darse cuenta de que el buen gobierno, especialmente en estados grandes y complejos, era difícil de lograr y que no surgiría de la aplicación más o menos mecánica de unos cuantos principios generales desarrollados a priori. Es significativo el hecho de que fue el único gran escritor sobre política del siglo XVIII cuyas obras merecieron la amplia aprobación de los soberanos y sus ministros. Su obra

cumbre, *De l'esprit des lois* (1748), ya era citada como autoridad en el Parlement de París apenas un año después de su publicación; el rey de Cerdeña ordenó a su hijo que lo leyera, y el bibliotecario imperial de los dominios de los Habsburgo fomentó su difusión. No exageraba, como tantos de sus contemporáneos, los poderes de los gobernantes y de los gobiernos, o su capacidad para reformar la soledad desde arriba. Su influencia ayudó, por consiguiente, a contrarrestar el peligro implícito en algunos, aunque ciertamente no en todos los escritos de Voltaire, de que la Ilustración pudiera degenerar políticamente en una mera apología del despotismo ilustrado. Algunas de las ideas de Montesquieu, sobre todo su creencia en el poder del clima para determinar la psicología humana, y por consiguiente el carácter de las instituciones políticas, eran tan mecanicistas como las de cualquiera de sus contemporáneos. Otras eran sumamente esquemáticas y a *priori*, especialmente su suposición de que cada forma de gobierno tenía su propio principio dominante: virtud en una república, honor en una monarquía, miedo en una tiranía. Su uso de ciertos conceptos clave –por ejemplo, Naturaleza y Ley– era tan ambiguo como el de la mayoría de los escritores del periodo. Pero son sus esfuerzos para acomodar gran número de hechos a lo largo de lineamientos generales, los cuales se observan sobre todo en su *De l'esprit des lois* y en menor grado en sus *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence* (1734), los que hacen de él un escritor de la mayor altura. No era un historiador, pero se le puede considerar, cuando menos en un sentido general, como uno de los fundadores de la sociología. Esto por si sólo le da una validez

ante los problemas del presente que ha perdido la mayoría de sus contemporáneos.

Si Montesquieu fue desde muchos puntos de vista el más moderno de los grandes pensadores políticos del siglo, Jean-Jacques Rousseau fue el más dinámico y el más revolucionario en su influencia. Como tantos de aquellos que contribuyeron al desarrollo del pensamiento político del siglo XVIII –Voltaire o Diderot o incluso Montesquieu– Rousseau no escribía únicamente sobre política, ni era éste su tema principal. Su novela *La Nouvelle Héloise* (1761), su *Émile* (1762), uno de los trabajos sobre educación de más visión e influencia que jamás se hallan escrito, su auto-revelación en sus *Confessions* (1782), son desde muchos puntos de vista tan importantes como su *Discours sur l'origine et les fondaments de l'inégalite parmi les hommes* (1754) o su más extensamente leído *Du contrat social* (1762). Más que cualquiera de los otros escritores importantes sobre política, expresó ideas que eran resultado de su propia personalidad tortuosa e infeliz. No era un pensador sistemático. La historia y el trabajo de instituciones existentes no le interesaban. Era sobre todo un visionario; es de esto de donde emanan todas sus flaquezas y su fortaleza. Sus escritos se pueden considerar como una búsqueda continua y frustrada de su autosatisfacción y a través de ello, de la felicidad que siempre lo eludió. Lo que buscaba era una sociedad que fuera más esencial, y sobre todo más igualitaria que las de la Europa civilizada, que no lo expusiera a los desaires y ridículos, verdaderos o figurados, que había tenido que soportar en los salones de París. Buscó dicha sociedad con un fervor que era esencialmente religioso; de hecho,

deslizó subrepticiamente dentro de la política el elemento religioso que cualesquiera de los otros grandes pensadores del siglo buscaba excluir en mayor o menor grado. Él mismo admitía que sus ideas, de ser practicables, sólo lo serían en sociedades pequeñas y en gran manera autosuficientes, como su natal ciudad-Estado de Ginebra; su pensamiento fue influido profundamente por recuerdos de su educación ginebrina. Su único esfuerzo en hacer una constitución para un gran Estado, el plan para la reforma del gobierno polaco, el cual redactó en 1771, tenía un contenido sorprendentemente conservador. Su innovación más importante en el campo de las ideas políticas probablemente fue el concepto de la voluntad general (*volonté générale*) que figura grandemente en su Contrato social. Éste fue sobre todo un esfuerzo por conciliar en un lado el egoísmo del individuo, el cual estaba implícito en la psicología de Locke y era admitido por todos los pensadores de la Ilustración, con el bien común y los intereses de la sociedad. A este problema central habrían de proponer posteriormente otras y muy diferentes respuesta Adam Smith en su *Riquezas de las Naciones* (1776) y Jeremy Bentham en su *Introduction to the Principles of Morals and Legislation* (1789). Rousseau intentó resolver el problema suponiendo la existencia en toda sociedad de una voluntad general que expresaba las aspiraciones más altas de esa sociedad, y los verdaderos deseos de cada uno de sus miembros. Nunca dejó en claro cómo habría de reconocerse esta voluntad general; pero insistía en que era diferente y superior a la voluntad de una mera mayoría numérica. Sobre todo, se debería acabar con los interese locales y seccionales de todas clases que pudieran intervenir entre

el gobierno y sus súbditos impidiendo así la expresión de la voluntad general. El efecto inmediato de las ideas políticas de Rousseau no fue grande. Pero su radical utopismo y su aspiración a una sociedad perfecta, igualitaria, y altamente intolerante, podía tener repercusiones muy serias, como lo habría de demostrar la dictadura jacobina de 1793-94 en Francia.

El efecto que sobre la creencia religiosa tuvo el descubrimiento científico del siglo XVIII fue considerable; pero es un anacronismo el hablar de un conflicto entre la ciencia y la religión en este periodo. Como resultado de los descubrimientos de Newton, el universo físico pareció reflejar más claramente que nunca el poder y la perfección de Dios. En la Gran Bretaña, y en menor medida, en Francia, los científicos eran generalmente creyentes religiosos, cuando menos en un sentido. Ya el estudio de los fósiles estaba empezando a demostrar que el relato bíblico de la historia del mundo era insostenible; pero hasta ese momento lo anterior apenas había empezado a debilitar la fe general en la conciliación de la ciencia con la ortodoxia religiosa. Los rudos ataque a que estaban siendo sometidas las formas tradicionales de la religión provenían de otras fuentes distintas de las ciencias físicas.

El más importante de estos fue el desarrollo de un criticismo textual e histórico de la Biblia, o por lo menos del Antiguo Testamento. Este criticismo subrayaba las contradicciones internas de la Biblia como narración histórica y por consiguiente socavaba cada vez más la idea de la infalibilidad de la Biblia. La seriedad de dichos ataques se puede observar en la fuerza de la reacción que

produjeron en los fieles; la obra más famosa de esta clase, la *Histoire critique du Vieux Testament* (1678) de Richard Simon, provocó más de cuarenta réplicas en la generación siguiente. Aún más, el creciente conocimiento de pueblos no europeos, sobre todo de los chinos (véanse las pp. 212-13), provocó crecientes dudas sobre la suposición tradicional de que la creencia cristiana era la única base segura de una conducta virtuosa. Si un confuciano, un brahmánico o aun un salvaje de las llanuras de la América del Norte podían conducirse con tanta moralidad en la vida cotidiana como un europeo cristiano, ¿acaso no era posible que su relación con Dios fuera la misma? ¿Sería que, después de todo, la verdad y la salvación no eran el monopolio de una Iglesia, o de un sistema dogmático? Por consiguiente, el conocimiento del mundo exterior, y las comparaciones que con ello se hacían posibles fomentaron en Europa una actitud más tolerante y liberal en asuntos de religión. Fue, por consiguiente, una fuente principal de la idea de la "religión natural", y del deísmo que atrajo a tantos miembros de las clases educadas (Voltaire es el ejemplo sobresaliente) en las regiones más avanzadas del Continente. La creencia en la religión natural también debió mucho al desarrollo de la física y de la astronomía. Sus grandes triunfos, y la nueva imagen que dieron del mundo, debilitaron la tradicional visión de Dios como un Padre celoso, aunque amante, preocupado por los actos de su creación, el Hombre. Ahora se le veía más bien como la fuente de la simetría y de la regularidad que dominaban al universo, como un relojero cósmico que supervisaba los trabajos de la máquina que había construido. Ahora más que nunca parecía estar alejado de las

inquietudes y alegrías humanas. Se argumentaba que todos los hombres poseían ciertas ideas religiosas innatas: el conocimiento de la existencia de Dios, de que la virtud sería premiada y el mal castigado en alguna vida futura, y de que existían ciertas leyes fundamentales que el hombre debe obedecer en las relaciones con sus semejantes. La obediencia de estas ideas y la reverencia al Dios que continuamente se manifestaba por medio del funcionamiento del universo físico era todo lo que se necesitaba para una creencia y conducta correctas y, por consiguiente, para la salvación. El ceremonial religioso, las complejidades litúrgicas, y las inútiles e incluso destructivas sutilezas de la teología académica eran meras corrupciones de la verdadera religión de la naturaleza. Sólo la intolerancia y el propio interés de los clérigos y la ignorancia y sumisión del hombre común explicaban su continuada existencia. Las virtudes cotidianas y la moralidad del hombre sencillo, y no el misticismo o el dogma, eran la verdadera esencia de la religión. Se debería resistir cualquier cosa que tendiera a complicar y a oscurecer su esencial sencillez y, por consiguiente, a separar a los hombres entre sí generando disensiones religiosas.

Esta actitud encontró apoyo entre los legos desilusionados de las actitudes religiosas tradicionales; también afectó el pensamiento dentro de las iglesias establecidas. Influyó poderosamente sobre la Iglesia anglicana, y explica en cierta medida el crecimiento que durante este periodo tuvo el unitarismo como una pequeña pero intelectualmente importante congregación distinta de la de la iglesia de Inglaterra. Tuvo gran influencia dentro de las iglesias luteranas de Alemania y de Escandinavia, sobre todo en Prusia,

donde la enseñanza de la teología en las universidades, sobre todo en Halle, era fuertemente racionalista. Tal clima de opinión obviamente favorecía el desarrollo de la tolerancia religiosa; y el siglo presenció, especialmente en sus últimas décadas, un movimiento continuo en esta dirección. En Francia, los protestantes, quienes en 1703 habían sido incitados a la insurrección por las persecuciones en el área de Cevennes, en 1787 recuperaron en gran medida sus derechos civiles perdidos. En la Gran Bretaña, las restricciones legales que se habían impuesto a los católicos empezaron a derrumbarse lentamente de 1778 en adelante. En las tierras hereditarias de los Habsburgo, se concedió la libertad religiosa a los no católicos en 1781. En muchas partes de Europa, especialmente en Prusia y en el Imperio de los Habsburgo, mejoró grandemente la posición legal y social de los judíos; ya Locke y Montesquieu habían abogado por la tolerancia para ellos, y ya en la década de 1780 incluso en la atrasada Polonia unos cuantos radicales estaban dispuestos a considerar que se les otorgaran derechos políticos iguales. La Francmasonería, con su vago anhelo de razón y virtud, y con su implícita hostilidad hacía muchos aspectos de las religión organizada y de las iglesias establecidas, se difundió rápidamente en gran parte de Europa, a pesar de las condenaciones papales de 1738 y 1751. Aunque siempre había tenido relativamente poca importancia en los estados occidentales, para la década de 1770 había llegado a ser un elemento considerable en la vida intelectual de Rusia, de Polonia y de algunas partes de Alemania. La decreciente importancia de los antagonismos entre católicos y protestantes se observó también en que, aun cuando

todavía en la primera mitad del siglo habían sido un factor de cierta importancia en los asuntos internacionales, perdieron esta posición en la década de 1760 o a más tardar en la de 1770.

Pero debe insistirse en que las tendencias liberales que se acaban de describir eran limitadas en su alcance. En todas partes estaban restringidas a las minorías educadas. Incluso en Francia, centro de la Ilustración, la tolerancia religiosa progresó con la mayor dificultad. Allí sufrió severas persecuciones la corriente conocida como jansenismo, la cual había surgido desde mediados del siglo XVII, primero como movimiento esencialmente religioso entre los sabios, y desde los últimos años de Luis XIV, como algo más ampliamente fundamentado y más popular. Teológicamente, atribuía decisiva importancia a la predestinación en contraposición al libre albedrío. Políticamente, su mayor importancia provenía de su asociación con el galicanismo (la tradicional resistencia de la Iglesia en Francia contra las pretensiones y el dominio de los papas). Por ambos motivos era odiado por los ortodoxos y por los ultramontanos. Recibió considerable apoyo de los *parlements*, sobre todo del de París, y de muchos sacerdotes franceses. Durante casi medio siglo fue el centro alrededor del cual se podía reavivar la oposición al antiguo régimen de Francia, así como a muchos aspectos del catolicismo del siglo XVIII. Sus ideas encontraron considerable apoyo en otras partes de Europa, especialmente en los Países Bajos y en Italia. Sin embargo, en la década de 1769 era visible que había sido derrotado en Francia y que sus probabilidades de victoria en otros países eran muy escasas. Para el hombre común

de todas partes, la tolerancia, la religión natural, y el deísmo eran extraños y motivo de desconfianza.

En este nivel social y educacional "la superstición no era impuesta por el clero desde arriba; emanaba de la gente de abajo", según frase de un historiador reciente. Un claro ejemplo de este criterio es la forma en la cual la resistencia popular obligó a la inmediata revocación de un proyecto de ley, el cual había sido aprobado por grandes mayorías en ambas cámaras del Parlamento en 1753, por medio del cual se hubiera permitido que los judíos se naturalizaran súbditos británicos sin antes tener que convertirse al cristianismo y tomar los sacramentos según los ritos de la iglesia de Inglaterra. Otro ejemplo es el hecho de que en 1780 durante algunos días, en los motines dirigidos por lord Gordon estuviera Londres completamente a merced de una violenta turba anticatólica. La tortura hasta la muerte de una supuesta bruja en Angers en 1780, y la muerte en la hoguera de otra en Suiza, dos años después, y el horror casi universal hacia los suicidas y los ultrajes que se infligían a sus cadáveres, muestra lo fuertes que seguían siendo los temores e intolerancias ancestrales. De hecho en gran parte de la Europa Católica –en España, Portugal, Baviera y la mayor parte de Italia– ni aun las clases más altas de la sociedad habían sido tocadas por nuevas ideas sobre asuntos religiosos. Así por ejemplo, en la década de 1740 el confesor jesuita de Carlos III de las Dos Sicilias le entregó una bolsa llena de hechizos, llamados "billetes de la inmaculada", la cual habría de usar continuamente; en caso de que lo amenazara algún peligro, había de tragarse los hechizos. En Baviera, en 1777, el elector Maximiliano José, en su lecho de muerte, fue obligado a

tragarse un pequeño crucifijo en un esfuerzo para prolongar su vida. En España, en donde todavía en 1781 un hombre fue quemado por la Inquisición, la sociedad en todas sus escalas era completamente hostil a la idea de un cambio religioso. Lo era todavía más en Portugal, donde en la década de 1760 se calculaba que un diez por ciento de la población estaba formada por monjes, monjas y sacerdotes.

Sin embargo, durante el siglo XVIII, sobre todo desde la década de 1760, muchos soberanos y ministros redujeron los privilegios de la Iglesia católica, y todavía más el poder efectivo del papado en sus dominios. Se hicieron esfuerzos (por ejemplo en España en 1737 y a principios de la década de 1770) para limitar o abolir el derecho de asilo por medio del cual se permitía a los criminales refugiarse de sus perseguidores en iglesias. Los monasterios y los conventos de monjas, frecuentemente deteriorados, con pocos ocupantes, y que aparentemente no contribuían en nada a la sociedad, fueron un blanco favorito. En Francia, una comisión real de 1768 suprimió un número considerable de casas religiosas y aumentó la edad mínima a la cual podían hacerse los votos religiosos. Ya la ley de amortización de manos muertas, destinada a restringir los legados a la Iglesia, había sido rígidamente puesta en vigor allí en 1749; y la idea de la expropiación en gran escala de tierras eclesiásticas estaba ganando terreno mucho antes de la Revolución. En Lombardía, durante la década de 1770, el número de monasterios fue reducido a la mitad, y sus ingresos en las dos terceras partes. En Nápoles y Sicilia bajo un ministro anticlerical, Bernardo Tanucci (1759-76), se hicieron

considerables esfuerzos a fin de reducir la carga que para la sociedad constituía el clero regular, en tanto que en 1768 el duque de Parma fue excomulgado por el papa Clemente XIII a causa de sus ataques contra el poder de la Iglesia en el ducado. El emperador José II no solamente introdujo un alto grado de tolerancia religiosa en sus dominios, sino que también suprimió más de cuatrocientas casas religiosas católicas, al mismo tiempo que limitaba rotundamente el poder papal en los territorios de los Habsburgo. La actitud "josefista" antipapal expresada en sus políticas obtuvo gran popularidad en Alemania. Ésta habría de influir sobre las relaciones de los Habsburgo con la Iglesia católica durante el siguiente medio siglo. Simultáneamente, el hermano de José, Leopoldo, proyectaba una completa revisión del sistema de gobierno eclesiástico en el Gran Ducado de Toscana, aunque en 1787 el plan tuvo que ser abandonado por impracticable. En los últimos años del siglo, el barón Thugut, quien en 1794 había sucedido a Kaunitz como canciller, proyectaba la anexión por los Habsburgo de una parte del Estado papal.

La manifestación más sorprendente de la debilidad papal y de la hostilidad de los poderes seculares de la Europa católica hacia muchos aspectos de la Iglesia en la forma en que en aquel entonces existía, llegó con la supresión de los jesuitas. La Sociedad de Jesús siempre había sido vista con gran aversión por un número muy grande de católicos. Su riqueza y su influencia política, y también la verdadera talla intelectual de muchos de sus miembros despertaban la envidia de otras órdenes. Su extremado papismo le acarreó un creciente resentimiento de monarcas y gobiernos. En el tercer

cuarto del siglo, se desató súbitamente la hostilidad que se había estado acumulando durante doscientos años. En 1759, los jesuitas fueron expulsados de Portugal. En 1764 fueron echados de Francia; en 1767 de España, de las Dos Sicilias y de Parma. En 1773, el papa Clemente XIV, fuertemente presionado por los gobiernos francés y español, disolvió la sociedad por medio del breve *Dominus ac Redemptor Noster*. El más grande bastión del espíritu de la Contra-Reforma había sido destruido, y precisamente por la institución para cuya conservación y fortalecimiento tanto había hecho. La disolución de la Sociedad, frecuentemente llevada a cabo con brutalidad considerable e innecesaria por parte de los gobiernos involucrados, fue una indicación inequívoca de la creciente negativa de los príncipes católicos a tolerar por más tiempo los derechos clericales que les resultaran inconvenientes, o las instituciones religiosas que parecieran amenazar su poder. Solamente la Revolución francesa y sus consecuencias pudieron debilitar y luego invertir esta actitud, haciendo que la Iglesia apareciera como el máximo bastión del *statu quo* social y político.

Pero nada de esto reflejaba hostilidad alguna por parte de los soberanos católicos a las creencias religiosas de sus súbditos, o a los dogmas católicos. De hecho, frecuentemente eran apoyados en su hostilidad hacia el papado por la jerarquía eclesiástica que se encontraba dentro de sus dominios. El que varios aspectos del catolicismo no hayan sido del agrado de los soberanos seculares de Europa en el siglo XVIII, no se debía a razones políticas o económicas, ni a razones filosóficas o doctrinales. El que entraran en conflicto con la Iglesia se debía a cosas específicas que hacían o

que no hacían. No objetaban, como lo hacía un reducido número de *phisolophes* radicales, su existencia misma. El violento y sistemático anticlericalismo de Voltaire, a pesar de la brillantez de su expresión y de la acogida que encontró entre las clases educadas de gran parte de Europa, reflejaba la actitud de sólo un pequeño segmento de la sociedad. El siglo XVIII fue, en un sentido muy real, una época de la razón, si por razón hemos de entender hostilidad hacia los dogmas tradicionales; pero el alcance efectivo de esta razón estaba limitado a ciertos grupos sociales, a ciertas zonas geográficas y a ciertos individuos. Por consiguiente, en la religión, más que en la política o en la vida económica, coexistía la razón con una masa de creencias y suposiciones tradicionales, profundamente arraigadas y todavía en su mayoría fuera del alcance del argumento racional. Casi en ninguna parte de Europa tenía el hombre común ideas propias sobre cuestiones políticas o económicas. Por doquier tenía creencias y emociones religiosas.

La divulgación de nuevas ideas, científicas, políticas o religiosas, debió poco a las universidades. No fue éste un gran periodo en la historia de la educación universitaria. De hecho, muy pocas universidades contribuyeron realmente a la vida intelectual de la época. La escuela de medicina de Leyden en la primer mitad del siglo, y las de Edimburgo y Viena en sus últimas décadas; la importancia de Glasgow en la enseñanza de muchas de las ciencias físicas; la investigación y escritos históricos que se asocian con Edimburgo y Gotinga: todas éstas mantuvieron viva la idea de que las universidades eran centros de descubrimientos y de ideas nuevas. Pero brillaban contra el fondo de un sistema de educación

superior, generalmente dominado por el conservadurismo, la timidez y el apego a la rutina. Los logros intelectuales de la Francia del siglo XVIII no debieron nada a las universidades del país; éstas en ciertas formas, incluso los impedían. De una manera general lo mismo puede decirse de Inglaterra, Italia y Escandinavia. Uno de los hechos negativos más notables acerca de la gran década revolucionaria que empezó en 1789, es el papel casi completamente insignificante que desempeñaron en ella las universidades y sus estudiantes y profesores; sólo en los últimos años del Imperio napoleónico empezaron a desempeñar un papel político significativo en Europa.

Por lo general, las sociedades y academias ilustradas (algunas de las cuales ya estaban bien establecidas a principios de este periodo y muchas otras que surgieron entonces) tampoco desempeñaron un papel muy creador en la vida intelectual. Algunas de ellas –probablemente de manera especial la Academia de Ciencias fundada en Rusia en 1725 bajo la inspiración de Pedro el Grande– tenían un verdadero significado cultural para sus propias regiones. Sin embargo, su papel en general fue sólo de una importancia secundaria. La Sociedad Real en la Gran Bretaña y la *Académie des Sciences* de Francia, ambas con un historial de logros a fines del siglo XVII, cayeron en una inercia relativa durante este periodo. Por añadidura, las sociedades literarias, muchas en la mayor parte de la Europa occidental, solían ser sumamente conservadoras incluso oscurantistas en su actitud, de tal suerte que los papeles que se leían ante ellas más que frecuentemente eran meros despliegues de sabiduría divorciados de los problemas

contemporáneos. La insistencia de una de las más famosas, la *Academia della Crusca* de Florencia, en que el único medio adecuado de expresión literaria para sus miembros era el toscano surgido en el siglo XIV, y que toda "variedad y barbarie" posteriores deberían evitarse, es un ejemplo extremo pero no injusto de la actitud de muchas de ellas.

La difusión de las ideas en la Europa del siglo XVIII pudo lograr una rapidez y efectividad hasta entonces desconocidas, sobre todo por el desarrollo de la imprenta. La censura oficial de la palabra impresa, aunque todavía operaba en las partes más atrasadas de Europa, era ahora menos rigurosa que nunca en muchos de los estados relativamente desarrollados. En la Gran Bretaña y en la República Holandesa, las restricciones a la libre publicación de libros eran ahora muy limitadas. Aun en Francia, la censura, severa en teoría (en 1785 había 179 censores reales de libros), Frecuentemente era muy inefectiva en la práctica. En Prusia tuvo muy poco resultado práctica un esfuerzo hecho en 1789 por restaurar y fortalecer los antiguos reglamentos de censura. En todos los estados europeos aumentó grandemente la cantidad de libros publicados durante el siglo XVIII, y en su segunda mitad, este incremento fue muy rápido. El tamaño de los catálogos de la anual feria del libro de Leipzig, por mucho la más importante de su clase en Europa, aumentó a más del triple en las dos décadas posteriores a 1770. Para citar un ejemplo extremo, en Rusia, que a principios de siglo solamente poseía una imprenta, se montaron por lo menos veintidós en el periodo de 1783-96. Se publicaron allí trescientos sesenta y seis títulos en 1790, contra sólo treinta en 1760; y en 1768

apareció el primer intento hecho por un autor ruso de analizar seriamente las contemporáneas teorías políticas de la Europa occidental. Sobre todo, las últimas décadas del siglo presenciaron un gran crecimiento de las publicaciones periódicas y el establecimiento de periódicos como parte integral de la vida europea. Ya se ha mencionado el creciente número de publicaciones periódicas científicas (véase p. 163), y se puede observar un crecimiento similar, aunque menos rápido, en la popularidad y la influencia de otras formas de publicaciones periódicas. La primer publicación política mensual se había fundado en La Haya en 1686, y en la Gran Bretaña el éxito del *Spectator* (1711-14), probablemente la más famosa de las publicaciones periódicas literarias del siglo XVIII, y de otros más generales como el *Gentleman's Magazine* (fundado en 1731) y el *Scots Magazine* (fundado en 1739), fue una demostración sorprendente de las posibilidades de la nueva forma. El *Spectator* en particular fue ampliamente imitado y tuvo una verdadera influencia en el desarrollo del gusto literario de muchas partes de Europa. Desde la década de 1740 en adelante se estaba aumentando el atractivo de las publicaciones periódicas por medio de grabados que las ilustraban; para la década de 1780 fueron posibles los grabados a color.

Los periódicos se desarrollaron mucho más lentamente que las publicaciones periódicas literarias o científicas. En este aspecto también fue "pionera" la Gran Bretaña; el primer diario inglés apareció en 1702, y para 1724 ya se estaban publicando tres en Londres. Francia no tuvo diario hasta 1777 y el crecimiento de la prensa francesa no se hizo marcado sino hasta los años anteriores a

la Revolución, pero entonces se desarrolló rápidamente. También en Alemania, sólo a las postrimerías del siglo obtuvieron los periódicos una influencia importante y relativamente independiente. Sin embargo, aquí se presentó también un avance muy marcado. Durante la década de 1770 sólo se editaban siete publicaciones periódicas, principalmente políticas, en los estados alemanes; para la de 1790, eran ya veinticuatro. En países como Rusia, España, Portugal y la mayor parte de Italia, los diarios y las publicaciones periódicas todavía se encontraban en su infancia cuando la Revolución empezó en Francia.

Toda esta materia impresa hizo más que ninguna otra cosa para difundir –por supuesto, frecuentemente en una forma diluida y más que simplificada– las ideas de la época sobre cuestiones intelectuales, políticas y sociales. La creciente producción y facilidad de conseguir libros, publicaciones periódicas y periódicos determinaron que en los últimos años del periodo surgiera, por lo menos en algunas de las partes más ricas y mejor educadas de Europa –los Países Bajos, la Gran Bretaña, Francia y algunos estados alemanes– algo parecido a la opinión pública de una clase moderna. Los sermones, la lectura de la Biblia y las influencias clericales en la educación habían asegurado que el hombre común de la mayor parte de la Europa occidental y central tuviera siempre algún contacto con ideas y controversias religiosas. Ahora, por primera vez en la historia, también podría tener igual acceso a las relativamente avanzadas ideas sobre problemas políticos y sociales. Los peligros de esto eran demasiado visibles para los contemporáneos. Explican la ansiedad de los gobiernos, aun en la

Gran Bretaña, por mantener una influencia, si no un control absoluto, sobre la prensa. Pero esta gran expansión del público para escribir sobre problemas políticos y sociales difícilmente se podía detener a estas alturas y mucho menos se le podía hacer cambiar de rumbo. En la Europa de fines del siglo XVIII, fue ésta una de las más importantes advertencias de la nueva época en la cual pronto habría de disolverse el antiguo régimen.

En la pintura, la literatura y la música, el siglo XVIII fue una época fecunda aunque difícil sería decir que igualó, excepto en música, a aquellas que vieron nacer a Miguel Angel y Shakespeare. Sin embargo, su variedad y fecundidad hacen imposible presentar una breve descripción de sus logros en estos campos sin recurrir a una gran simplificación, y los párrafos siguientes son un resumen muy escueto e inevitablemente incompleto de ellos.

En la literatura y en las artes plásticas es posible presentar, en los términos más generales, una serie de contrastes entre la primera y segunda mitades del siglo. El arte y la literatura de su primera mitad cuando menos en lo que los contemporáneos consideraron como sus niveles más altos, tendían a ser solemnes, formales, frecuentemente impersonales, y conscientemente motivadores y didácticos. El artista, sobre todo el escritor, debía preocuparse de los aspectos permanentes, universales y generalizados de su tema, antes que de aquéllos más individuales, transitorios y personales. En la teoría literaria, que se estaba produciendo en cantidades hasta entonces sin paralelo, se puede ver esta actitud en la suposición general de que la épica y la oda eran las formas más elevadas no solamente de la poesía, sino de la literatura en general. Esto

significó que se relegara a una posición de inferioridad a la escritura en prosa y, sobre todo, a la novela que actualmente parece ser la forma literaria más interesante e importante del periodo. En el arte y en la arquitectura se puede observar una corriente similar en los estilos barrocos, los cuales, sobrevivientes del siglo anterior, también tenían como objetivo motivar e impresionar al observador, y también estaban marcados, en el mejor de los casos por una nobleza algo consciente de sí misma y una seriedad impresionante, y en el peor de los casos por pesadez y rigidez agobiantes. Aun entre los críticos y escritores profesionales sobre estética, estas actitudes esencialmente conservadoras y aristócratas no dejaron de ser atacadas durante la primera mitad del siglo. Siempre fue evidente, cuando menos para algunos de ellos, que el genio era bastante diferente del buen gusto (los primeros escritos críticos de Diderot ilustran bien este punto), y que la imaginación y las emociones personales formaban por lo menos tanta parte de los cimientos de lo grande en pintura, arquitectura, y escritura, como el apego a las reglas académicas. Aún más, en Inglaterra y en Francia, Defoe, Prevost, y posteriormente Richardson y Fielding, estaban produciendo novelas que se alejaban por completo de las restricciones impuestas por el buen gusto y la tradición a las formas más elevadas de literatura. En la pintura se puede observar un alejamiento similar de la corrección hacia el realismo en la obra de Hogarth en Inglaterra y de Chardin en Francia; y Watteau, el más grande pintor de principios del siglo XVIII, creó un estilo sumamente personal, que puede haber debido algo a las influencias chinas.

Para mediados del siglo, tanto la literatura como el arte estaban sintiendo cada vez más el impacto de nuevas fuerzas. Los escritores estaban siendo influidos más que nunca por un interés en el pasado, por la creencia en que la poesía producida por un pueblo es una expresión de su historia y de su carácter, y por un interés en la literatura de la Edad Media, hasta entonces totalmente relegada al olvido, y en la de pueblos remotos y primitivos. El historicismo y el exotismo, cuya influencia estaba cobrando gran fuerza, se pueden observar en las primeras grandes colecciones de canciones folklóricas reunidas por el obispo Percy en Inglaterra (1756), y por Herder en Alemania; en las primeras muestras de interés por Dante (aun cuando sólo en el siglo se logró una amplia comprensión de su grandeza como poeta), y en la extraordinaria aunque temporal popularidad de la obra de James Macpherson, *Works of Ossian* (1765), colección, en su mayoría espuria, de poemas célticos supuestamente antiguos. En el arte la tendencia general de desarrollo fue similar en algunas formas. Las excavaciones en Pompeya y Herculano desde la década de 1740 ayudaron a estimular un renacimiento del interés en la arquitectura clásica, en la estatuaria y en el arte de todas clases. Este interés fue alimentado durante la generación siguiente por una corriente de sorprendentes descripciones publicadas, adornadas exacta y copiosamente con dibujos y planos, de las grandes construcciones de la antigüedad clásica, sobre todo de las de Grecia y del Mediterráneo oriental. Frecuentemente el estilo neoclásico que surgió por medio de su ayuda fue de una notable elegancia. Originado mayormente, en lo que a la arquitectura y decoración se refería, por los hermanos

Adam en la Gran Bretaña desde finales de la década de 1750, ofrecía un sorprendente contraste con los estilos decorativos rococó de mediados del siglo, con su frecuente complejidad y su aversión a la simetría y a los patrones geométricos. Al igual que la literatura, el arte y la arquitectura se estaban inclinando más que nunca hacia la historia. Incluso había señales de un decreciente interés en la arquitectura gótica (ya en 1741, el arquitecto francés Soufflot hizo un análisis sorprendentemente favorable de ella en su *Paralléle des églises gothiques avec les églises modernes*), aunque hasta finales del siglo siguió siendo un elemento muy poco importante en la vida artística de Europa.

La literatura y las artes también estaban siendo influidas por un creciente culto a la sensibilidad, por una creciente y excesiva importancia atribuida a la emoción personal como lo esencial para el pintor y sobre todo para el escritor. En tanto que en la primera mitad del siglo se había razonado sobre literatura y arte, en la segunda mitad se tenía un creciente deseo de sentir su efecto, más bien que de entenderlos completamente, y de que se presentaran edificantes y purificadores modelos de virtud, una noble emoción y un sufrimiento inmerecido. Los escritos y las pinturas producidas en estos años, al igual que los de las primeras décadas del siglo, fueron en gran parte didácticos; pero las lecciones que enseñaron fueron esencialmente de sentimiento. Eran más emocionales, más enfocados hacia el individuo, más femeninos, y en una palabra más modernos, que las aristocráticas y masculinas suposiciones de la generación anterior. Esta atención de la literatura a la sensibilidad y las emociones obtuvo su primer gran triunfo con *Pamela* (1740)

de Richardson, y llegó a su apogeo con *Las Cuitas del joven Werther* (1774) de Goethe, y con la bastante ridícula obra *Paul et Virginie*, de Bernardin de St. Pierre (1789). En la pintura, en donde nunca se difundió tanto, o se llevó a tales extremos, probablemente se nota mejor en las sentimentales y moralizadoras escenas de la vida familiar realizadas por el artista francés Greuze.

El contraste que se ha señalado en los párrafos anteriores entre los estilos que esencialmente eran del siglo XVII y las formas de pensar de la primera parte de este periodo y el historicismo, neoclasicismo, primitivismo y sensibilidad de sus partes central y final, por supuesto es muy general. Probablemente oculta tanto como revela y falsifica tanto como explica. Ciertamente, sería muy engañoso decir que hubo algún progreso claro que se pueda trazar fácilmente en el tiempo y en el espacio desde una fase y un grupo de suposiciones culturales a otra. Fue así como la idea, tan generalmente aceptada a principios del siglo XVIII, de que la labor de la literatura y de las artes habría de reflejar solamente una versión idealizada, generalizada y refinada de la naturaleza, volvió a ser enfáticamente planteada por sir Joshua Reynolds en los discursos que pronunció en cada banquete anual de la Royal Academy desde 1769. De la misma manera se puede observar en gran parte de la poesía inglesa de una generación anterior la importancia acordada a la sensibilidad, el pesar, las lágrimas, el emocionalismo religioso y el sentimentalismo general, que se volvió cada vez más dominante en la literatura desde la década de 1750 o la de 1760. Ya en 1719 se había empezado a manifestar en Francia, en una forma diferente y más intelectual, en una de las obras críticas

más importantes del siglo, las *Reflexions critiques sur la poésie et sur peinture*, del abate Du Bos. La vida literaria y artística de Europa en el siglo XVIII era más compleja que nunca. Su lento redescubrimiento de la historia y el hecho de que por primera vez estaba siendo influida en cierto grado por modelos no europeos, significaba que tenía ahora a su disposición una amplísima gama de estilos. Por consiguiente, la imposibilidad de meterla violentamente en una categoría conceptual se hace cada vez mayor conforme avanza el siglo. Sin embargo, se ve claramente que para mediados del siglo estos aspectos de la vida europea se estaban modernizando en forma hasta entonces desconocida. La creciente importancia de la novela y la consiguiente disminución del valor atribuido al poeta, el culto de la sensibilidad, que echó gran parte de los cimientos del culto que el siglo XIX elevaría al artista como rebelde en contra de la sociedad; la creciente popularidad de la pintura costumbrista, la cual habría de llegar a su apogeo en el siglo siguiente; la creciente desconfianza a las rígidas reglas artísticas o literarias: todo esto señala hacia el futuro. No es fácil establecer una relación entre el desarrollo de la literatura y el de las artes plásticas por un lado, y el de la música por el otro. Sin embargo, se pueden observar ciertos paralelos y puntos de contacto. Las óperas italianas que tanto dominaron la música europea en la primera mitad del siglo, con sus tramas sacadas de la historia y de la mitología clásica, sus escenarios frecuentemente elaborados y caros, y su estilo musical ornamentado y técnicamente difícil, probablemente se puedan considerar como el equivalente del barroco en el arte y la literatura. Como este último, eran producto de una sociedad en la cual

predominaban los valores aristocráticos, e iban dirigidas a los educados y a los bien nacidos antes que a la masa del pueblo. Al igual que el barroco, expresaban emociones humanas reales, pero lo hacían de una manera grave, estilizada y un tanto impersonal. En Francia sobre todo, había contactos obvios, si bien limitados, entre la música y el más amplio mundo de las ideas. Rousseau estaba profundamente interesado por la música, y fue autor de dos óperas y de fragmentos de una tercera incompleta y, en su *Lettre sur la musique française* (1753), de uno de los estudios académicos más importantes que sobre la materia se hayan publicado durante este periodo. En la década de 1730, Voltaire participó muy activamente en las controversias entre Rameau, el gran compositor francés, y sus críticos; y el *Traité de l'harmonie réduite à ses principes naturels* (1722) de Rameau, primera obra importante que se haya escrito sobre la teoría de la composición, casi se puede considerar como un intento de hacer por la música lo que Newton había hecho por la física. De hecho, durante todo el siglo se estaba fortaleciendo la idea de considerar a la música como una ciencia. En particular estaba siendo explorada sistemáticamente por primera vez en su relación con las matemáticas, de manera notable por Leonhard Euler, el gran matemático suizo.

Este esfuerzo para establecer equivalencias entre la música y otros aspectos de la vida intelectual se puede llevar más adelante. La reacción que contra los estilos y convenciones de la ópera seria italiana se estaba haciendo más marcada para mediados del siglo en toda Europa, y la mayor apreciación de la música instrumental contra la música vocal que fue consecuencia de tal reacción, se

pueden considerar como el equivalente del movimiento literario tendiente a alejarse de las convenciones del barroco, y la importancia cada vez mayor que éste dio a la prosa, y sobre todo a la novela, sobre la poesía. En la ópera, la creciente popularidad de las formas más realistas y demóticas, la ópera *buffa* en Italia, la ópera-balada en Inglaterra y el *Singspiel* en Austria, es casi un equivalente del creciente gusto literario por el realismo y por una expresión menos alambicada de las emociones. Las grandes óperas neoclásicas de Gluck, tales como *Orfeo et Euridice* (1762), y *Alceste* (1767), que intentaron resucitar en forma musical algo del espíritu y perspectiva de la clásica tragedia griega, tienen una semejanza clara con una expresión de neoclasicismo en el arte, como las *Reflexiones sobre la imitación de trabajos griegos en la pintura y la escultura* (1755), del crítico alemán Winckelmann.

Tanto en la música como en la literatura estos cambios reflejaban los cambios de la composición social del público que escuchaba o leía sus producciones. La gran importancia de la ópera en la vida musical europea durante las primeras décadas del siglo fue posible porque apenas existían en aquel entonces los conciertos públicos, hoy día el aspecto más importante de la música profesional. (La primera serie de conciertos abiertos al público se ofreció en Hamburgo en 1722.) El teatro de la ópera, el cual era creación de príncipes, excepto en cierta medida en Italia, y el cual normalmente estaba abierto solamente a las clases más altas de la sociedad, tuvo por consiguiente una importancia en la música que nunca ha vuelto a alcanzar. Por otro lado, el anhelo de un mayor realismo en la ópera y el mayor aprecio de la música instrumental

reflejan la lenta formación de un público musical más amplio, en su mayor parte de la clase media. Esto a su vez fue posible por el crecimiento del sistema de conciertos, y por el desarrollo de la primera crítica musical impresa de significado.

Pero sería un gran error llevar demasiado lejos éstas un tanto forzadas analogías entre el desarrollo de la música y el de otros aspectos de la vida europea. El legado musical del siglo XVIII fue más rico que su legado literario, y mucho más rico que su legado en las artes plásticas. Las más grandes figuras creadoras en la música de la época –Bach (1685-1750), Händel (1685-1759), Haydn (1732-1809) y Mozart (1756-1791)– se deben juzgar según sus propios términos. El aplicarles las imprecisas aunque inevitables categorías de barroco, rococó, neoclásico, o romántico sería rebajarlos y dar al lector una falsa impresión de precisión. Inevitablemente, todos fueron modelados en varias formas por su medio ambiente social e intelectual. Así Bach (cuya reputación contemporánea no igualó a la que le ha dado la posteridad) tomaba su inspiración de la piedad quietista y conservadora de la luterana Alemania del norte. Händel, figura mucho más cosmopolita, provenía de un medio ambiente similar, pero fue profundamente influido por la música italiana, como nunca lo estuvo Bach. Haydn, el primer compositor alemán en lograr una verdadera reputación internacional, fue afectado por el catolicismo que tanto llenaba la vida y la sociedad en el Imperio de los Habsburgo; y Mozart, el más complejo y desgraciado de los cuatro, tenía claras simpatías por ciertos aspectos de la Ilustración, probablemente en particular la Francmasonería. Sin embargo, ninguno de ellos era bien ilustrado ni tenía una amplia gama de

intereses intelectuales. Tiene muy poco sentido juzgarlos según términos que no sean musicales. Y la música, la más abstracta y autónoma de las artes, es muy difícil de encasillar y clasificar, por lo menos en sus más altos niveles.

# 6. EUROPA Y EL MUNDO

DURANTE todo el siglo XVIII, las relaciones con el mundo exterior desempeñaron un papel siempre creciente en la vida de Europa. Lo hicieron en dos formas principales. La primera y más importante según la mayoría de las opiniones, fue por medio del creciente desarrollo del comercio entre Europa y otros continentes. Los imperios coloniales de la época eran, para la mayoría de los europeos, esencialmente empresas comerciales. Esto era más dudoso en el caso de los grandes establecimientos coloniales británicos, y sobre todo españoles, en América que en el de los establecimientos de los más frágiles imperios francés y holandés; pero en general, el comercio fue la fuerza más importante que sirvió de base para la expansión ultramarina en el siglo XVIII. Todas las potencias imperiales intentaban, por medio de legislaciones complejas, limitar a sus propios barcos y súbditos el tráfico con sus propias colonias. El ideal en cada uno de los imperios era que las colonias complementaran la economía de la metrópoli enviándole productos, sobre todo productos tropicales, como azúcar, tabaco, café, algodón y añil, que no podía producir ella misma. Éstos podrían servir como base para nuevas industrias –refinación de azúcar, manufactura de textiles de algodón – en la metrópoli; o se podrían reexportar ventajosamente aquellas partes del Continente que no tenían colonias propias. Las colonias también debían proporcionar un mercado para los bienes manufacturados de la metrópoli y, en caso necesario, servir de receptáculo para su población excedente. (Aun cuando esta última idea era

relativamente de poca importancia en el siglo XVIII, época en que la escasez de población, más que la sobrepoblación, era a los ojos de los economistas el peligro que amenazaba a la mayoría de los estados europeos.) Los restrictivos sistemas coloniales de esta naturaleza no siempre estaban destinados a servir como dispositivos para la explotación de las colonias. En el fondo existía a veces un verdadero ideal de mutua ayuda y apoyo. Si a las colonias se les permitía la exportación de sus productos sólo a la metrópoli, normalmente se daba también a dichos productos un monopolio allí. Esto significaba, por ejemplo, que el azúcar de las Antillas británicas podía alcanzar un precio artificialmente alto en el mercado británico, por encontrarse excluida de la Gran Bretaña el azúcar más barato producida en las Antillas francesas. Pero eran todavía muy pocos quienes en Europa pensaban que las colonias tenían derechos iguales a los de los estados europeos. Las colonias y sus habitantes estaban en una clara posición de inferioridad; en cualquier conflicto de intereses deberían ceder ante las necesidades y demandas de la potencia imperial en cuestión.

El más conocido e intensamente estudiado de estos cuerpos de legislación restrictiva es el Sistema de Navegación Británico. Habiéndose originado en la Ordenanza de Navegación de 1651, para finales del siglo XVII no era ya sino una masa de reglas y estatutos sumamente complejo, que limitaban el comercio colonial a los barcos británicos o coloniales, e intentaba romper todo contacto comercial entre las colonias británicas y los estados extranjeros. Tanto en Francia como en España, la legislación que regía el comercio colonial fijaba límites más estrechos aún, cuando menos

en un sentido. En ambas estaba restringido este comercio a ciertas partes del país e incluso a ciertos pueblos. Así, por ejemplo, en Francia, por medio de un decreto real de 1717, se permitía únicamente a trece puertos específicos el comerciar con las colonias francesas. (Se habían añadido otros nueve a la lista a fines de la Guerra de Siete Años.) En España, durante gran parte del siglo, todavía se consideraba al imperio americano como posesión exclusiva de Castilla más que del país en su totalidad. El monopolio comercial con él, hasta entonces disfrutado por la oligarquía de los mercaderes de Sevilla y Cádiz, se vio un poco deteriorado por la formación, con ayuda gubernamental, de nuevas compañías comerciales en la España septentrional: la Compañía de Caracas, fundada en 1728, fue la más importante de ellas. Pero sólo en 1765 se empezó a abrir el comercio con América a todos los puertos españoles; y este proceso no se completó hasta 1789. La restricción del comercio con la India y con el Asia sudoriental a un número de compañías privilegiadas –las compañías francesa, sueca, danesa y, sobre todo, holandesa y británica de la India Oriental– mostraba en una forma diferente y más intensa la misma actitud monopolizadora.

Estos restrictivos sistemas comerciales no eran fáciles de aplicar completamente; de hecho, era casi imposible lograr que la teoría y la práctica coincidieran en imperios grandes y de rápida evolución, como los de Gran Bretaña y España. El Sistema de Navegación resultó cada vez más difícil de llevar a cabo en las colonias norteamericanas durante el siglo XVIII, sobre todo en Nueva Inglaterra, donde las fuerzas económicas estaban

impulsando a Massachusetts, Connecticut y otras colonias a tener relaciones cada vez más íntimas con las Antillas francesas. Aún más, los comienzos del desarrollo industrial en las colonias británicas y el crecimiento de su fuerza y de su confianza en sí mismas las estaban haciendo cada vez menos aptas para soportar la situación subordinada a que habían sido condenadas por el Sistema, y menos dispuestas a aceptarlo. En la América Española las dificultades surgieron más bien debido a la extremada debilidad de la industria española y a su completa incapacidad para satisfacer la demanda colonial de bienes manufacturados. El resultado inevitable fue que grandes cantidades de textiles, quincallería y otras manufacturas fueron introducidas de contrabando en la América Española por barcos británicos y holandeses, que de la misma manera sacaban azúcar, tabaco, maderas de tinte y barras de oro y plata para pagar por ellas, de tal suerte que los reglamentos oficiales de comercio se convirtieron en una farsa cada vez más burda. Por ejemplo, se reportó oficialmente en Madrid que entre los años de 1706 y 1721 no había entrado en los puertos de Venezuela ni un sólo barco de España, en tanto que hasta unos veinte barcos holandeses comerciaban regularmente sobre el mismo litoral. En parte debido a estas dificultades de aplicación de la ley, y en parte debido al lento crecimiento de un nuevo clima de opinión en asuntos comerciales, hubo una tendencia hacia la liberalización cuando menos de algunos ramos del comercio colonial, a partir de la década de 1760. Esto se puede observar en la gradual admisión de todos los puertos españoles a comerciar con América, y también en el crecimiento de un sistema de puertos libres en las Antillas británicas después de

1766. Pero durante todo el siglo, la actitud de las potencias imperiales de Europa con respecto a sus colonias y a su comercio con otros continentes siguió siendo esencialmente restrictiva y exclusiva.

Esta importancia del comercio como principal cimiento del imperio determinó que ciertos tipos de expansión ultramarina se considerasen mucho menos favorables que otros. Las Antillas eran visiblemente, cuando menos a corto plazo, las más lucrativas de todas las posesiones coloniales. Producían bienes para los cuales había una muy creciente demanda en Europa, y que, por consiguiente, podían servir como base, tal como lo hicieron especialmente en Francia, a un lucrativo negocio de re-exportación. Adam Smith describió, y con razón, al azúcar, como más lucrativo que "cualquier otro cultivo conocido, sea en Europa o en América". La insaciable demanda que de esclavos negros tenían las Antillas (tan sólo la pequeña isla británica de Barbados parece haber importado cerca de 200 000 esclavos en el periodo de 1712-68) fue la base del comercio europeo con el África Occidental. Algunas de las islas podrían usarse como bases desde las cuales llevar a cabo un lucrativo contrabando hacia la América Española. Puesto que la mayoría de ellas ya estaban dedicadas exclusivamente a la producción de una cosecha principal, el azúcar, y no tenían ni una sola industria, constituían mercados excepcionalmente buenos para los productos manufacturados europeos. En 1783, un reportero británico argumentaba que un plantador radicado en las Antillas, a causa de las importaciones que consumían tanto él como sus empleados y de los barcos que utilizaban, contribuía a la riqueza

nacional veinte veces más que un inglés que se quedaba en su país. Estos factores explican el rápido crecimiento del comercio británico y francés con las Antillas durante el siglo y el encarnizamiento con el cual se disputaron la Gran Bretaña y Francia el predominio en estas islas.

El comercio con las colonias británicas de Norteamérica tuvo un crecimiento casi igualmente rápido. Para finales de la década de 1720, su gran población blanca les había permitido superar, por primera vez, a las Antillas como mercado para las exportaciones británicas, y durante todo el siglo sus materias primas constituyeron una contribución cada vez más creciente a la industria y a las reexportaciones británicas. En 1771, que se reconoce como el año cumbre del comercio con América, un poco más de la mitad de todas las exportaciones escocesas consistieron en tabaco americano. Este sorprendente desarrollo del comercio británico, y en menor medida del francés, con el Hemisferio Occidental, determinó que durante el siglo ambas potencias se "deseuropeizaran" en lo que respecta a su comercio. En el periodo de cuatro años de 1701-05, las colonias americanas (incluso las Antillas y Nueva Escocia) absorbieron un poco menos de la décima parte de todas las exportaciones inglesas, y suministraron poco menos de la quinta parte de todas las importaciones inglesas. En 1766-70, absorbieron un poco menos de la cuarta parte de todas las exportaciones británicas y suministraron más de una tercera parte de las importaciones británicas. Aún más, este crecimiento del comercio trasatlántico de la Gran Bretaña se interrumpió sólo temporalmente al consumarse la independencia norteamericana.

En Francia se puede observar una tendencia similar en una forma menos marcada. En 1715, alrededor del 13 por ciento de su comercio se efectuaba con América; para 1785, la proporción era más del doble: el 28 por ciento, aunque la mayor parte del incremento se concentró en las dos décadas siguientes a 1763. Un cambio tan marcado en la corriente geográfica de su comercio tenía que causar repercusiones políticas en ambos países. En la Gran Bretaña, explica en gran parte la importancia atribuida a los asuntos coloniales y de comercio, tan notable en las discusiones públicas sobre política exterior, y la mala disposición a contraer grandes compromisos o gastos en Europa, que se derivaba de ello. En Francia es una de las razones, aunque no la única, de la tendencia a apartarse de Europa, y abandonar las antiguas amistades con Polonia y con el Imperio Otomano, en favor de una expansión comercial y marítima, la cual se hace tan marcada después de finalizar la Guerra de los Siete Años.

En comparación con el anterior, el comercio europeo con África y con el Oriente no tenía importancia. En el África tropical (los estados berberiscos de Marruecos, Argelia, Túnez y Trípoli eran en realidad parte del mundo Mediterráneo) no había colonias europeas permanentes y a pesar de que la población de la colonia holandesa en el Cabo de Buena Esperanza estaba creciendo, no era en sí misma de mucha importancia económica. Aun cuando el mercado africano para los productos europeos estaba en expansión –las exportaciones británicas a África se calcularon en 130 000 libras en 1720 y 866 000 en 1775– su importancia seguía siendo todavía muy secundaria. Sólo en 1765, la Gran Bretaña intentó

establecer allí por primera vez un gobierno colonial, con la creación de Senegambia, y el experimento fracasó en menos de dos décadas. A excepción de esclavos, el Continente no producía nada que pudieran codiciar los europeos, salvo pequeñas cantidades de oro, resinas aromáticas y plumas de avestruz. El tráfico de esclavos era ciertamente de gran importancia en las economías marítimas de Europa occidental, y sus resultados en África probablemente no fueron por completo negativos como a veces se afirma. Pero aparte de este tráfico, el África negra no significaba casi nada para la vida de la Europa del siglo XVIII. Siguió siendo en su mayor parte desconocida, en parte a causa de los obstáculos geográficos para viajar por su interior (los cuales con frecuencia se han exagerado considerablemente) y en parte a causa de que los soberanos indígenas de las áreas costeras frecuentemente se esforzaban por impedir que sus vecinos del interior comerciaran con los europeos, o que obtuvieran armas de ellos.

En Asia la situación era distinta y más interesante. El comercio europeo con el Oriente era mucho menor que con el mundo transatlántico. A mediados del siglo, la Compañía Británica de las Indias Orientales envió tan sólo unos veinte barcos por año a la India, en tanto que se afirmaba que en la década de 1730 el solo comercio con Jamaica empleaba 300 barcos mercantes británicos, junto con sus tripulaciones. Por su parte, la Compañía Neerlandesa enviaba en promedio sólo veintinueve barcos por año a todas sus posesiones orientales durante la primera mitad del siglo, y desde la década de 1740 hubo una disminución perceptible en la eficiencia de los vapores holandeses con rumbo al Oriente. Esto se reflejó en

pérdidas muy fuertes de marinos y determinó que en los últimos cincuenta años de existencia de la Compañía (subsistió hasta 1795) el número de barcos destinados al comercio con las Indias Orientales tendiera a disminuir. En comparación, el comercio de la relativamente menos importante Surinam, colonia holandesa en América, ocupaba un promedio de sesenta a setenta buques anualmente durante la década de 1760 (aunque es cierto que casi todos éstos eran menores que los navíos enviados al Oriente).

Si el comercio oriental de la Gran Bretaña y de Holanda, las potencias comerciales que dominaban el área, era tan limitado, muy poco probable resultaba que floreciera el de sus competidores. La Compañía Danesa de Asia, establecida en 1732, logró algún éxito en su comercio con China pero en su comercio con la India sufrió pérdidas constantes, de tal suerte que en 1772 se abolió su monopolio, y en 1777 el gobierno dinamarqués tomó a su cargo las pocas factorías comerciales que aquella había establecido allí. Su competidora sueca comerció en una escala igualmente limitada, e igualmente limitada fue su influencia. Los Habsburgo hicieron varios intentos por desarrollar un comercio oriental desde sus dominios en los Países Bajos, pero tuvieron poco éxito. La Compañía de Ostende, fundada en 1719, fue aplastada por las envidias británicas y holandesas; una Compañía de la India Oriental establecida en 1750 fue un fracaso, al igual que lo fue la Compañía Imperial de Trieste fundada en 1775 (la cual, a pesar de su nombre, también tenía su base en Ostende). Incluso la Compañía Francesa de las Indias Orientales siempre sufrió por falta de capital y de un apoyo gubernamental efectivo. Fue vencida decisivamente en las

luchas con su rival británica en las décadas de 1740 y de 1750 por el control político de la región de Carnatic y de partes de la región del Decán, en la India sudoriental y meridional, respectivamente. Después de vanos esfuerzos para salir de una situación financiera irremediable quebró y fue disuelta en 1769; aunque fue reinstaurada en 1785, ya para entonces había dejado de figurar seriamente en el comercio y en la política de la India.

Por consiguiente, el Oriente nunca se pudo comparar con América como factor en la vida económica de Europa. Esto lo explica en parte, la pura dificultad de acceso, el hecho de que era mucho más difícil llegar a Bombay que a Boston, o a Cantón que a Charleston. Pero el principal impedimento para el comercio era la casi imposibilidad de encontrar bienes europeos que quisieran ser comprados en grandes cantidades por los hindúes y los chinos. Ello significaba que la seda, el té, las drogas, la porcelana, y otros productos orientales tenían que ser pagados en su mayor parte con la exportación de oro y plata. Fue así como el 93 por ciento del valor de todos los cargamentos enviados a Cantón durante el siglo por la Compañía Danesa del Asia, y el 79 por ciento de los enviados a la India, consistieron en barras de oro y plata. Hasta fines de este periodo la mayoría de los economistas veía con la desconfianza más profunda un comercio que entrañaba tal pérdida de metales preciosos a cambio de artículos de lujo y de semi-lujo. El comercio oriental, a diferencia del comercio con América, no era en artículos para el consumo de las masas. Ni los gobiernos ni la opinión pública de la Europa occidental lo veían con la preferencia que mostraban hacia el comercio trasatlántico.

Cierto es que de la década de 1760 en adelante se observaron señales visibles de una creciente actividad británica, y en cierto grado francesa, en el Oriente. Hubo un rápido desarrollo comercial con Cantón, puerto al cual había limitado el gobierno chino todo el comercio europeo con China de 1757 en adelante. En particular, hubo un sorprendente aumento en el comercio entre la India Británica y China, puesto que los artículos hindúes generalmente eran más fáciles de vender en el mercado chino que los británicos. No se desaprovechaban nuevas posibilidades. Warren Hastings, el más grande de todos los procónsules británicos en la India, fue el primer inglés en comprender las potencialidades que tenía la ruta de Suez como línea de comunicación entre Europa y el Oriente; en 1774 envió un emisario al Tíbet con la esperanza de lograr un acceso por tierra al gran mercado chino; y en 1778-9 intentó establecer relaciones comerciales con el reino de Conchinchina, en el Asia sudoriental. También se volvió al viejo sueño de descubrir un paso de norte a occidente, una ruta marítima que uniera el Atlántico y el Pacífico rodeando por el norte la gran masa de tierra de América. El resultado más importante de lo anterior, consistió en los descubrimientos hechos por el capitán James Cook en su último y más importante viaje en 1776-9. Fundamentalmente el motivo de todos estos desarrollos era la consolidación y extensión del poder británico en la India. La conquista de Bengala por Clive a finales de la década de 1750 fue seguida en 1764 por la derrota en Buxar del Nabab de Oudh y del propio Gran Mogol. Nueve años más tarde, el "Acta Reguladora" de 1773 trataba de enfrentarse con los problemas

sin precedentes creados por la subida de una compañía comercial a la posición de una gran potencia territorial.

Por el lado francés se puede observar, en varias formas, un crecimiento similar del interés por el Oriente, mezclado a veces con esperanzas de venganza por las derrotas allí sufridas por Francia. Ello se manifiesta en la breve ocupación de la isla de Kilwa frente a la costa de África Oriental, en mucho trabajo exploratorio y científico en el Pacífico, en un tratado de 1787 con la Conchinchina y, sobre todo, en la creciente convicción en París de que, cuando se derrumbara el Imperio Otomano, como pronto lo haría, Egipto podría pasar a ser una posesión francesa, una colonia tropical más grande que cualquiera de las que ya tenía Francia. Incluso España mostró un desacostumbrado interés en una expansión oriental, fundando en 1785 una Compañía Real Filipina que no tuvo éxito.

Sin embargo, es muy probable que la idea de un "Cambio hacia el Oriente" en los intereses imperiales y comerciales de las potencias de Europa occidental durante la generación posterior a 1760 se haya subrayado demasiado en escritos recientes. El comercio británico con Asia ciertamente se expandió, pero esto fue parte de un crecimiento comercial general que también abarcó al comercio con América. No hubo un desarrollo del comercio francés con la India y China que fuera siquiera comparable a la gran bonanza de su comercio con las Antillas, la cual empezó poco después de la paz de 1763. Tanto en la Gran Bretaña como en Francia la atención de los estadistas y de la opinión pública continuaba centrada en América y en el Caribe, áreas accesibles en donde habían asentado y creado nuevas sociedades un gran número

de hombres blancos. En comparación, los sucesos en la India o en China le parecían al inglés o al francés comunes que sucedían en un mundo diferente, casi en otro planeta.

El impacto del mundo exterior sobre Europa no solamente fue económico. También se tenía la influencia, fluctuante, desigualmente distribuida y frecuentemente imposible de aquilatar exactamente, que ya estaba ejerciendo el conocimiento de otras partes del mundo sobre el pensamiento y la cultura europeos. Respecto al nivel político, el pensamiento europeo se vio obvia y directamente afectado por la Revolución norteamericana. El triunfo de las trece colonias al sacudirse el dominio inglés, su construcción de una nueva y gran federación con posibilidades casi ilimitadas de expansión futura, y su consciente y deliberada proclama de que representaban un nuevo tipo de sociedad y una nueva visión de la vida... Todo lo anterior recibió una cálida acogida en muchas partes de la Europa occidental. Para los opositores del *statu quo* en Francia y la República Holandesa, y en la propia Gran Bretaña, la victoria de los americanos parecía ser un augurio prometedor, una señal de que las fuerzas del conservadurismo y del privilegio no eran invencibles. Demostraba que se podía alcanzar una forma de sociedad y de gobierno más natural y eficiente, sin instituciones privilegiadas, una Iglesia establecida, ni una clase reinante hereditaria. Dichos sentimientos sólo se habían difundido en las partes de Europa intelectual y económicamente más avanzada. En España, en la mayor parte de Italia, en gran parte de Alemania y en toda la Europa central oriental, existía poco interés en la Revolución norteamericana o en sus consecuencias. Pero en gran parte del

litoral atlántico del Continente, era general la admiración por lo que habían logrado los norteamericanos; y de hecho, con mucha frecuencia era excesiva. La Revolución norteamericana, escribía un observador, fue "un milagro de nacionalismo y patriotismo... que ha dejado completamente admirado al mundo". Ésta era una expresión algo extremada pero no poco característica de un punto de vista muy generalizado. Por primera vez, el pensamiento, y aun la acción políticos de Europa estaban siendo profundamente influidos por los sucesos de otro Continente. Incluso aquellos que dudaban de que la revolución del otro lado del Atlántico estuviese legal o moralmente justificada, no tenían duda de que era un suceso de grandes repercusiones para el porvenir del mundo. "Pronto –escribía un comentador alemán a principios de la década de 1780–, América ascenderá, y conforme ascienda, Europa se hundirá ... América debilitará primero el poder económico y después el poder político de los estados europeos, les arrebatará sus posesiones en las Antillas, y entonces el Nuevo Mundo se convertirá en el conquistador del Viejo Mundo." Pocos de sus contemporáneos habrían ido tan lejos, pero las potencialidades virtualmente ilimitadas del nuevo Estado al otro lado del Atlántico despertaban admiración y temor generales.

Sin embargo, esta influencia americana se desarrolló lentamente –apenas existía antes de la década de 1770– y estaba limitada a la esfera de las aspiraciones políticas. En un sentido estrictamente cultural, América siguió siendo casi una nulidad para la Europa del siglo XVIII. Por otra parte, la influencia de China en las artes y en muchos aspectos del pensamiento europeo fue

sorprendentemente fuerte hasta finales del siglo. Ya la era de Luis XIV había visto un crecimiento del interés por China, fomentado sobre todo por los escritos de misioneros jesuitas que habían estado allí. En 1687 se hizo en París el primer intento de traducir a Confucio, y durante todo el siglo siguiente aparecieron cartas y ensayos escogidos, escritos por jesuitas con experiencia en la China, en grupos que frecuentemente sumaban docenas de volúmenes. Ya en 1739 la Biblioteca Real de París poseía casi 400 libros en chino o en manchú, y su colección estaba creciendo rápidamente. En 1777 se publicó en París la primera historia en gran escala del país, escrita en un idioma europeo, y cuyo autor fue el Padre de Mailla. Por consiguiente, la información que sobre China tenía a su disposición un europeo educado era muy abundante, pero su calidad no estaba a la altura de la cantidad. Las dificultades del idioma y las de asimilar un sistema de ideas, en muchas formas totalmente extrañas, a cualquier corriente en Europa, crearon muchos equívocos. Lo mismo puede decirse de las artes. Durante el siglo XVII se había producido una admiración general por la cerámica, los muebles y los estilos decorativos de la China; y en 1721 un alemán, Fischer von Erlach, hizo el primer esfuerzo para proporcionar una relación sistemática de la arquitectura china. El *Orphelin de la Chine* (1755), de Voltaire, fue una de las obras más admiradas que se hayan escrito durante el siglo XVIII; y en 1762-68, Catalina II construyó un palacio "chino" en Oranienbaum; y en 1781 el soberano de Hesse-Kassel edificó una villa "china" completa en las orillas del lago Wilhelmshöhe. Pero todo este interés no demostraba una comprensión. Las vasijas y los platones importados

en tales cantidades sólo familiarizaban a los europeos con los estilos decorativos entonces de moda en China. Las piezas de cerámica de las dinastías T'ang y Sung, por mucho el mayor logro chino en este campo, les siguieron siendo completamente desconocidas hasta el siglo XX. La pasión por la porcelana como material decorativo, que inspiró tales realizaciones como los "cuartos de porcelana" construidos en las décadas de 1750 y de 1760 en Capodimonte y Aranjuez para los reyes de Nápoles y España, era meramente un aspecto del arte rococó de Europa. La arquitectura "china" del siglo XVIII era un ser híbrido curioso, tributo a la imaginación, y a veces al gusto de sus creadores, pero no a su conocimiento de China. Aun cuando los estilos de algunos artistas, especialmente Watteau y Boucher en Francia, probablemente fueron influidos por las pinturas chinas entonces disponibles en Europa, esta influencia no era ni profunda ni extensa.

Sin embargo, con todas sus limitaciones, los contactos culturales con China tuvieron profundas repercusiones en Europa. Mucho más que los habidos con cualquiera otra parte del mundo, movieron a los europeos a reexaminar sus suposiciones acerca de la naturaleza de la historia, del gobierno, de la religión, y del hombre mismo. Ya en el siglo XVII el problema de conciliar la cronología china con la de la Biblia había empezado a preocupar a los devotos; en el siglo XVIII, la cada vez mayor aceptación de la gran antigüedad de los documentos chinos condujo a una creciente disposición a considerar el Diluvio, el cual no mencionaban, como un suceso puramente local. Fue así como incluso la crítica bíblica, todavía en su infancia debió algo durante este periodo a las influencias chinas.

Potencialmente más explosivo en sus resultados inmediatos fue el hecho de que los chinos hubiesen edificado una gran civilización, y aparentemente alcanzado un alto nivel de moralidad personal, sin la ayuda de una religión revelada o de libros sagrados en el sentido judeo-cristiano o musulmán. Por consiguiente, la virtud y el éxito práctico podían coexistir con lo que tenía un sospechoso parecido con el ateísmo, descubrimiento que quienes criticaban a las suposiciones religiosas establecidas encontraron cada vez más interesante. Aun a fines del siglo XVII el escritor francés Pierre Bayle (1647-1706), se había valido de China como prueba de que la moralidad, y por consiguiente una sociedad estable, podía existir independientemente de la religión, y había alabado la tolerancia religiosa que existía allí, como un ejemplo que debería seguirse en Europa. Esta línea de argumentación no podía ser refutada fácilmente por los cristianos ortodoxos; y fue seguida extensamente por los escépticos y los deístas ya hasta muy avanzada la segunda mitad del siglo XVIII, de tal suerte que, como lo ha dicho un escritor: "Confucio pasó a ser una especie de santo patrono de los pensadores de la Ilustración."

En un nivel más mundano, también parecía ofrecer China a Europa un ejemplo de buen gobierno digno de ser imitado. Los escritores europeos se dieron cuenta de que era un despotismo. De hecho, tendieron a exagerar muchos los poderes efectivos del emperador. Pero este régimen pareció a muchos de ellos un "despotismo legal", que estaba lo más acorde posible con las leyes de la naturaleza, y no el "despotismo oriental" puramente arbitrario que con tanto encono atacó Montesquieu en su *Esprit des lois*.

China parecía un modelo de lo que podría lograr un autócrata inteligente y con espíritu cívico, servido por funcionarios ilustrados y sin impedimento por parte de una Iglesia establecida, de una nobleza hereditaria o de cuerpos privilegiados firmemente establecidos. Esta actitud, que encontró su expresión más famosa en el *Essai sur les moeurs* (1761-3), de Voltaire, idealizaba burdamente las realidades de la vida política china y frecuentemente usaba al Imperio chino como mero perchero para colgar críticas de actualidad sobre abusos en Europa. Sin embargo, por lo menos en Francia su influencia fue mucha en las décadas de 1750 y de 1760. Muchos de los fisiócratas franceses, principalmente Quesnay, a quien sus seguidores se referían como al "Confucio europeo", expresaban en alta voz su admiración por el gobierno de China. En 1756, bajo su influencia, Luis XV ceremoniosamente labró con sus propias manos el primer surco en un campo cercano a Versalles. Esto fue una imitación deliberada de la labranza ceremonial de primavera que hacían los emperadores de China, y probablemente haya sido el más curioso de todos los ejemplos de la influencia china en la Europa del siglo XVIII.

Sin embargo, el atractivo de los modelos chinos, artísticos o políticos, ya había empezado a disolverse. En las artes, la influencia china, que nunca se arraigó profundamente, estaba siendo opacada por el surgimiento de nuevas modas y estilos. En particular estaba siendo desplazada por el neoclasicismo, que habría de convertirse en la influencia artística más importante en Europa en las últimas décadas del siglo, y por un interés lentamente creciente en la Edad Media, cuyo fruto habría de ser la arquitectura neogótica y que

habría de convertirse en uno de los principales componentes del Romanticismo (véanse pp. 189-91). La visión de China como modelo de buen gobierno no había dejado de tener sus críticos; y para la década de 1760, muchos de los *philosophes* más vociferantes –Helvétius, d'Holbach, Diderot– generalmente le mostraban antipatía. Sobre todo Rousseau, para quien la civilización china representaba la artificialidad y la esterilidad que deseaba reemplazar por la sencillez y la naturalidad, era enemigo de todo lo chino. El sentimiento chinófilo que alcanzó su apogeo en Europa, sobre todo en Francia, a mediados del siglo, es un episodio único en la historia de las ideas. Pero sus bases siempre fueron artificiales e inseguras: difícilmente podían ser permanentes.

Ninguna otra civilización asiática ejerció sobre Europa algo comparable al poderoso atractivo ejercido por China. El interés del siglo XVII en los estudios árabes significó que el mahometismo ya estaba dejando de ser temido y mal interpretado como lo había sido durante siglos; pero parecía que el Imperio Otomano, único gran Estado musulmán con el cual tenían un intenso contacto los europeos, merecía su desprecio más que su admiración. En 1771 se publicó una traducción francesa del *Zend-Avesta*, el libro sagrado de la religión de Zaratustra, y en la década de 1780 se publicaron unas traducciones inglesas de los principales clásicos hindúes. Sin embargo, ni Persia ni la India tuvieron influencia apreciable en la vida intelectual de Europa.

Por consiguiente, durante el siglo XVIII debió mucho Europa a sus contactos con el resto del mundo. El comercio intercontinental dio un importante estímulo a su vida económica y demostró tener

una capacidad mucho mayor para un crecimiento rápido que la industria o la agricultura. Pero este estímulo estaba distribuido de manera muy desigual. El comercio con América permitió a los estados del litoral atlántico –Francia, hasta cierto grado la república Holandesa y España, y sobre todo la Gran Bretaña– desarrollar su fuerza económica, y particularmente su fuerza financiera. Es así como algunos de ellos pudieron desempeñar un papel en los asuntos europeos mucho más importante del que hubieran podido desempeñar de otra manera. Como resultado, el abismo que separaba a las atrasadas sociedades agrarias de la Europa oriental y central de las más avanzadas y urbanizadas que se encontraban en algunas partes del Occidente se estaba haciendo más grande. Las primeras, según lo parecía a muchos contemporáneos, eran demasiado pobres para hacer la guerra a menos que las subsidiaran las últimas; y, aun cuando este criterio a veces fue llevado demasiado lejos, quedó aparentemente justificado por los subsidios que pagó la Gran Bretaña a los aliados continentales en las guerras de las décadas de 1740 y 1750 con Francia, y por los grandes gastos del gobierno francés en subsidios, sobornos y pensiones en muchas capitales europeas. El equilibrio del poder en Europa se estaba convirtiendo lentamente en un equilibrio mundial, o cuando menos del Atlántico; este proceso favoreció fuertemente a aquellas partes del Continente que poseían litorales en el Atlántico, colonias y grandes marinas mercantes. Consecuentemente, era desfavorable para las que carecían de estas ventajas.

En el ámbito de las ideas, tanto China como los nuevos Estados Unidos de América ejercieron gran influencia, en formas

bastante diferentes. No sería sino hasta el siglo XX cuando el pensamiento político europeo en particular volviera a deber tanto a modelos no europeos. Pero estas influencias intelectuales pronto habrían de perder mucho de su ímpetu. Después de la década de 1760, la importancia de China en este aspecto estaba en visible y rápida decadencia. La Revolución francesa privó a la Revolución norteamericana de su singularidad y de su valor simbólico a los ojos de los radicales europeos. Las dos generaciones siguientes presenciaron cómo la vida intelectual europea se volvió a encerrar en sí misma, olvidando considerablemente el mundo exterior.

Sin embargo, el siglo XVIII dio a luz problemas y fuerzas que habrían de afectar la relación entre Europa y los otros continentes durante generaciones por venir. Presenció una aceleración muy marcada del flujo de emigrantes a Norteamérica, no solamente desde las islas británicas, sino también, en cierta medida desde otras partes de Europa, especialmente desde Alemania occidental, lo cual habría de ser una importante señal para el futuro. Conoció un gran volumen de críticas "ilustradas" contra la esclavitud y el tráfico de esclavos, y el comienzo, particularmente en la Gran Bretaña, de un poderoso movimiento para su abolición. Presenció, junto con una gran agresividad territorial y codicia comercial en América, África y Asia, un movimiento considerable de la opinión intelectual radical contra la expansión imperial, principalmente en donde implicaba, como en la India y la América Española, la sumisión de una numerosa población indígena. La *Histoire... des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes* (1770) del abate Raynal, uno de los libros de más venta del siglo,

sintetizaba una corriente de sentimiento de esta naturaleza que se había estado fortaleciendo durante medio siglo o más, aunque nunca logró influir sobre la política de los gobiernos. E incluso esta desconfianza y este repudio de la expansión ultramarina eran, en sí mismos, índice de la influencia del mundo exterior sobre Europa.

# 7. CONCLUSIÓN

Los sucesos de 1789 en Francia, que ahora parecen señalar tan claramente el comienzo de una nueva época en la historia de Europa y del mundo –la reunión de los estados generales en mayo, la toma de la Bastilla en julio, y la violenta destrucción del "feudalismo" por el espontáneo y desorganizado movimiento campesino en el verano de ese año– no fueron vistos bajo esta luz por la mayoría de los contemporáneos. Para muchos de ellos, el comienzo de la revolución pareció ser el resultado más o menos natural de la situación en la cual se encontraba Francia en la década de 1780, y de su historia en el siglo XVIII.

Este punto de vista es comprensible y en gran parte justificado. Lo que hizo inevitable el levantamiento en Francia fue la incapacidad de la monarquía para dirigir los sucesos, lo incoherente e irracional de la engorrosa administración y, sobre todo, el egoísmo e irresponsabilidad de los grupos e instituciones privilegiados que tanto llenaron la vida de Francia y gran parte del resto de Europa. El primero de estos factores en parte fue resultado de las deficiencias personales de Luis XVI, bien intencionado pero débil, tímido y totalmente desconocedor de su pueblo y sus problemas. Pero en gran parte –a diferencia del segundo y tercer factores que lo fueron completamente– fue consecuencia de la forma en que se había permitido que se desarrollaran la vida y el gobierno francés durante generaciones pasadas. El poder del privilegio, producto de la historia y de la tradición, destruyeron el antiguo régimen en Francia; las ideas radicales e incluso el

sufrimiento general del pueblo por sí solos no hubieran podido lograr esto. Por la brecha que abrieron en la vieja estructura del poder avanzó, al principio tanteando, pero pronto irresistiblemente, la fuerza de la ambición y el descontento de la clase media. Esto revelado ahora como el elemento más dinámico y constructivo en la vida francesa, fue en sí el resultado del desarrollo económico e intelectual de las décadas anteriores, y particularmente de la última generación.

Para 1786 el gobierno francés efectivamente estaba en bancarrota; y el Contrôleur-Général des Finances, Calonne, propuso elevar el nuevo presupuesto de ingresos, lo cual ya se necesitaba urgentemente, por medio de un nuevo impuesto sobre la tierra. Éste había de aplicarse uniformemente y sin exenciones. Aún más, su recaudación estaría vigilada por un sistema de nuevas asambleas locales, cuyos miembros habrían de escogerse de entre todas las clases sociales. Esto, aunado a fuertes reducciones del gasto gubernamental y a cierto número de reformas relativamente menores (especialmente una extensión del impuesto del timbre), permitiría al gobierno –así lo creía Calonne– superar sus aterradoras dificultades financieras. Estas propuestas estaban lejos de limitarse a las finanzas. El nuevo impuesto sobre la tierra y su administración socavarían la estructura del privilegio fiscal y político existente en Francia, el cual difícilmente podía esperar recuperarse de este golpe. Por consiguiente, los planes de Calonne estaban condenados a encontrar una oposición sostenida por parte de los *parlements*, de la jerarquía eclesiástica y de gran parte de la nobleza. Esta oposición, aliada con un generalizado y en gran parte

injustificado miedo popular al "despotismo ministerial" y al derrumbe de la estructura de los derechos tradicionales que en Francia hacía las veces de Constitución, anularon sus planes y abrieron la puerta a la Revolución.

La Asamblea de los Notables (funcionarios de los *parlements* y de las posesiones provinciales, grandes nobles, dignatarios eclesiásticos y funcionarios del gobierno), que se reunió a principios de 1787, no aceptó las propuestas de Calonne, y al hacerlo obtuvo un gran apoyo público. A principios de abril, Calonne fue destituido por Luis XVI, y su sucesor, Loménie de Brienne, intentó pasar una versión ligeramente modificada de sus planes, destruyendo el poder del Parlamento de París, cuyos miembros fueron exiliados a Troyes. Este esfuerzo por anular una oposición privilegiada contra la reforma fue aún menos exitoso que las tácticas más conciliatorias de Calonne. Para fines de septiembre había habido que retirar el nuevo impuesto sobre la tierra, y el *parlement* había regresado en triunfo a la capital. En mayo de 1788, después de denunciar abiertamente el gobierno supuestamente arbitrario del rey y sus ministros, los tribunales judiciales fueron rodeados por tropas, los líderes del Parlamento de París fueron detenidos, y los poderes de los *parlements* de toda Francia fueron abolidos por decreto. El resultado fue el virtual derrumbre de la autoridad del gobierno. La debilidad de la monarquía, que había estado aumentando durante casi tres generaciones, ahora estaba claramente expuesta a la luz pública. El clero y la nobleza apoyaron a los *parlements*, que también recibieron un apoyo general de la opinión pública. En muchas ciudades provinciales se desataron los disturbios y fueron

atacados los funcionarios del gobierno; el derrumbe del orden público que habría de caracterizar todo el curso de la Revolución ya era inminente. El gobierno, cada vez más impotente, se tuvo que rendir de nuevo. Brienne fue remplazado por Necker, quien había sido Contrôleur-Général en 1777-81, y que gozaba de una alta y probablemente excesiva reputación de capacidad y probidad. Los *parlements* fueron llamados de nuevo. Sobre todo, se acordó que los estados generales, el cuerpo representativo medieval organizado sobre una base de órdenes sociales (clero, nobleza y tercer estado), que no se habían reunido desde 1614, deberían convocarse para mayo de 1789. Su convocación había sido una de las principales demandas de los opositores del gobierno, y la única constructiva, ya desde principios de 1787.

El conservadurismo privilegiado parecía haber obtenido una victoria completa. De nuevo, como en los conflictos con el Parlamento de París en 1720 y 1771-4, o en la gran batalla sobre las propuestas para nuevas tributaciones en 1749-51 (véase pp. 140-42), se habían demostrado la debilidad esencial de la monarquía y una falta de energía y de determinación por parte del soberano. A principios de 1789, algunos observadores pudieron creer que el resultado de la "revuelta aristocrática" de 1787-88 sería un mayor fortalecimiento de la posición y de las prerrogativas de los grupos privilegiados de la sociedad francesa. Pero estos grupos ya habían preparado el campo para una revolución verdadera. Para los últimos meses de 1788 y los primeros de 1789, los miembros del tercer estado, no privilegiados, pero frecuentemente educados y capaces, estaban empezando a sentirse cada vez más aptos para

desempeñar un papel más importante que hasta entonces, acaso un papel dominante, en el gobierno de Francia. Para enero de 1789, en el más famoso de todos los cientos de folletos producidos durante estos meses, Siéyès pudo pregonar que el tercer estado era la nación, y que la minoría privilegiada, una mera excrecencia de la vida nacional, no tenía derechos que debieran respetarse. Sobre todo, la desastrosa escasez de alimentos y los altos precios, producto de las malas cosechas de 1787-88, estaban generando el espíritu de una verdadera revolución popular. En las ciudades, aldeanos medio muertos de hambre, y trabajadores hambrientos y frecuentemente desocupados, estaban dispuestos a atacar al gobierno y a sus agentes, y sobre todo los derechos y las pretensiones de los terratenientes y toda la superviviente estructura del "feudalismo" existente en la provincia francesa. Durante unos meses, y por única vez en la historia de la Revolución, el movimiento contra el antiguo régimen habría de ser verdaderamente un movimiento de las masas.

La caída del gobierno real en Francia en 1787-88 fue decisiva para determinar la dirección de los sucesos. Demostró que el antiguo régimen había sido debilitado fatalmente desde adentro, aun antes de desatarse la verdadera Revolución. Sin embargo, no había nada inevitable en este derrumbe. A principios del siglo la monarquía francesa era sin duda la más poderosa de Europa, y el sistema administrativo francés era, en muchas formas, un modelo para el resto del Continente. La historia de la Francia del siglo XVIII está plagada de oportunidades perdidas. Si Luis XV y Luis XVI hubieran sido hombres más fuertes e inteligentes, si hubieran

apoyado más eficazmente a los capaces y reformadores ministros que tuvieron a su disposición, tales como Machault, Turgot y Maupeou; si las presiones de la tradición que los obligaban a ir a guerras costosas y prolongadas hubieran sido menores o se hubieran resistido más eficazmente, el resultado pudo haber sido muy diferente. La Revolución no fue causada meramente por las condiciones de hambre casi general del invierno de 1788 y de la primavera y el verano de 1789; la monarquía había resistido anteriormente crisis económicas más serias. Se debió aún menos a la difusión de nuevas ideas sociales y políticas, ya que éstas sólo eran accesibles a los educados y frecuentemente de poco efecto aun dentro de este círculo limitado. De los *cahiers de doléances*, declaraciones de quejas y propuestas de reforma formuladas por centenares en toda Francia a principios de 1789 para guía de los estados generales cuando se reuniera, los del tercer estado muestran pocas huellas del pensamiento o aun de la fraseología de la Ilustración. Montesquieu es el único gran pensador del siglo cuya influencia es visible en ellos. Aun en los del clero y de la nobleza, es rara la influencia intelectual de esta índole; y se debe recordar que el pensamiento de la Ilustración no era en general de ninguna manera hostil a la monarquía como una institución. El desplome de 1787-89 fue el resultado no sólo, ni aun principalmente, de sufrimientos y esperanzas, sino de la historia de Francia durante las dos o tres generaciones anteriores, algunos de cuyos aspectos han sido descritos a grandes rasgos en los capítulos anteriores. Fue resultado, sobre todo, de la imposibilidad de superar, e incluso de enfrentarse a los verdaderos problemas del país que marcaron esa

historia. Otros grandes estados –Rusia, España, el Imperio de los Habsburgo– tenían, en diferentes formas, problemas sin resolver aún más serios que los de Francia. Pero en ninguno de estos estados eran tan activas, tan conscientes de sí mismas y tan potencialmente poderosas las fuerzas del descontento; y en ninguno eran tan débiles y frágiles la monarquía y el régimen político y social existentes.

El resultado inmediato de los sucesos de 1787-89 en Francia, en cuanto a Europa se refería, fue su temporal debilitamiento, y de hecho su nulificación como un factor en las relaciones internacionales. Esto recibió muy buena acogida por parte de varias potencias. Imposibilitó a Francia para ejercer sobre la República Holandesa la clase de dominio con que la había amenazado durante varios años y, por consiguiente, complació mucho a Prusia y sobre todo a la Gran Bretaña. En septiembre de 1787 un ejército prusiano destruyó, con ayuda británica, el poder del partido patriota francófilo en las provincias holandesas, y restituyó la autoridad del estatúder Guillermo V, cuya esposa era hermana de Federico Guillermo II de Prusia. El desmoronamiento del antiguo régimen determinó sobre todo que Francia no pudiera desempeñar un papel activo en la nueva guerra ruso-turca que se desató en agosto de 1787.

Esto también tenía raíces en el pasado. Surgió en parte de motivos de queja inmediatos, especialmente por el resentimiento turco ante el desarrollo del poderío ruso en el Cáucaso (donde la mayor parte de Georgia pasó a ser protectorado ruso en el verano de 1783). Pero detrás de estos motivos de queja estaban el miedo y el odio que se habían acumulado en Constantinopla debido a una larga historia de conflictos con Rusia, y los cuales habían alcanzado

su punto culminante por la guerra de 1768-74 y la ocupación rusa de Crimea en 1783-4. A partir del estallido de este nuevo conflicto ruso-turco, habría de originarse durante los tres años siguientes la crisis internacional más compleja que hubiese visto Europa desde el fin de la Guerra de Siete Años. Muy en contra de su voluntad José II, como aliado que era de Catalina de Rusia desde 1781, declaró la guerra a La Puerta Sublime en febrero de 1788. Gustavo III de Suecia, con la esperanza de recuperar los territorios Bálticos perdidos ante Rusia en 1721, la atacó inesperadamente en julio y firmó una alianza y un tratado de subsidio con los turcos, un año después. La hostilidad de Prusia hacia el Imperio de los Habsburgo y la de la Gran Bretaña y Prusia hacia las ambiciones de Catalina II hicieron que para 1790-91 Europa, por primera vez en más de un cuarto de siglo, estuviera al borde de una crisis de dimensiones continentales y no meramente regionales. Sus resultados están fuera de los límites cronológicos de este libro. Gustavo III hizo la paz con Rusia en agosto de 1790, y Leopoldo II, hermano y sucesor de José II, la hizo con los turcos en agosto de 1791. Fue sólo en enero de 1792 cuando Catalina firmó el Tratado de Jassy con los turcos. Empero estas complejas contiendas habían vuelto a poner de relieve temas y problemas ya visibles durante toda la historia de la Europa del siglo XVIII. El poderío potencialmente grande de Rusia, entonces por muchas razones el más grande Estado europeo, se había mostrado de nuevo, así como también la vulnerabilidad del decadente Imperio Otomano, la debilidad de los territorios de los Habsburgo como resultado de sus dificultades internas y de su expuesta situación geográfica, y lo enconado de la rivalidad

Habsburgo-Hohenzollern, la cual fuera iniciada por Federico II al invadir Silesia en 1740.

En el nivel internacional, la historia de Europa durante el periodo que abarca este libro estuvo dominada por la guerra y la codicia de territorios. Las primeras décadas del siglo vieron la violenta destrucción de los imperios europeos de España y Suecia; los años centrales, el engrandecimiento de Brandeburgo-Prusia por medio de la guerra; y las décadas de 1760 y 1770 una nueva etapa en el reparto del Imperio Otomano, así como el principio del fin de Polonia. Por primera vez, las potencias de Europa efectivamente eran parte de un sistema de un solo Estado, aun cuando era uno dominado por el miedo y la codicia en un grado difícilmente igualado durante la mayor parte de los cien años posteriores a 1815. Sin embargo, muchos de los principales acontecimientos internacionales que presenció el siglo XVIII –el sorprendente crecimiento del poderío ruso, la gran expansión del Imperio británico, y probablemente incluso la relativa decadencia de Francia– podrían haber sido predichos en 1713 por un observador perspicaz. Lo único que no se podría haber vaticinado entonces fue el surgimiento de Brandeburgo-Prusia como un Estado de primera línea o muy cercano a ella.

Dentro de este sistema de estados, cada vez más unificado, la diversidad social, económica y administrativa entre las diferentes regiones de Europa, y aun del mismo Estado, acaso fuese tan grande en 1789 como lo fuera a la muerte del rey Luis XIV. Las luchas de los déspotas ilustrados, de los ministros reformadores, de manufactureros y tecnólogos innovadores y de los pensadores y

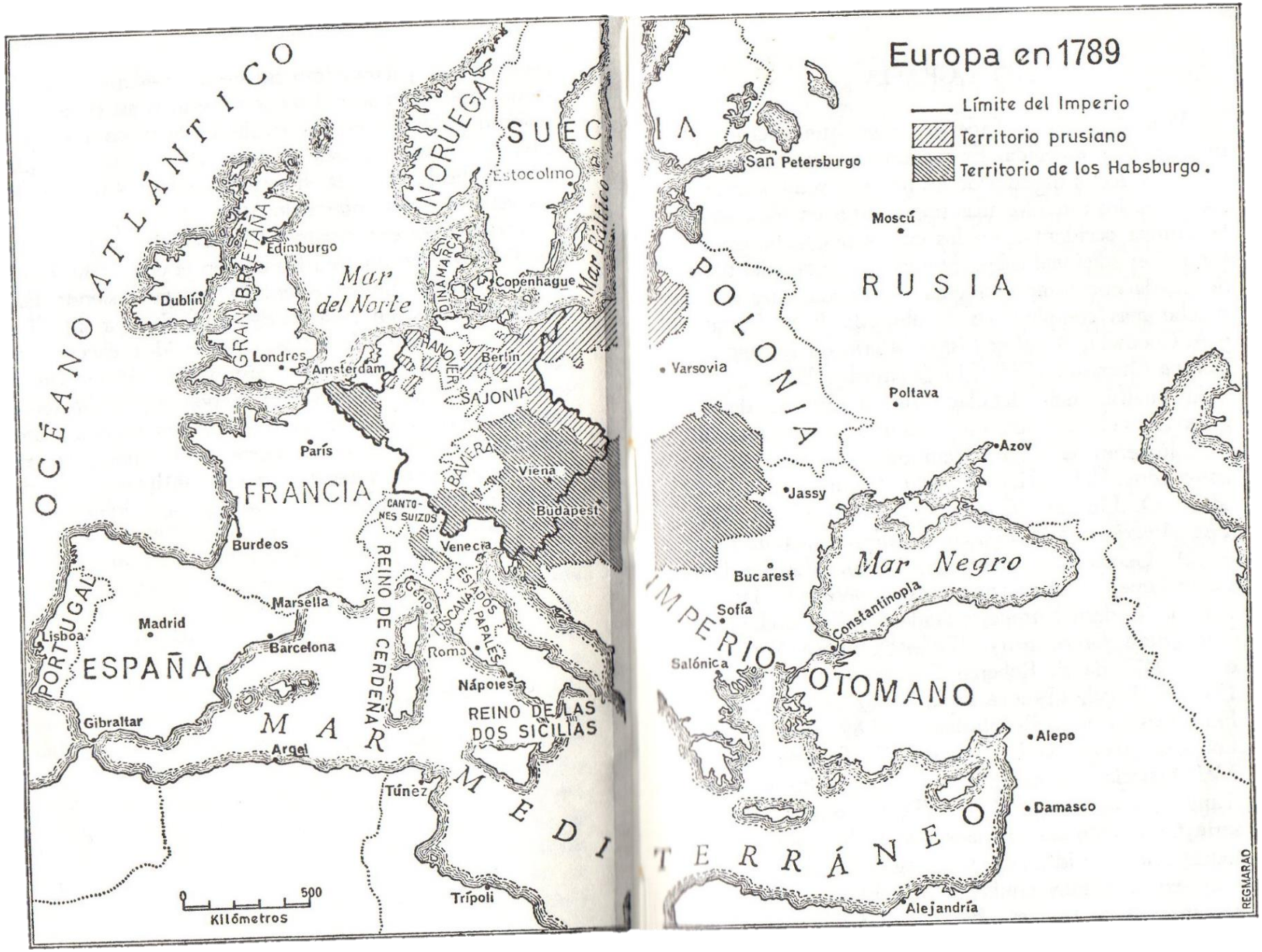
escritores radicales no fueron en vano. Pero hasta entonces el efecto de sus esfuerzos en la mayor parte del Continente había sido poco más que superficial. De hecho, el verdadero cambio económico y social, en los lugares en donde se llevó a cabo, frecuentemente profundizó y agrandó el abismo entre las diferentes partes de Europa. Al empezar a desarrollarse la Revolución Industrial en la Gran Bretaña en los últimos años del periodo, y al empezar a afectar ligeramente a Francia, a los Países Bajos austriacos y a muy pocas regiones de Alemania, tendió a acentuar mucho más el contraste con el atraso económico y tecnológico de la Europa oriental y de gran parte de la Europa central. El mismo contraste es visible, aunque con menos claridad, en la estructura de la sociedad. Mucho antes de que comenzara la Revolución Industrial, el crecimiento de los pueblos, del comercio y, en menor grado, de la organización financiera, había producido en las partes más adelantadas de la Europa occidental un avance –por muy lento e incierto que fuese– hacia un tipo más moderno de sociedad, en el cual la posición estaba basada cada vez más en la riqueza. Los impedimentos con que topó este movimiento en Francia, sobre todo durante la generación anterior a 1789, fueron los que generaron en la burguesía francesa el temperamento potencialmente revolucionario que súbitamente se manifestó en 1789. En cambio, en casi la totalidad de la Europa central, la sociedad seguía siendo tradicional e incluso medieval, si puede decirse. Allí seguía estando basada en "órdenes" y dominada más completamente que en el Occidente por terratenientes, en tanto que Rusia y el Imperio Otomano ya habían desarrollado, en

diferentes formas, sociedades peculiares que tenían poco en común con las de la Europa occidental, o aun de la Europa central.

Al considerar en conjunto a las dos o tres generaciones anteriores a 1789, la impresión predominante que dejan en el observador es de estabilidad y de resistencia al cambio. La mayoría de los europeos de este periodo estaban más cerca del siglo XIII que del XX en sus vidas económicas y sus relaciones sociales. Pero no se debe exagerar este conservadurismo. Fue sobre todo en la vida intelectual donde hubo cambios y desarrollo. Algunas veces, como en las ideas artísticas, literarias e incluso políticas, este crecimiento fue confuso y falto de claras líneas de desarrollo. Sin embargo, en otros aspectos, especialmente en las ciencias físicas, fue consistente y acumulativo. Sobre todo, contribuyó con dos elementos, mutuamente incompatibles, al siglo siguiente: echó los cimientos del romanticismo en la literatura, el arte y las ideas políticas, y plantó la semilla de la idea, potencialmente muy peligrosa para cualquier *statu quo*, de que la felicidad puede ser y debe ser la condición normal de la vida humana. Aún más, la súbita aceleración en el ritmo de cambio que se observa después de 1780, señala un punto decisivo en la historia de Europa y del mundo. En América se había fundado, en condiciones singulares y favorables, un nuevo Estado independiente, de orígenes europeos, pero que en algunos aspectos era bastante no europeo. Este Estado, según lo observaron los contemporáneos, con el tiempo podría opacar a los de Europa. El industrialismo moderno, que no se podía limitar por mucho tiempo a su patria, la Gran Bretaña, estaba empezando a cambiar la vida del hombre común –aun cuando esto todavía apenas era

visible– más radicalmente que cualquier otra cosa desde los tiempos neolíticos. La difusión de las ideas por medio de la palabra impresa estaba tomando proporciones hasta entonces desconocidas; algo así como una opinión pública moderna estaba empezando a ser posible en algunas partes de Europa, con todo lo que ello implicaba para la vida política, tanto dentro de los estados como internacionalmente.

Todavía nos encontramos lejos del mundo moderno en 1789. De hecho, una Europa en la cual la sociedad seguía estando tan fragmentada y seguía siendo tan tradicional casi en todas partes, una Europa sin alfabetismo o ejércitos de masas, o sin la idea, excepto en los escritos de muy pocos visionarios, de cualquier participación de las masas en la política, estaba todavía muy lejos de ser lo que es actualmente. Sin embargo, era parte de la tierra de la cual brotó el mundo moderno; y ese crecimiento se hizo inconfundible con el estallido de la Revolución en Francia.


Europa en 1789
Límite del Imperio
Territorio prusiano
Territorio de los Habsburgo.
OCÉANO ATLÁNTICO
NORUEGA
SUECIA
Estocolmo
Mar Báltico
San Petersburgo
Moscú
RUSIA
POLONIA
Varsovia
Poltava
Azov
Jassy
Bucarest
Mar Negro
Constantinopla
Sofía
Salónica
IMPERIO OTOMANO
Alepo
Damasco
Alejandría
TERRÁNEO
Edimburgo
GRAN BRETAÑA
Dublín
Mar del Norte
DINAMARCA
Copenhague
Londres
Amsterdam
HANOVER
Berlín
SAJONIA
París
FRANCIA
BAVIERA
Viena
Budapest
CANTONES SUIZOS
Burdeos
Venecia
REINO DE CERDEÑA
Génova
TOSCANA
ESTADOS PAPALES
Roma
Nápoles
REINO DE LAS DOS SICILIAS
Marsella
Madrid
Barcelona
PORTUGAL
Lisboa
ESPAÑA
Gibraltar
MAR MEDITERRÁNEO
Argel
Túnez
Trípoli
0 500
Kilómetros
REGMARAO

# BIBLIOGRAFÍA

La lista siguiente y (apenas tengo que decirlo) es incompleta y escogida. Es meramente un intento por señalar al lector algunos de los libros, y muy ocasionalmente de los artículos más importantes en idiomas de la Europa occidental, en los cuales puede buscar información adicional sobre diferentes aspectos del tema. Se puede encontrar una guía de lectura muy útil y mucho más completa en la obra de J. S. Bromley y A. Goodwin, *A Select List of Works on Europe and Europe Overseas, 1715-1815* (Oxford, 1956).

El análisis más detallado de la Europa del siglo XVIII es el que ahora proporcionan los dos importantes volúmenes de la New Cambridge Modern History. Estos son: Vol. VII, *The Old Regime*, 1713-1763, ed. J. O. Lindsay (Cambridge, 1957) y vol. VIII, *The American and French Revolutions, 1763-1793*, ed. A. Goodwin (Cambridge, 1965). Hay también tres volúmenes, de mayor o menor mérito, en la serie Rise of Modern Europe, editada por W. L. Langer: *The Quest for Security, 1715-40* (Nueva York-Londres, 1947) de P. Roberts; *Competition for Empire, 1740-63* (Londres-Nueva York, 1940) de W. L. Dorn; *From Despotism to Revolution, 1763-89* (Nueva York-Londres, 1944), de L. Gershoy. En francés está *Le XVIIIe siècle* (París, 1952), de E. Préclin y V. L. Tapié, que constituye el vol. VII, Partes *ii* y *iii*, de la serie Clio: *Introduction aux études historiques*; contiene gran cantidad de información y bibliografías muy extensas. Hay también dos volúmenes importantes en la serie francesa Peuples et Civilizations: *La prépondérance anglaise, 1713-1763* (París, 1937) de P. Muret, y *La fin de l'ancien régime et la*

*revolution américaine, 1763-1789* (París, 1941) de P. Sagnac. *Le XVIIIe siècle: Révolution intellectuelle, technique et politique, 1715-1815* (París, 1953), de R. Mouesnier y E. Labrousse, es particularmente buena en algunos aspectos de la vida social e intelectual. El más reciente tratado alemán en gran escala es *Von der Reformation zur Revolution* (Berlín-Francfort-Viena, 1964), que constituye el vol. VII de Propyläen Weltgeschichte: Eine Universalgeschichte, de G. Mann y A. Nitschke (editores).

Las mejores historias de la Gran Bretaña para este periodo son los dos importantes volúmenes de la serie Oxford History of England: *The Whig Supremacy, 1714-60* (2ª ed., Oxford, 1962), de B. Williams; y *The Reign of George III, 1760-1815* (Oxford, 1960), de J. Steven Watson. Ambos están provistos de bibliografías muy extensas, puestas al día. Con respecto a Francia, el mejor libro reciente es *An Introduction to Eighteenth-Century France* (Londres, 1960), de J. Lough. Sobre el Imperio de los Habsburgo están *Die Geschichte Oesterreichs*, vol. II (Viena, 1950), de H. Hantsch, y *Hungary in the Eighteenth Century* (Cambridge, 1910), de H. Marczali. *Die Hohenzollern und ihr Werk* (Berlín, 1916), de O. Hintze, sigue siendo todavía en algunos aspectos la mejor crónica sobre Prusia. El vol. II de la *Geschichte Russlands* (Zurich, 1944-49), de V. Gitermann, constituye hoy en día la crónica más útil en idioma occidental de la Rusia del siglo XVIII, y los vols. V y VI de la *Historia de España y de su influencia en la historia universal* (Barcelona, 1918-41), de A. Ballesteros y Beretta, son una crónica clásica de la España del siglo XVIII. La obra *L'Italia nel settecento*

(Milán, 1959), de F. Valsecchi, está al día, con una profusión de ilustraciones.

La historia de la relaciones internacionales durante este periodo tiene sin duda su mejor exponente en el libro *Les temps modernes*, de G. Zeller, en su parte ii: De Louis XIV à 1789 (París, 1955), que forma parte de la serie Histoire des Relations Internationales, editada por P. Renouvin. Algunas obras importantes sobre tópicos especiales son, en orden cronológico aproximado: *Peter I, Czar und Kaiser* (Gotinga, 1964), de R. Wittram, que contiene una excelente relación de la diplomacia de la Gran Guerra del Norte; los volúmenes III-V de *Philippe V et la cour de France* (París, 1890-1900), de A. Baudrillart; *French Foreign Policy during the Administration of Cardinal Fleury* (Cambridge, Mass., 1936), de A. Mcc. Wilson; *War and Trade in the West Indies, 1739-1763* (Oxford, 1936) de R. Parés –un brillante estudio de la rivalidad anglo-francesa en un área crucial para ambos combatientes– y la obra "American versus Continental Warfare, 1739-1763" del mismo autor, aparecido en el número LI de la *English Historial Review* (1936). La obra de R. Waddington, L*ouis XV et le renversement des alliances, 1754-56* (París, 1896), sigue siendo todavía el tratado clásico en gran escala de la "Revolución Diplomática", y *La guerre de sept ans* (París, 1896-1914), del mismo autor, contiene una gran cantidad de información. La obra de A. Sorel, *The Eastern Question in the Eighteenth Century* (Londres, 1898) todavía sigue siendo útil; y el vol. I de la *Russlands Orientpolitik in den letzten zwei Jahrhunderten* (Stuttgart, 1913), de H. Uebersberger, es

fundamental sobre el tema que trata, aunque no profundiza en la década de 1780 y en los principios de la de 1790. *The First Partition of Poland* (Nueva York, 1962), de H. H. Kaplan, es la relación inglesa más completa sobre este asunto. Los aspectos internacionales de la revuelta de las colonias Americanas de la Gran Bretaña están bien expuestos en *The Diplomacy of the American Revolution* (Nueva York, 1935), de S. F. Bemis, al igual que lo están la crisis holandesa de 1787 en la obra de A. Cobban, *Ambassadors and Secret Agents* (Londres, 1954).

No existe un estudio adecuado de la sociedad europea en conjunto durante este periodo; probablemente sería imposible escribirlo. Sin embargo, *The European Nobility in the Eighteenth Century* (Londres, 1953), editado por A. Goodwin, es una muy útil colección de ensayos, y "Regionalismus und ständisches Wesen als ein Grundthema europäischer Geschichte", aparecido en el volumen CLXXIV de *Historische Zeitschrift* (1952), es un artículo de gran penetración. El vol I de *The Age of the Democratic Revolution* (Princeton, 1959), de R. R. Palmer, arroja mucha luz sobre las interrelaciones de la sociedad y la vida política en la generación de 1760-90. Para el estudio de la sociedad en países específicos se cuenta con *La formation de la société française moderne* (París, 1945-46), de P. Sagnac; con *La sociedad española en el siglo XVIII* (Madrid, 1955), de A. Domínguez Ortiz; y con *La società vieneta alla fine del settecento* (Florencia, 1956) de M. Berengo.

Sobre la historia económica de Europa existen dos buenos libros generales que son: el vol. II de la *Allgemeine*

*Wirtschaftsgeschichte* (Munich-Berlín, 1929), de J. M. Kulischer; y *An Economic History of Europe* (Londres, 1948), de H. Heaton. La obra de T. S. Ashton, *The Industrial Revolution, 1760 to 1830* (Londres, 1948), es un excelente tratado breve sobre dicho tema; también es muy buena la obra del mismo autor *An Economic History of England: the Eighteenth Century* (Londres, 1955); y la obra de P. Matoux, *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century* (12ª ed., Londres, 1961), sigue siendo todavía el tratado general más detallado sobre dicho tema. *The First Industrial Revolution* (Cambridge, 1965), de Phyllis Deane, es más técnica, pero muy útil. *An Economic History of Sweden* (Cambridge, Mass., 1954), de E. F. Hecksher, y *Deutsche Sozialund Wirtschaftsgeschichte* (Berlin-Gotinga-Heidelberg, 1952), de F. Lütge, son buenos y recientes estudios generales de otras partes de Europa. Todavía se está trabajando mucho sobre los problemas del crecimiento de la población; sobre este tema es útil el estudio de J. T. Krause, "Some Implications of Recent Work in Historical Demography", aparecido en el vol. I de *Comparative Studies in Society and History* (1958-9). La obra de H. Sée, *Esquisse d'une histoire du régimen agraire en Europe aux XVIIIe et XIXe siècles* (París, 1921), es uno de los pocos intentos por hacer un estudio general sobre la historia agraria, aun cuando no cubre la Europa oriental. Otros importantes aspectos de la vida económica son tratados en una escala supranacional en el vol. IV de la *Histoire du commerce* (París, 1950-5), editado por J. Lacour-Gayet; en *The History of the Principal Public Banks* (La Haya, 1934), editado por

J. G. Van Dillen; y en los vols. III-IV de *A History of Technology* (Oxford, 1954-8), editada por C. Singer y otros.

Sobre problemas de gobierno, el libro de R. R. Palmer, mencionado anteriormente, es casi el único importante en una escala más que nacional; el folleto de la Historical Association sobre *Enlightened Despotism*, escrito por F. Hartung (Londres, 1957) es útil aunque breve. Algunos de los estudios más importantes sobre soberanos o estados en particular son: *King George II and the Politicians* (Oxford, 1953), de R. Pares; *Joseph II: Seine politische und kulturelle Tätigkeit* (Viena-Leipzig, 1910), de P. von Mitrofanov; *Un Habsburg révolutionnaire, Joseph II* (París, 1953), de F. Fejtö; *L'Assolutismo illuminado in Austria e in Lombardia* (Bolonia, 1931), de F. Valsecchi; *Turgot and the Ancien Regime in France* (Londres, 1939), de D. Dakin; y *The Administrative Reforms of Frederick William I of Prussia* (Cambridge, Mass., 1953), de R. A. Dorwart.

La vida intelectual y cultural es un tema tan vasto y complejo que únicamente se pueden presentar las sugestiones de lectura más arbitrarias y sumarias. La historia de la ciencia está cubierta por A. R. Hall en su *The Scientific Revolution, 1500-1800* (Londres, 1954), y en mayor detalle por A. Wolf en su obra *A History of Science, Philosophy, and Technology in the Eighteenth Century* (2ª ed., Londres, 1952). Sobre las ideas políticas y sus antecedentes probablemente las mejores obras sean *European Thought in the Eighteenth Century: from Montesquieu to Lessing* (Londres, 1954), de P. Hazard, y *In Search of Humanity* (Londres, 1960), de A. Cobban, en tanto que *The Party of Humanity: Studies in the French*

*Enlightenment* (Londres, 1964), de P. Gay, es muy estimulante. Existe una excelente biografía de Montesquieu escrita por R. Shackleton (Oxford, 1961), y sobre la personalidad de Rousseau hay un interesante libro de R. Grimsley titulado *Jean-Jacques Rousseau; a Study in Self-Awareness* (Cardiff, 1961). La más importante de las obras recientes sobre las ideas políticas de Rousseau es la obra de R. Derathé, *J.-J.-Rousseau et la science politique de son temps* (París, 1950). El mejor trabajo general sobre la Iglesia católica es la parte *ii* de *Les luttes politiques et doctrinales aux XVIIe et XVIIIe siècles* (París, 1956) de E. Préclin y E. Jerry, que forma el vol. XIX de la serie *Histoire de l'Église depuis les origines jusqu'à nos jours*, en tanto que *Catholics and Unbelievers in Eighteenth-Century France* (Princeton, 1939), de R. R. Palmer, es de importancia desde otros puntos de vista, aparte del religioso. La *Histoire générale du mouvement Janséniste* (París, 1922), de A. Gazier, es un trabajo clásico sobre este tema. Sobre la historia del arte, el vol. II de la *Historie de l'art* (París, 1944), de P. Lavedan, es un buen tratado general con bibliografías completas y el vol. I de *A History of Modern Criticism, 1750-1950* (Londres, 1955), de R. Wellek, es excelente en cuanto al desarrollo de las ideas literarias, *Music in Western Civilization* (Nueva York, 1941), de P. H. Lang, es un buen estudio general sobre la música.

La historia de los más importantes imperios coloniales europeos se puede seguir en el vol. I de la Cambridge History of the British Empire (Cambridge, 1929); en el vol. II de *La colonization française sous l'ancien régime, de J. Sainttoyant* (París, 1929); en *The Spanish Empire in America* (Nueva York, 1947), de C. H.

Haring; y en los dos volúmenes de la *Histoire de l'expansion coloniale des peuples européens* (París-Bruselas, 1907-11), de C. de Lannoy y H. Van der Linden; esta última no cubre ni el imperio británico ni el francés. La obra de K. E. Knorr, *British Colonial Theories*, 1570-1850 (Toronto, 1944), proporciona muchas referencias sobre la inmensa cantidad de folletos contemporáneos. *Capitalism and Slavery* (Chapel Hill, 1944), de E. E. Williams, y *John Company at Work* (Cambridge, Mass., 1948), de H. Furber, arrojan luz sobre los aspectos económicos de la expansión imperial en el siglo XVIII. La obra de H. Honour, *Chinoiserie: the Vision of Cathay* (Londres, 1961); la de W. W. Appleton, *A Cycle of Cathay* (Nueva York, 1951); y la de B. Guy, *The French Image of China before and after Voltaire* (Ginebra, 1963), arrojan luz sobre el apogeo y la invasión de las influencias artísticas e intelectuales de China en la Europa del siglo XVIII.

# INDICE DE MAPAS

Europa en 1713 .....11

El Sacro Imperio Romano en el siglo XVIII .....23

Italia en 1789 .....49

La expansión de Rusia en el siglo XVIII .....66

Europa en 1789 .....233

# INDICE GENERAL

1. EL MAPA DE EUROPA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XV ..... 7

2. LAS CONTIENDAS ENTRE LOS ESTADOS ..... 35

1. 1713-40 ..... 35

2. 1740-63 ..... 43

3. 1763-89 ..... 61

3. SOCIEDAD Y VIDA ECONÓMICA ..... 77

4. MONARCAS Y GOBIERNOS ..... 133

5. VIDA INTELECTUAL Y ARTÍSTICA ..... 163

6. EUROPA Y EL MUNDO ..... 199

7. CONCLUSIÓN ..... 221

BIBLIOGRAFÍA ..... 234

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de marzo de 1996 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D.F. Se tiraron 5 000 ejemplares.

M.S. Anderson

# LA EUROPA DEL SIGLO XVIII (1713-1789)

La Europa de 1713 —fecha de los tratados que concluyeron la guerra de sucesión española— tenía una estructura política retrógrada. Hoy día sabemos que en 1789 entró en una nueva era. Este libro presenta la historia del continente entre estas dos fechas.

El autor no sólo ofrece un resumen compacto del desarrollo político, sino que dedica buena parte del libro a exponer los aspectos económicos y sociales, sin los cuales la historia política tendría muy poco sentido, y un importante capítulo a la rica vida intelectual de este siglo de la Ilustración, en el que, pese a todas sus limitaciones, estaban en germen tantas ideas que no han dejado de ser fecundas, y que vio nacer a personajes de la talla de Kant, Mozart y Goethe.

Merece especial atención la bibliografía crítica que aparece al final de la obra y que permitirá al lector orientarse con seguridad para emprender cualquier estudio en detalle.

00696
9 789681 604301

En la portada: *Mozart con su padre y hermana*, acuarela de Louis Carrosis de Carmontelle, París.

Diseño: Carlos Haces/Fotografía de Angel Portillo

ARTE ● RELIGION Y FILOSOFIA
PSICOLOGIA Y CIENCIAS SOCIALES
HISTORIA ● LITERATURA ● CIENCIA Y TECNICA

cfe